

Derivas Urbanas



ANTOLOGÍA



Festival de Narrativa
de Bahía Blanca



LEGALES

La presente compilación reúne a los ganadores y menciones del primer concurso de narrativa organizado por el Festival de Narrativa de Bahía Blanca.

El jurado estuvo compuesto por:
Lorena Curruhinca, Valeria Luini, Natalia Fiore, Nicolás Guglielmetti y Claudio Dobal.

ÍNDICE

[CLERICÓ - Matías Guillan](#)

[EL REEL - Juan Patricio Wallace](#)

[PERÓN ES UNA PASTA QUE SE JALA - María Insúa](#)

[BALCONES - Nicolás Pose](#)

[PLANTAR UNA CASA - Carolina Amorosi](#)

[EL ITINERARIO DEL DUELO - Erika Selene Pérez Vázquez](#)

[ESCENAS DETRÁS DE LA MADRUGADA - Gabriel Martínez Barre](#)

[LA CIUDAD CÓRNEA - Ulises Rubinschik](#)

[LUCES AUSTRALES - Marcelo Daniel Díaz](#)

[NOCHE AFRICANA - Alberto Arecchi](#)

[PINTURITA URBANA -Luciana Tomatis](#)

[UNA SIEMPRE ESTÁ PERDIDA, PERO A VECES, ESTÁ MÁS](#)

[PERDIDA - Angie Castaño](#)

[VOLVER - Victoria Nasisi](#)

[BAJO EL SIGNO DEL PERRO - Maximiliano Sacristán](#)

[DEDO -David González](#)

[EL TROMPO - Melisa Cabello](#)

[FLASHBACK - Fabián Ariel Wirscke](#)

[NAVIDAD CON RAMÍREZ - Jorge A. Navarra](#)

[SAUDADE - Candelaria Marino](#)

[TRES ESQUINAS - Nicolás Fernández Vicente](#)

[CINCO MINUTOS SUBTERRANEOS - Bibiana Ruiz](#)

[COYUNTURA FÉRREA - Nancy Leonor Osorio](#)

[EL SEÑUELO - Marcos S. Nuñez](#)

[LO QUE NO FUE NO ES - Emanuel Ruffa](#)

[DE PASO - Irene Sabbella](#)

MENCIONES

ESQUINA

PARIAS - Ariel Chauqui

PAREDES MÍAS - José Francisco Huamán Cuellar

CHAÍTO, LA PAYASITA - Rafael Alejandro Ochoa García

JINGLES BELLS - Gertrudis Pocoví

CONFLUENCIA - Felipe Quiroga

LAURA - Jorge Cappa

PAISAJE - Lucas Castro

PUNTO NIEVE - María de los Ángeles Auliel

REGISTRO ORAL DE UNA CONVERSACIÓN EN LA PLAZA

RIVADAVIA - Lucas Nicolás Quiroga

SE NOS ENFRÍA EL CAFÉ -Melissa Orrego Serón

ENTRE CAMELLOS Y TOROS UN TAL FOSTER - Raúl

Rodríguez

VOS QUE NUNCA DECÍAS NADA - Gito Minore

UN DIENTE DE AJO PICADITO PARA PONERLE A LOS FIDEOS

- Florencia Forte

DIENTES DE LEÓN - María Pía Lando

PRÓLOGO

Un Festival ¿como arenga? ¿como proclama? Más bien, un Festival como consigna: *escritores de narrativa re-únanse, leyendo y escribiendo, literatura.*

Durante el año 2020, nuestra convocatoria "Derivas urbanas", el primer concurso de cuentos del Festival de Narrativa Bahía Blanca, se concentró en llevar adelante una consigna compleja, a través de un acto mínimo: *llamar, reunir con la palabra para intentar sostener*, (en aquellos delicados e inciertos tiempos de distanciamiento social y pandemia global en los que nos era difícil o casi imposible recorrer nuestra ciudad), el encuentro entre la literatura y el espacio que habitamos y nos habita; el espacio que transitamos, recordamos y nos revela dónde estamos.

Y lo hicimos desde un interrogante específico: *si cada ciudad tiene, sus formas particulares de pensar y de conversar, de comer y de curar, de enseñar y de informar, de escuchar y de desear, de producir y de bailar, de hacer memoria y de olvidar, ¿cada ciudad tendrá su modo singular de decir, de contar, de narrar sus espacios?*

Una pregunta.

¿Cómo llegar? es la pregunta habitual que nos hace "Google Maps", para luego solicitarnos marcar un punto de partida y un lugar de llegada. Con esos dos simples pasos, la aplicación nos brinda información actualizada de cuáles son las maneras de arribar a ese destino de una forma rápida, segura y poco congestionada.

Ahora bien, ¿qué sucede con esta práctica cotidiana cuando pensamos, cuando imaginamos ese recorrido posible como una "deriva urbana"?

¿Hay en ese caso un lugar a dónde llegar? En caso de que lo hubiese, ¿recorremos todes el mismo espacio? Y, ¿habitamos el mismo tiempo en ese espacio (más o menos) conocido por el que *derivamos*?

Si la(s) historia(s) se superpone(n) al espacio como sedimentos de tiempos singulares, quizás, entonces, se pueda ajustar la pregunta inicial y pensar ¿cómo "se llega a", mientras se habita con la memoria colectiva (o con la propia historia personal), el recorrido hacia ese lugar desconocido o familiar?

Y aquí tal vez resulte interesante considerar la otra opción que nos pide completar el "Google Maps" cuando le solicitamos orientación: ¿cómo haremos el viaje? ¿de qué manera llegaremos del punto de partida al punto de llegada? ¿En coche, en bici, transporte público, a pie?

Esa mínima elección de tal o cual "ícono" en la aplicación, cambiará en sí mismo cualquier recorrido posible, porque la mirada (y *la memoria*) van a transcurrir a un ritmo diferente

según el tipo de movilidad que elijamos. El viaje y la lectura cenital, la vista panorámica o el enfoque macroscópico, las velocidades crucero o de paseo terminarán brindando posibilidades de relatos diversos para quienes quieran narrar.

¿Y qué pasa con eso en una “deriva”?

¿Seguiremos las líneas marcadas en el mapa virtual, en la miniatura digital de nuestro espacio o

intentaremos encontrar *nuestra* manera particular de recorrer ese trayecto? ¿Seguiremos las órdenes de la voz metálica de la aplicación o nos resistiremos y cuestionaremos esos modos habituales de *actuar* y *habitar* el presente y el pasado reciente que se advierten como “naturales”, y que se asumen como la “única” y obligada forma de construir, experimentar y comprender nuestras vidas en relación con *la ciudad*?

Cuarenta respuestas posibles.

La lectura de esta antología abre un territorio posible para abordar ese interrogante, pero con ningún afán de resolverlo, más bien, con el genuino interés de asediarlo.

Las narrativas de los 40 escritores seleccionadas y editadas en esta primera publicación del *Festival de Narrativa Bahía Blanca*, pueden orientar recorridos e itinerarios novedosos, para empezar a indagar si nuestras formas de transitar, pero también de *cocinar*, de *respirar* o de hacer lo cotidiano en un día habitual, condicionan -en el sentido de volver

una cosa dependiente de otra- nuestras formas de leer, de pensar, de escribir y comunicar.

Y, de manera dialéctica, quizás, también este interrogante opere a la inversa y nos haga volver a pensar si la lengua, como técnica, es adecuada para presentar el preciso tiempo y el espacio exacto de una realidad, esa realidad, que se transforma en el mismo momento que se la nombra.

Dicho esto, lectores de *a pie*: esperamos que este recorrido, se haya vuelto para ustedes la invitación más amable para avanzar, detenerse y

rondar estas narrativas con sus lecturas, una y más veces. Y, ¿por qué no? para iniciar la escritura de sus propias derivas...

*Organizadores del
Festival de Narrativa
Bahía Blanca*

GANADORES

CLERICÓ
Matías Guillan

Matías Guillan (Caseros, 1982) escribe en todos los formatos que puede. Con Superdulce, ganó el Historias Breves organizado por el INCAA y su estreno fue en el Festival Internacional de Cine de Mar del Plata. Es co-autor de las letras de la banda de rock argentina AURA. Participó del libro Traduciendo el insomnio – 31 versiones de un poema de Simic compilado por Fabián Casas y editado por de Enjambre Editora.

Algunos de los ensayos de su libro En busca del robot poeta pueden leerse en UOIEA! Fanzine, la revista digital sobre arte y cultura alternativa que dirige desde 2019. Su novela Lo que no esperan de mí será publicada en 2021. Su sitio web es www.conejomutante.com

Sentía la transpiración caldosa en la espalda por haber paleado más de dos horas bajo el sol. Hacer un pozo grande es una tarea titánica y mucho más con Luisa dándome indicaciones parada al lado mío sobre el tamaño que debería tener, un poco más ahí a la izquierda, más profundo acá... En un momento, paré. Con las manos apoyadas sobre el mango de la pala, la miré a los ojos con mi peor cara, tratando de transmitirle telepáticamente que trajera de la heladera de la casa lo que me había prometido. Ansiaba con toda mi lengua seca esa frescura frutal.

Luisa por fin había traído la bebida helada. Pasados de calor, reteniendo la sed, fuimos bajando la voz cuando con las cejas le señalé el zorzal pecho naranja que se iba aproximando, saltito a saltito, desde el pasto a la silla, desde la silla a la mesa, desde la mesa a la jarra. Como si nada, se paró en el borde de la jarra de vidrio y, de a poco, se fue atreviendo y bebía sorbitos de nuestro clericó. Sonreímos. Luisa dijo: Si sigue picoteando, se va a caer borracho.

Hacía baja presión, seguro a la noche iba a llover. Desde el olivo escuché a otro zorzal piar y de la nada aparecieron pequeños pajaritos anaranjados que iban resguardándose en la copa del árbol. El zorzal seguía parado en el borde de la jarra sin responder al llamado de su familia y picoteaba de nuestro clericó. Luisa dijo: Todos los hombres son iguales. Para mí no es macho, le contesté para discutir un rato, pero hacía tanto calor... En lo único que pensábamos era en servirnos un vaso lleno de ese torrontés helado con frutillas y duraznos.

Un auto pasó rápido por la ruta. Sentí el viento

caliente que impulsó su velocidad, pero el zorzal no se inmutaba. Las plumas de sus alas se movieron apenas, pero él seguía en la suya y otro sorbito más al clericó. Luisa se acercó lento para mirarlo fijo y, con el riesgo de que se asustara, le dijo: ¿Te vas a tomar la jarra entera? El zorzal movió la cabecita para un lado y para otro, como si lo estuviera pensando seriamente.

Con el pozo terminado, agarré la jarra llena. Ya se me había extinguido el interés por la fauna local. Estaba tan fría. Lento, comencé a levantarla para intentar servirme. El zorzal se resistía en el borde de vidrio con sus garritas que derrapaban. Entre los dos hicimos equilibrio hasta que la inclinación de la jarra lo venció y levantó vuelo. Llené mi vaso hasta el tope. Después le serví a Luisa. Al brindar, sus ojos verdes me confirmaron que nunca me perdonó que me fuera.

La Capital me había erosionado lentamente la tranquilidad del interior. Pasaron varios años. Al menos seguía respirándome las eses. Mientras mis borcegos descansaban a unos metros, como si lo hubiera olvidado, sentí la hermosa sensación de estrujar el pasto con los dedos de los pies y después con los de la mano. Me relajé en el suelo, mientras bebía el clericó. Los rayos de sol filtrados por las hojas redondeadas del olivo. Cómo extrañaba esto. Qué placer.

No me duró mucho. Se apoderó de mí la pregunta que me acechaba en la cotidianidad de la ciudad: ¿Cerré con llave la puerta de casa? Repasé mi salida sin éxito, pero en realidad luego me di cuenta que era la Capital que estaba dentro mío y que se rehusaba a bajar el ritmo. Me puse unas piedras en el pecho. Luisa me miraba

sin entender lo que hacía y me dijo: ¿Le vas a tirar piedras al zorzal, bruto? No te hagas la madre naturaleza que después le cortás el cogote a las gallinas. ¿No ves que esta noche llueve? Ya me lo vas a agradecer, dije.

Al rato, sin llegar a taparme del todo con tierra, se detuvo para descansar. Ya no podía moverme. Bebió el clericó fresco directo de la jarra mientras se abanicaba con el ruedo de la pollera para refrescarse las piernas y más allá. Apenas puso la jarra en el pasto, el zorzal regresó al borde desesperado. No pude verlo, pero me dio pena que no llegara con el pico al clericó. La frutilla tenía un sabor tan delicioso mezclada con el vino blanco.

EL REEL

Juan Patricio Wallace

Juan Patricio Wallace (Chascomús, 1973). Vive y trabaja actualmente en Buenos Aires. Técnico en Ingeniería Comercial (FUSA). Ha estudiado periodismo e Historia. Concurrió a varios talleres literarios de reconocidos escritores como: Guillermo Saccomanno, Alicia Dujovne Ortiz, entre otros. Publicó un libro de relatos: La revolución de los boy scouts (2012, La terminal gráfica). Cantautor y viajero. Ha recorrido mochila al hombro en varias ocasiones Latinoamérica, algunos países de Europa y África.

Había llegado a su casa lleno de barro. Tenía el pelo empapado; de las botamangas caían gotas que ensuciaban el piso. Dejó la bicicleta en el zaguán. Del manubrio colgaba una bolsa de plástico llena de agua con dientudos y pejerreyes. Se sentó en el escalón de la puerta de calle a sacarse con un palito el barro de las zapatillas, y tomó el último trago de una naranjada de botella chica de vidrio.

La puerta cancel se abrió. Andrés se sobresaltó, eructó el gas de la gaseosa y los ojos se le pusieron vidriosos.

–Ah. Eras vos –dijo su mamá– ¿Se puede saber de dónde venís? Mirá la mugre que tenés.

–De pescar con Julito...

–Andrés –dijo la mamá, y la letra ese final del nombre quedó resonando como un chistido.

Él miraba las baldosas amarillentas de la vereda. Creyó que seguido vendría un grito.

–Andrés te estoy hablando.

La mamá lo agarró de los pelos e hizo que la mirara.

–Te sacás esa ropa inmediatamente –Respiró hondo–. Limpiás bien el zaguán y tirás esos pescados de mierda.

–Pero papá me...

–Pero papá nada. Los tirás y se acabó.

–Papá los quería hacer fritos a la noche, mamá. Después me va a decir que soy un inútil por no pescar ni uno.

Andrés, mientras se secaba los pies con un trapo, vio que pasaba un perro por la vereda de enfrente. Era el mismo que había visto con Julito cuando volvían de pescar: flaco, negro, y tenía una mancha blanca en el hocico. Siempre le habían

gustado los perros. Quedó pensativo, mirando como el animal desaparecía en la esquina para la estación de trenes.

Entró al zaguán, pasó al patio y escondió los pescados dentro de una heladera de telgopor. Abrió la caja de pesca y se dio cuenta que le faltaba el reel que le había sacado a su papá sin permiso. Se puso pálido y revolvió bien adentro de la caja. Nada. La mamá estaba en la habitación. En puntas de pie y descalzo pasó por el living. Levantó la bici y la apoyó sobre el hombro para que el ruido de la cadena no se escuchara. Se puso las zapatillas que había dejado en la vereda. Subió a la bicicleta y se fue.

Después de la lluvia había refrescado. Por encima de su cabeza el cielo estaba negro y otra vez lloviznaba. Pero para el lado de la laguna estaba despejado. Andrés vio que un arco iris nacía desde el otro lado de la laguna y contó los siete colores. Ya en calle de tierra las piernas no le daban más, a cada rato se enterraba en el barro. Caminó por la orilla de la laguna. Después de un ratito llegó al puente y desde ahí vio la barranca donde habían estado pescando con Julito.

Ojalá que esté el reel allá, pensó.

Miró al cielo y las nubes corrían rápidas, sintió como el viento frío le pegaba en la cara. El sol se escondía entre nubarrones sobre el horizonte. Después miró hacia atrás, le pareció que alguien lo seguía.

Llegó a la barranca y lo único que encontró fueron pedazos de panes, una línea enganchada y una bolsa de mojarritas. Se sentó en la muralla a mirar la laguna. De vez en cuando tiraba alguna piedra y jugaba a hacer patito. Pensaba en qué

lugar podría haberlo perdido. Escuchó un ladrido. Se puso de pie. Estaba justo a la altura de la garita donde habían esperado a que pasara la tormenta. Saltó la cuneta y se enterró hasta los tobillos. En la garita, tampoco lo encontró. Pero sí estaba el perro flaco que, al verlo a Andrés, le lamió la mano.

Andrés miró hacia su derecha, había un caminito. A lo lejos, un rancho que nunca había visto. Se imaginó viviendo ahí de viejo. Cruzó hacia la orilla de la laguna y el perro lo acompañó.

Se sentó sobre una piedra grande. Sintió frío y abrazó fuerte al perro por el cuello. Un bote flotaba dado vuelta de campana, había unos pájaros arriba que desplegaron las alas y metían el pico en el agua tratando de pescar algún pez.

Se quedó un rato ahí. No quería regresar y le gustaba estar en ese lugar, solo y en silencio.

Oscurecía. El cielo se había encapotado y volvía a llover fuerte. Se levantó, agarró la bici y regresó caminando.

Algo tenía claro: iba a ir a limpiar los dientudos y filetearlos para que el padre no volviera a retarlo ni pegarle una vez más. Sintió miedo y lloró. Todavía no había pensado qué decir si le preguntaba su papá por el reel.

El perro lo seguía, Andrés se detuvo y le acarició el lomo; el animal, como si quisiera hablar con él, aullaba y se le metía entre los pies como para hacerle una caricia o vaya a saber qué cosa.

PERÓN ES UNA PASTA QUE SE JALA

María Insúa

María Insúa (Buenos Aires, 1965)). Es Magíster en Enseñanza de la Lengua y la Literatura; Licenciada en Ciencias de la Educación y Profesora de Lengua, Literatura y Latín. Es docente investigadora en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Coordina talleres de lectura y escritura creativa, así como clínica de obra. En 2016 publicó el cuento "Eliseo", en una plaquette del sello Paisanita Editora; en 2018 participó en el libro Martes verdes, compilación de poemas de poetas por el derecho al aborto legal; también en 2018 participó del libro La visita, proyecto sobre canciones de Loreena Mac Kennitt, edición a cargo de Garmán Weissi y Alejandro Parrilla.

En abril de 2019 el sello Paisanita Editora, de la ciudad de Buenos Aires, publicó su novela Bicho taladro. En junio de ese mismo año, su poema "Una piba" fue seleccionado por la convocatoria del colectivo feminista Somos Centelleantes y publicado en la antología La rebelión de las lombrices. También, con el poema "Regalo" participó del libro Es tiempo de soltar la lengua, editado por El colectivo. En 2020 su cuento, "Cuidado intensivo", formó parte de la Antología 2020 de Paisanita Editora.

Si logro escribir cómo es esta ciudad y que el rey de España entienda, es que se puede. Pero ni una cosa, ni la otra. Apenas pude entrar cuando tuve que salir. En mi nueva condición de inquilina, salí al balcón con el entusiasmo de una propietaria. Está en un primer piso, da a una calle angosta que si me estiro alcanzo a tocar el pelo de la vecina de enfrente. Pienso lo fácil que sería desde esta distancia sacarles las pelucas a los ingleses y tirarles aceite caliente sin fallar y, por qué no, capturarles las cacerolas. Este edificio lo hicieron dos ingenieros en los años en que empezó el peronismo. Los nombres figuran tallados en la pared de la entrada. Es sólido y cuadrado. El de enfrente tiene molduras y los balcones parecen andaluces o madrileños, lo hizo un arquitecto. El rey conoce el nombre Juan Domingo Perón. Si voy a España y me presento, señor rey, soy de Buenos aires, él dice, ah, Papa Francisco, Esta Mujer, Messi, Perón. Antes de preguntarme cómo me sienta estar en España, fija la vista en una cholga y así reprime esos nombres que se acordó incluso antes de Papa Francisco: Maradona y Che Guevara. Al mismo tiempo, yo le miro las cutículas crecidas de las uñas para evitar preguntarle si restituyeron la extracción del hierro a Mauritania, el plomo a Namibia y el zinc a Zaire. En cambio, le digo, *¿No te han dado los números que rigen tu destino certidumbre de polvo?* Sonríe y dice, que se lo pase bien.

Conozco dos cuadras de este barrio. Al final de la segunda está el Carfur que vende combos prácticos, una banana o una manzana adosadas a un pote de yogur. Quedaron de cuando las personas iban a sus trabajos. En medio de esa cuadra, a la entrada de una empresa en remate,

vive una mujer en un refugio que hizo con nylon y sogas. Tiene siempre la radio prendida. Es habilidosa, por ejemplo, se tiñe el pelo mirándose en el vidrio de la empresa. Los viernes, cuando se acercan los autos del gobierno, aunque son sigilosos y van a tan poca velocidad que irritan, ella se adelanta, se agacha e intenta sacar los chapitas incrustadas en el asfalto. No le tocan bocina, el conductor mira como si hubiera chapitas, el polarizado no deja ver a les de atrás, pero están; esperan hasta que ella decide correrse. Desde el primer día me pareció que la conocía, y sí, es la misma que escupió el cajón del general Rojas. Es fácil de acordarse porque fue la única.

Al rey no le contaría las circunstancias. A ustedes que de un momento a otro pueden pedalear para un Rapi, sí. En esta ciudad Perón es una pasta que se jala, ¡viva perón!, al son del pisotón que aplasta el tetra contra el cordón. Vibran los cuerpos con, ey, vecina, colabore, eh; corean ehe ey, ¡viva perón!, se jala al sol. Esta ciudad rima. Llega la ambulancia de PAMI y los pibes sacan, del edificio de enfrente, a la más vieja haciendo sillita de oro. Le dicen, te tomaste todo el vino ah re. Ella se ríe aunque se le chorree la remera de sangre.

Pasan les turistas de acá nomás, oficinistas de corazón europeo que murió en un bisabuelo. Miran desorientados y dicen, miren los conventillos, tantean sus mochilas, las aseguran contra el sobaco, meten las narices entre las rejas para ver las paredes a punto de desmoronarse. Quiero gritarles, casa tomada, amigos, conventillos es una palabra enjuagada con lavandina, pero tengo la garganta trabada por el miedo a dios. No como Paula que en una noche de vinos dijo,

no sé qué es tener culpa ni temor de dios, no me enseñaron a reprimir las ganas de coger. Le dije, ¿vamos afuera? Fuimos.

A la madrugada baja del cielo un manto de neblina: nunca me faltas, nunca te voyas, yo sin tu amor ya no soy nadie, escucho. Con esa empieza el baile. Salgo al balcón. La hija de la vecina de enfrente llora. Le pregunto. Me dice, tengo tarea y no hay conexión. Te doy la de acá y de paso anoté mi celu. Tengo que repetir los números porque la murga "Gambeteando cabezas" copó la calle. La piba me manda una selfie, la tarea y un gif que dice, no entiendo. Siento el aire en la espalda cuando se desmorona la persiana de madera de la puerta ventana del balcón. Me quedé afuera. Hasta el barbijo está adentro. Quienes escucharon la caída de la persiana, dijeron uh. Trato de explicar pero nadie me escucha. Improvisan un grupo, uno me dice, tranqui, vecina. Empiezo a bailar, tarareo el estribillo del tema principal de la murga y veo cuando el grupo improvisado aparece en la esquina con uno de los tachos de "Buenos Aires, ciudad verde". La murga les hace lugar para que pongan el tacho abajo de mi balcón. Arrancan las tapas y gritan, salte, vecina, no pasa nada. Salto. Quedo planchada arriba de las bolsas de basura. Me tiran de los brazos y salgo como una marioneta. No paro de reírme. Llega un whap de la hija de la vecina, dice, piso 1, abít 3, ay señal.

BALCONES

Nicolás Pose

Nicolás Pose (Buenos Aires, 1980) Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Publicó la novela Por una cabeza (2018), los ensayos de cine y literatura Libres del libro (UAI, 2017) junto a Juan Pablo Bertazza, César Rexach y Manuel Pose, y el libro de cuentos La performance (De los cuatros vientos, 2005). También uno de sus relatos integra la antología de cuentos policiales Rojo Profundo (2019) editada por la revista Le Folie.

Ha escrito textos literarios, reseñas y críticas en diversos medios culturales como las revistas El Interpretador, No Retornable, Siamesa, MALBA cine y actualmente escribe en la revista web Le Folie (<https://lefolierevista.com/>)

Hace días que papá y mamá no se hablan.

Desde temprano se sientan frente a sus computadoras y cuando les digo alguna cosa responden "sí", "no", o dicen "más o menos" aunque su respuesta no tenga nada que ver con lo que les pregunté.

Entonces, cuando me aburro, porque ya me cansé de mirar dibujos en la tele, de pintar los libros para colorear, y ni siquiera hago la tarea, porque no me gusta hacerla solo, y papá y mamá ya no se sientan a hacerla conmigo. Les pido que me ayuden y mamá me dice ¿para qué?

Entonces cuando me aburro, salgo al balcón y los veo.

Está la chica que se mueve y corre sola dentro de su casa, el hombre que todas las tardes fuma y toma, creo que vino, en una copa que apoya en una mesita; los novios que me miran y sonríen mientras yo les hago caras graciosas. También enfrente puedo ver a la señora que sale todos los días a regar las plantas si el día está soleado, y que más tarde se sienta en una reposera y toma sol como si estuviera en la playa.

Y están los chicos que no paran de jugar a la pelota. Están todo el día así. Se escuchan los pelotazos que tiran contra las rejas de su balcón. Me parece que ellos no hicieron tarea en toda esta cuarentena. Siempre son los mismos. Creo que deben ser hermanos. Uno es como yo y el otro es más grande.

Me siento en la silla que papá deja en el balcón, y que usa cuando sale a fumarse un cigarrillo.

Acabo de ver a un nuevo vecino.

Primero escuché la música que venía desde

algún balcón y después lo vi. Tiene mucha barba, y el pelo largo, que es negro y blanco y le llega a los hombros. Está con una chica y, mientras él pone música que sale de unos parlantes grandes, me pongo a bailar. Me gusta esa música. Papá y mamá nunca ponen música. Están siempre en silencio y sólo escucho el ruido del teclado.

Creo que él y la chica están tomando cerveza. Esa botella marrón es igual a las que papá y mamá se compran los fines de semana y toman en el balcón. Miro la calle. Pasan algunos autos, un colectivo, motos.

Bom. Hace el pelotazo contra la reja. Después otros. Bom. Bom. Son los hermanos que nunca paran.

Tengo miedo de que la pelota rompa la reja y caiga a la calle. Mi perro Rocky sale y miro cómo olfatea el aire. Asoma la cabeza por entre los barrotes y le ladra al perro chiquito del balcón de abajo, hasta que se cansa y tose. Después vuelve a entrar al departamento.

Miro, otra vez, al vecino que sigue con la música, que baila junto a la chica y después los dos se dan un beso. Qué asco.

El balcón de los chicos que juegan a la pelota ahora parece inclinado. Entonces se cae un pedazo grande y gris a la calle. Los chicos gritan y tratan de entrar, pero también se caen con todo el balcón entero.

Entro y les grito a mamá y papá: "¡La pelota pica en el aire!". Pero ellos no me miran, no responden, y continúan sentados frente a sus computadoras. Escucho las sirenas.

Desde el balcón veo los autos de la policía, las ambulancias y un camión de bomberos que

acaba de llegar.
Papá y mamá salen al balcón y comienzan a hablar
entre ellos. Sonrío porque estamos todos juntos.

PLANTAR UNA CASA

Carolina Amorosi

Carolina Amorosi (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1980) se formó en los talleres de Alberto Laiseca, Santiago Llach y Clara Muschietti.

Forma parte del grupo Catorce Piras, que desde hace un año edita un fanzine gratuito de poesía. Se puede descargar en <http://catorcepiras.com.ar/>

Cuando llegamos de Buenos Aires los ciruelos de la vereda están llenos de pimpollos a punto de reventar. Siempre marcaron mi momento favorito del año, el fin del invierno; y ahora marcan también el fin del encierro. Mi hija puede jugar en un patio al aire libre y a los tres días de llegar se abren todas las flores de golpe. Prometo que voy a arrancar algunas y ponerlas a secar con papel de diario entre las páginas de la enciclopedia, como cuando era chica. Pero en la casa de mamá ya no hay diarios y una lluvia furiosa las barre antes de que pueda juntarlas.

Todos los días, después de comer, salimos a dar una vuelta por Palihue y traemos a Clara dormida a lo de mamá. Tiene tres años y medio pero todavía se duerme en el cochecito, aunque le cuelgan las piernas cuando se acuesta. Me crié en este barrio pero ahora me siento un poco turista. Lo único que reconozco como propio es mi escuela primaria.

Cuando terminamos el aislamiento nos mudamos a la casa de mis suegros. Nos esperan con la pieza que era de Fernando ahora armada con una cama doble. Clara va a dormir en la que antes era de la abuela. Volvemos a sentirnos hijos y un poco está bueno. También volvemos a coger en la misma pieza que hace veinte años. Pero ahora no es la abuela de Fer la que casi nos descubre sino nuestra hija, que se levanta con hambre en la mitad de la noche.

Arriba del placard hay juegos de cuando Fernando era chico. Clara los pide aunque son casi todos juegos de mesa: un TEG, tres rompecabezas de mil piezas, un juego de química. En alguna de esas cajas tiene que haber una bolsa con flores. Las escondimos con Fer después de una fiesta

de Año Nuevo. La idea era fumarlas pronto pero nos olvidamos. Reviso todas las cajas pero no las encuentro.

A la tarde salimos a dar vueltas en el auto de mi suegro para dormir a Clara. Agarramos Aguado y vamos por Alem hasta el fondo, llegando a la ruta. Cuando yo era chica era tranquilo y remontábamos barriletes en la banquina, pero ahora se llenó de loteos y casas nuevas. “¿Y si compramos un terreno?” digo, y saco fotos a todos los carteles de las inmobiliarias.

En el compost de mamá brotaron un montón de acacias. Esta es la época en que nacen las semillas que se caen de los árboles. Una vez llevé una al fondo del patio y la planté. Ahora es un árbol enorme pero no le están creciendo hojas. Mamá me dice que le pidió al jardinero que lo sacara pero que le dijo que no, que todavía vive. Yo le digo a Clara que hagamos plantitas. Arrancamos con mucho cuidado las acacias de la tierra y las plantamos en macetas.

Ella lo disfruta tanto como yo. Le cuento que cuando yo era chiquita mi abuelo tenía una huerta. En la huerta tenía siempre perejil, tomates, zapallos, zanahorias y conejitos. “¿Y los conejitos se comían las zanahorias?” “No mi amor, los conejitos son unas flores muy lindas que se llaman así porque parecen conejos”. Nunca le pregunté por qué plantaba flores en la huerta. Cuando terminamos le digo “vamos a esperar que estas acacias bebés crezcan y algún día las vamos a plantar en nuestro terreno”. Y ella me contesta “¿Y si mejor plantamos una casa?”

Quisiera compartir cosas de mi niñez con mi hija pero mi mamá no guardó absolutamente nada. Ni

la batita que usé el día que nací, ni mi bici, ni un juguete. Sacaron el poste de palo de la esquina de casa, del que me agarraba cuando pasaba patinando fuerte aunque se me llenaran las manos de astillas. Los ciruelos de la vereda no son los de mi niñez sino otros. Sacaron las hamacas y el tobogán de la placita y pusieron juegos nuevos. Se me ocurre que puedo llevarla al kiosco al que iba cuando era chica. La kiosquera es la misma y en lo que yo envejecí treinta años ella envejeció cinco o diez. “¿Qué vas a llevar?” me pregunta y le digo que estoy eligiendo. Algunas cosas cambiaron pero la vitrina de las golosinas es la misma, aunque ahora están repartidas de otra manera y no me dan los ojos para absorber toda esa nueva información. Pienso dónde estaba la caja de Cabsha, la de Tofis, las Yapas. También cambiaron de lugar la vitrina de los alfajores. “¿Pero qué querés, golosinas?” me dice. “Sí... ya te digo”. Estoy perdida. “Ma, ¿me comprás un Kinder?” me pide Clara.

Tenemos que volver un sábado pero el remis falla en la ruta y pasamos el viaje para el lunes. La idea de pasar otro fin de semana en Bahía no me disgusta pero hace un frío terrible y llovizna. Salimos a pasear en el auto de mi suegro. Clara va todo el viaje atrás en su sillita diciendo que se aburre. “Dejame mostrarte la casa de mis abuelos”, le digo. Fernando dobla por Caronti hasta Avenida Alem. Pasando Paraguay estaciona a mitad de cuadra. La casa de mis abuelos es ahora una oficina de venta de pasajes de colectivo: el frente está todo pintado de un color amarillo pálido, donde estaba el ventanal del living hay una persiana metálica que llega hasta el piso. No tiene nada de mis abuelos, salvo el techo que está lleno de conejitos en flor.

EL ITINERARIO DEL DUELO

Erika Selene Pérez Vázquez

Erika Selene Pérez Vázquez (Ciudad de México, 1978). Profesora e Investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Estudió filosofía y actualmente estudia el doctorado, tiene publicaciones en poesía, cuento y filosofía.

Ciudad de México, en la calle de Revillagigedo 18, el 28 de agosto, Carmen comía junto con su esposo Eduardo, huanzontles con chile pasilla que habían quedado del día anterior y agua de horchata. Era domingo y pensaban salir a caminar un rato por el centro. Ese día en la noche era el final de una serie de un famoso cantante mexicano.

Afuera como todas las tardes al vivir en el centro de la ciudad, se colocaba en la esquina un cilindrero tocando música tradicional. Comiendo llegó a su celular un mensaje de noticias, dejó caer su cuchara para enterarse que su ídolo y el de muchos en México había muerto, era una noticia tan triste y paradójica, ese mismo día terminaba el capítulo final de la serie de televisión de su vida.

Acabaron de comer y salieron a caminar con la sensación de tristeza, desde ese día y los siguientes días los cilindreros tocaron música de aquel cantante, el aire del centro histórico se enrareció. Enfrente del edificio estaba la alameda central el parque público del centro nombrado así por la emperatriz Carlota y era el parque más antiguo de Latinoamérica. La respiración de aquella plaza era una especie de aroma a maíz, smog y dulces, durante años en ese parque se dejaba vender comida, pero después de su remodelación estaba prohibido.

Caminar por la alameda equivalía a deambular por la historia, había escultura que aludían a mitos griegos, el enorme y blanco hemiciclo a Benito Juárez un presidente muy importante para los mexicanos. Casi todos los paseantes extranjeros se tomaban fotografías en ese lugar.

Lo importante de la alameda eran los paseantes, personas que bailaban, pedían dinero, conseguían

pareja, pero también los había quienes se sentaban en aquellas bancas como viendo pasar la historia, es una costumbre caminar por la alameda para pensar, para platicar el día a día.

El pasado, el presente y el futuro como conjuro, la mirada casi cinematográfica de ese parque público, se dividía en tantas partes como en pasos, desde el famoso quemador de la santa la inquisición al lado del parque de la solidaridad donde se caminaba como memoria de los muertos del temblor de 1985 y los descansos a pensar con todos los jugadores de ajedrez que había afuera del pequeño museo que resguarda una obra de Diego Rivera "sueño de una tarde dominical en la alameda". Todo en un pequeño espacio dedicado a la memoria. Transitaron sin rumbo, al ser el centro de la ciudad había mucho comercio. Ese día el centro se volvió más musical de lo normal. Con cada comercio había puesto música de aquel cantante tan querido en México, sus canciones nos habían acompañado tanto tiempo.

Durante varios días todo el centro evocaba un pequeño homenaje, cerraron la avenida Juárez y el eje Central, en los siguientes días. Ese día regresaron a casa y desde la ventana empezaron a ver esa noche las personas que se quedaron a dormir en aquella Alameda, puesto que llevarían los restos de aquel cantante a Bellas Artes para rendirle un homenaje. Esos días por respeto tácito no hubo marchas como diario sucedían desde hace años.

Al otro día ambos salieron para recorrer los

espacios cerrados, habían puesto tarimas con mariachis en la calle, puestos de comida, gente abrazada cantando sus canciones con fotos autografiadas de aquel tan querido cantante mexicano, que había muerto sin aviso como todos, ese diciembre iba a cantar en el zócalo de la ciudad.

En su recorrido por la avenida Juárez, atravesando el eje central para llegar a la calle madero hasta el centro, todos parecían evocar la voz de aquel cantante. Nunca habían vivido eso Carmen ni Eduardo, sus abuelos contaban algo parecido con Pedro Infante, pero en pleno siglo XXI nunca. En la calle la gente tenía la necesidad de platicar del tema, tanto como iban a entrar al famoso Sanborns de la calle Madero, como si llegaban al zócalo, el asunto era gutural, la voz se convertía en los pasos que recorre el muerto parecido al camino al Mictlán. Se quería acompañar a aquel cantante en el camino a la muerte, alumbrar sus pasos por lo menos en ese cuadro del centro.

Durante la noche con las ventanas abiertas no se podía dormir, lo mejor era salir a caminar entre el rumor de los cantos, en México se acompaña el deambular del muerto hasta que llega a donde tiene que llegar, son momentos preciados de solidaridad en la muerte, se acompaña al barrio, a la casa a lo íntimo.

ESCENAS DETRÁS DE LA MADRUGADA

Gabriel Martínez Barre

Gabriel Martínez Barre (Guayaquil, 1992). Es Ingeniero mecánico (ESPOL, 2015) y Máster Universitario en Ingeniería Mecánica (UPV, 2020). Fue uno de los ganadores del IV Certamen Literario "Orellana lee" organizado por MACCO-EP del Ecuador. Cuentos suyos están por publicarse en la antología de Mar de Tinta – Edición creativa de México. También participará en la antología que desarrollará Plétora editorial de México. Uno de sus cuentos fue publicado en la Revista Literaria Pluma de Argentina.

«Las noches me empujan a la locura», pienso mientras veo la avenida inundada de soledad desde mi balcón del edificio.

Termino de alistarme para salir. Cierro la puerta tras de mí. Voy al ascensor, el silencio es tal que dudo de la existencia de mis vecinos. En planta baja digito un código y un chasquido eléctrico abre el acceso principal. Las calles a estas horas conforman un desierto de cemento: los negocios están cerrados.

Arrastro los pies al caminar y hablo solo para sentirme acompañado de mi propio ruido: «Sigue caminando, al final de este desierto hallarás los bares». De pronto oigo un estruendo, algo ha caído a mi lado, se ven trozos de vidrio en el piso. Miro alrededor y en el balcón de un edificio observo a una persona. Si el proyectil me hubiese dado en la cabeza podría haberme matado. No entiendo por qué alguien tendría aversión hacia mí: un desconocido. Ha de ser un borracho de mierda, concluyo. Avanzo.

Empiezo a oír la música de las discotecas. Miro a un costado y veo a una mujer bajándose de su carro. Se acerca a mí. Es joven y hermosa. Quiere saber si cargo cigarrillos. Le doy uno. ¿Eres extranjero? Pregunta. Hago que sí con la cabeza. Quiero decirle de dónde soy, que no llevo ni una semana en este país, que no me he acostumbrado al cambio de horario por lo que no puedo dormir en las noches y estoy entregado a la madrugada. Pero supongo que a ella no le interesará mi vida. No hablo. Enciende su cigarrillo y se marcha, al doblar la esquina la pierdo de vista.

En las afueras de una discoteca me hago amigo de dos chicas y un chico. Vamos a jugar

billar y beber cerveza. Saco a una de las chicas a la pista y comienza a sonar un merengue. ¡Esa es la música de mi tierra!, exclama. Le pregunto si ella y sus amigos son dominicanos, contesta que sí. No me pregunta de dónde soy, por un momento imagino que no le importa, sin embargo, prefiero ser optimista y creer que para ella todos somos iguales.

En la mitad de la madrugada salimos de la discoteca. Le digo a ella que no quiero regresar a mi casa, me invita a la suya. Nos dirigimos al carro de su amigo cuando veo a un hombre cargando en sus brazos a la chica que antes me pidió un cigarrillo. Le pido a los dominicanos que me esperen un rato y sigo a ese hombre. Acuesta a la mujer en el asiento trasero de un carro. ¿Adónde llevas a esa mujer? Le digo. ¿Qué carajo te importa lo que haga con mi novia?, me responde. ¡Hey, ¿estás bien?!, le hablo a la mujer. No reacciona. Me aproximo para intentar despertarla y el hombre me empuja y caigo al suelo. Al intentar levantarme me da un puñetazo en la boca. Enciende el carro y se va. No te metas en lo que no te importa, me aconseja una voz por ahí, ni me doy cuenta quién habló.

Al volver a la zona de parqueos busco el carro de los dominicanos. Me doy cuenta de que he olvidado la ubicación, el modelo y el color. Asumo que terminaron yéndose sin mí.

Compro algo de comer y camino. Así intento aminorar la borrachera. Escuchó a una chica intoxicada de alcohol: llora de dolor y se toca el abdomen. Me acerco a ayudarla. ¡No me toques!, me dice. Otro muchacho aparece: me advierte que me aleje y que no sea entrometido. Hago

caso.

Encuentro a un hombre tendido junto a un charco de vómito. No le presto atención. Prefiero evitar problemas.

Cosa curiosa la madrugada, conforme avanza es como si nos volviera invisibles a todos. Ya nadie repara en mí. Ellos tampoco me importan. Me acomodo en una banqueta a fumar. Dirijo mi vista a los edificios. Apenas se ve parte del mío. De repente tengo una sensación extraña aunque no nueva: cansancio acompañado de un bostezo.

Pronto empezará a amanecer. Inicio mi solitario recorrido de regreso. Abro la puerta principal y rápidamente el ascensor me lleva hasta mi nivel. Frente a mi puerta saco las llaves, tintinean al tiempo que busco la correcta. Me sorprende el ruido de más llaves, las demás puertas del nivel se abren. Mientras mis vecinos salen, yo entro. Voy derecho a la cama y me acuesto con la misma ropa apestosa a sudor, cerveza y cigarrillo. Mi día termina.

Las semanas transcurren y mi cuerpo se acostumbra al horario de este país. Ya no salgo en las noches, en su defecto, acostumbro a beber vino. Hoy me asomo al balcón, veo el horizonte e imagino el mundo lejano de las discotecas. Entonces, oigo la puerta del edificio: se abre y un muchacho toma la calle que lleva hasta allá. Mi rostro hace una mueca malévol, me invade el deseo de lanzarle mi copa de vino con la esperanza de darle en la cabeza y así animar mi aburrida noche. Al final, no me atrevo a hacerlo.

No es fácil vivir tan lejos del lugar en que naciste.

Al meterme a la cama me parece oír, aunque quizás lo imaginé, el sonido lejano de un vidrio

que se rompe. Por fin duermo por rutina y no por cansancio. La rutina es la que invita a soñar, me digo, y cierro los ojos.

LA CIUDAD CÓRNEA

Ulises Rubinschik

Ulises Rubinschik (Buenos Aires, 1995). Nacido en el barrio de Almagro. Escribe narrativa, poesía y ensayo. Algunos de sus poemas fueron publicados en la antología Todas las voces IV, del X Concurso de Poesía Paco Urondo (Villa María, Córdoba).

Como si siempre sus andanzas fueran por el asfalto o avenidas doble mano con sus altos faroles, palotes verdes, y sus persianas de los comercios cerrándose a la noche, sin importar nada más y él avanzara los rumbos a veces ajenos o no, pero ese día tum tum tum adentro ahí, por la garganta, lo que se dice nudo, ah, pero vendrá el hambre en un rato, poca fue la pasta que pudo comer, ah pero cuando me relaje y todo fluya va a bajar ese, el hambre, o subir, al cerebro o donde sea y de hambre me cagará, eso nomás.

Fueron varias, como veinte, las cuadras con las gomas de sus zapatillas tambaleándolo por ahí, cruzando no toda Buenos Aires sino el barrio aquel un poco, qué va a hacerse; la bella calle, anchas veredas, boulevard con el pasto paja, pastizal, en medio y las luces no tan furiosas sino también bastante desierto todo en esa noche quién sabe por qué, ¿genero?, ¿aire caliente con lo dulce del calor llegando y matando, también, todas las ya vanas voluntades?

Bueno sí, o no, qué hora, qué hora, ah, cuando dieran once campanadas en una iglesia inexistente o demasiado lejos o lo que sólo marcaría el tiempo de su noche porteña: su reloj o más bien coso inteligente y polifuncional, en su bolsillo. ¿Siempre puntual?, no necesariamente, no, pero hoy sí, llegó, casi seguro, a las veintitrés. Y la muchacha de pelo negro tijereteado irregular y camisita blanca con unos bordados locos, sus veintitrés atrasadas por vaya a saber cuáles cuestiones que la tenían entretenida, la tuvieron, sí, un buen rato sin salir de su hogar cercano al punto de encuentro, al inevitable saludo de buenas cómo estás; nomás quince minutos o algo así de espera para verla,

luego, llegar andando pizpireta la vereda con, eso, sus jeans hasta los tobillos arremangados y la camisa flores dibujadas con casi magia costurera y una cola de caballo ahorcada terciopelo amarillo.

Entraron, miraron lo tenue del lugar ajeno a ambos, desconocido, casi, anteriormente, sólo de pasada visto; y se sentaron afuera en lo incomodísimo de unos bancos junto a un barril de vaya a saberse qué en su origen, a las veces de mesa, abaratando, ¿no?, los costos. Pidieron a la migrante de gorra y contornos turgentes unos ámbares espumosos y ella, a la orden, decía, cada vez, con su gorra y también cola de caballo atravesándola y una sonrisa que sabían algo forzada pero en cuya esencia pudiera encontrarse, quizás, algo de verdad.

Versó, ¿por dónde, la cuestión? Por ahí y por allá y como un gran árbol por cuyas ramas (lugar común) las dos voces se iban delirando hacia arriba, perdiéndose en las copas y en la copa, esa, del árbol de sus sonidos, acostizados por el bigote de él y ella su rouge; ambos, argollas agujereando sus lóbulos, ambos cuatro ojos marrones.

Aunque los de él algo verdosos y almendrados. Ella, en cambio, redondos, grandes, cerca de lo negro, quizá también ensalzados por las pestañas de tinta negra que les daban eso: una mirada fuerte, como una luz de tan particular, pesada, incisiva. Y los temas bailoteaban entonces en ese enramado y se reían y de vez en cuando, sólo de vez en cuando, algún roce de manos que la propia conversación provocaba o ellos, justamente, a propósito, forzaban en ese, el libreto de la ya medianoche. ¿Quizás eso?, la medianoche donde de a poco, con brasas anaranjándose, se va

cociendo el hilo, o piolín, del que luego seguirán ambos tirando en su mutua madrugada para que dure lo que dure y como tenga que durar. Afloje, claro, y afloración de simpatías ya vació el primer vaso (o copa), sólo la borra o la pequeña espuma que quedó de la cerveza; él, por su parte, trazando con humor las risas de la otra y la morocha compulsivamente recogiendo y liberando su pelo bastante largo y, se insiste, pero los ojos, siempre se imponían.

Luego de pagar, siguieron el rumbo de Buenos Aires caminando mucho rato, mientras la noche se iba haciendo más noche y la caminata seguía desarrollando su conocerse. Quedaron olvidadas incluso las agujas, ni pensaban qué hora era: tarde, son como las no sabían cuánto, ¡no sabían! Aunque no se notara en los relojes, se notaba, por ejemplo, en lo pesadas que se volvían las piernas o en sus párpados como diciendo ¡ey!

Pero así seguían porque no había otro destino que esa continuación, porque el tiempo se lleva lo que es suyo, ese tránsito por la ciudad, desde su centro social y cultural, el obelisco, al centro que el mapa determina con su geografía. Él ojeando el caminar de ella, que era sonrisa, risa, a veces, y el pelo tijereteado al azar, el flequillo saltarín otro cómplice más de la continuidad de mutua andanza.

¡Qué bien, qué lindo cielo!, dijeron o pensaron al distinguir el amanecer que se apareció, feroz, encandilándolos. Lo que había parecido gradual ya era absoluto sol sobre sus crismas: la ciudad. ¿Es eso, la ciudad?, ¿lo que había sobre sus cabezas?, ¿o simplemente sus cabezas eran parte?

¡Ah!, las bifurcaciones varias que se les

presentaban y ellos, sin embargo, siguieron cabezas en alto por la vereda izquierda de la avenida famosa y tan cambiante de punta a punta, desde teatros a cementerio, donde las persianas iban saludando al día, sus cadenas levantándolas, el chancleteo de sus dueños y sus lagañas en los lagrimales como diciendo, o dudando, ¡buen día!

Y ellos dos, buen día, buen día, por aquí y por allá, bufones del despertar de la urbe, ellos dos, que fueron mejores en su vigilia, porque habían visto realmente lo que valía la pena.

LUCES AUSTRALES

Marcelo Daniel Díaz

Marcelo Daniel Díaz (Rio Cuarto, 1981). Es Licenciado en Letras. Publicó el libro de poemas *Newton y yo* (Editorial Nudista, 2011), *Los cuadernos de Mishima* (Deshielo ediciones, 2017), *Bildungsroman* (Gog y Magog ediciones- Notas María Teresa Andruetto), *Los cuadernos de la lírica* (Vera Cartonera. UNL) y *el texto crítico sobre poesía argentina contemporánea La formación de la lírica* (Editorial Universidad Nacional de Córdoba/Uader. 2018-Notas de Marcelo Cohen) entre otros. Participó de la antología *Penúltimos: 33 poetas de Argentina (1965- 1985)* (UNAM. 2014) a cargo de Ezequiel Zaidenweg. En el 2015 fue seleccionado como becario en el Fondo Nacional de las Artes. Ha sido finalista del concurso nacional de ensayo "Grupo Heterónimos" organizado con el patrocinio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires con un jurado compuesto por Omar Acha, Tununa Mercado y Darío Sztajnszrajber. Es colaborador de las revistas *Op. Cit*, *Otra Parte* y recientemente *Hablar de Poesía*.

Textos suyos fueron traducidos al inglés para la revista *Paradoxa* (USA) dirigida por Liliana Colanzi y Debra Castill y al portugués por Teresa Arijón (Konex en traducción).

"Se dispersa por el cielo como luz de luciérnaga"

Ella Frances

La palabra constelación deriva del latín, constellationis, lo que indica la posición de los astros en la bóveda celeste por lo que una constelación sería por lo pronto un conjunto de estrellas.

.

Cada vez que realizo un viaje de una ciudad a otra recuerdo las coordenadas de los astros alrededor del paisaje. Es mi brújula sentimental, lo que dejo atrás cuando llego a Bahía Blanca es lo mismo que encuentro cuando bajo en la terminal: no hay aprendizaje por fuera de mis canciones, mis cuadernos y dos o tres afectos que trazan un mapa donde están las coordenadas de mi recorrido.

.

En los *Cuadernos de Lengua y Literatura* Mario Ortiz recorre la ciudad, en sus calles encuentra un diagrama cuyo correlato es Argentina donde encuentra otro diagrama cuyo correlato es el universo. Hay un registro de locuciones en latín referidas a los astros realizadas por un cura Bahiense. Generaciones de estudiantes y docentes repitiendo las declinaciones así como se modifican las decisiones que tomamos en nuestra vida.

.

De un lado estoy yo llegando a Bahía Blanca con una estrella apagándose sobre mis espaldas y del otro Mario Ortiz recibíendome con su bicicleta levantando los brazos.

*.
*.

Antes de llegar transcribo un poema sobre una canción de Tracy Chapman en la que el tema es irse, no importa dónde, pero irse muy lejos.

La canción la escuchábamos en un cd en la casa de un amigo de la infancia. Un volcán había estallado en la Patagonia y como su padre tenía una empresa de seguros tuvieron que emigrar hacia el centro del país: quebraron y no pudieron asumir los costos.

*.
*.

Mario me explica los límites de la ciudad, el universo industrial de Ingeniero White y el humo de las chimeneas que termina en los vocablos de sus alumnos que recuerdan los cielos de Philip Dick como en esos versos de Laura Wittner en el que la realidad está mediada por una teoría del color y la visión desciende hasta perderse en una zona oscura: así me veo a mi mismo caminando por estas calles.

*.
*.

Hace más de diez años mi amigo partió, se fue a vivir a Colombia, no dijo nada, ahora habita una cabaña cerca de la cordillera y traduce los dialectos de comunidades indígenas de la zona,

da clases en la universidad, recuperó una lengua extinta, tiene hijos, fabrican su ropa, cosechan su comida, un ritual para cada ocasión del día, cada tanto una canción de los años noventa satura su voz y la de su familia.

.

¿Cuál es la palabra que usan para decir "estrella"? ¿A quién podría contarle de mi amigo? Crecimos juntos y ninguno de los que crecimos juntos quedó, los que se fueron no volvieron más, los que se quedaron no nos reconocemos. Mario ata la bicicleta en un semáforo. ¿Viste querido cómo son las luces de los semáforos? Radiantes, sí.

.

Mi mente escribe por mí. Podrías recuperar una lengua extinta de una comunidad perdida hace miles de años pero no podríamos volver a ser los mismos ni vos, ni yo, ni la memoria de nuestros seres queridos.

.

Más tarde lo busco a Germán Arens, hablamos de Ciencia Ficción, me enseña sus dibujos, y unas ediciones artesanales de una editorial que dentro de cinco años todos vamos a leer. En un poema encuentro la palabra estrella. ¿Qué son las luces australes? ¿Hay luces australes en Bahía? Arens prepara un mate y dice: yo creo que sí. Mario hace horas que está en su casa: alimenta a su perro, conversa con Julia y transcribe unos

versos. Me pregunto si una persona puede estar en simultáneo en dos planos de la realidad completamente diferentes. Dejo el mate y vuelvo al hotel a descansar.

.

La oscuridad es absoluta y yo sueño con auroras anilladas en el techo de mi pieza: una dentro de otra, acompasadas, demoradas en una suerte de gravedad mental donde nada se transforma, ni siquiera la luz continúa. A quién le puedo decir que una vez en un pueblo de provincia en el corazón del llano había un grupo de personas que se juntaban a cantar canciones alrededor de una radio portátil y que de aquello ni siquiera quedó un registro.

.

Anoto: no hay nada de lírico en recuperar las formas del pasado, ya lo escribí varias veces, ya lo sabía desde antes, y sin embargo ahora vivís en un pueblo colorido que diseña vasijas radiantes para venderlas al mundo con grafías intraducibles. Y quién te dice que en las horas dedicadas al trabajo del barro no están desdibujados cada uno de nuestros nombres y que en un futuro no se puedan encontrar en una misma línea como si habláramos de otra vida.

NOCHE AFRICANA

Alberto Arecchi

Alberto Arecchi (Pavía, Italia, 1947). Arquitecto italiano, mora en la ciudad de Pavía. Tiene larga experiencia de proyectos de cooperación para el desarrollo en varios países africanos, como profesor y especialista en tecnologías apropiadas para la habitación.

Es presidente de la Asociación Cultural Liutprand, de Pavía, que publica estudios sobre la historia y las tradiciones locales, sin descuidar las relaciones inter culturales (internet: <https://www.liutprand.it>).

Es autor de numerosas publicaciones y libros sobre diferentes asuntos: sobre el patrimonio histórico y la historia de su ciudad, otros asuntos de arquitectura, tecnologías para el desarrollo, Países de África. En particular, escribió una propia teoría original sobre la colocación de Atlántida (Milán, Italia, 2001). Escribe cuentos breves y poemas en diversos diferentes idiomas (italiano, español, portugués, francés), con reconocimientos en concursos literarios en Italia, España, América Latina.

Nunca olvidaré esa noche, en un país de África Central. Estaba manejando un automóvil por los barrios de la capital de un país devastado por una guerra fratricida. Al salir de un hospital, vi a un joven soldado con una niña, su hermana menor. Estaban pidiendo que los llevaran de regreso a casa. Me detuve y les hice subir. Era un soldado de la guardia presidencial. No debía tener más de dieciocho años y estaba encantado de ser transportado en el coche de un hombre blanco que pasaba. Hablaba muy poco el francés, se expresaba en un idioma árabe con muchos términos dialectales, pero conseguimos entendernos bastante bien con los gestos. Estaba tan emocionado que me secuestró toda la noche, llevándome de un barrio a otro para mostrarme a su familia, tíos, amigos, compañeros. Para agradecerme, pensó en ofrecermelo un regalo: algo que llamaba un *bubú*. Siendo acostumbrado a escuchar términos en otros idiomas, pensé que el soldado se refiriese a un rico vestido de ceremonia, bordado, con mangas anchas, al estilo senegalés. Traté de agradecerle y rechazar el obsequio, pensando que en cualquier caso tal obsequio era excesivo para la disponibilidad de un joven soldado. En cambio, en su idioma, el *bubú* era un gran mono. Alguien de la familia le había disparado y el soldado pensaba dármele para hacer una rica cena y apreciar esa comida deliciosa. Afortunadamente, no pudo más encontrar al mono que sus familiares ya habían consumido. Pero ahora, en mis sueños, aún a veces percibo la piel negra y la cabeza del animal, con ojos vidriosos y opacos que parecen asomarse a mí, del pasado. Ante mi terror al verme ofrecer tal regalo, la cabeza del mono abre los ojos y, como

un zombie en una película de terror, estalla en una carcajada colosal.

Lamenté no quedarme en África, donde pasé mi juventud en proyectos de cooperación. Los amigos se han dispersado, ahogados en su propio mundo cotidiano. Quién sabe dónde están en este momento... ¿Adónde se fue esa señora, hija de uno de los primeros italianos en la época de la guerra africana, que recordaba su juventud como "la época cuando las barambaras volaban"? *Barambara*, en lengua somalí, es el nombre de la cucaracha roja con largas antenas, que aparece de noche, en hordas hambrientas, para apoderarse de la casa oscura, y luego desaparece con las primeras luces del día.

La barambara se puede encontrar en todas partes, incluso a lo largo de la pared de la ducha, haciéndole cosquillas con sus largas antenas. Incluso encontré crías de barambaras planchadas, junto con la ropa recién sacada del cajón. Sin embargo, ellas despegan en un solo período del año: en la época de apareamiento. Un vuelo torpe, que no dura mucho, como el de las mariposas más elegantes, como todas las cosas efímeras, como el florecimiento del baobab o la alegría de la temporada de la juventud.

Hoy el desierto avanza hacia el sur, más porque los hombres dejan la tierra que por el clima que va y viene: la lluvia vuelve, pero los hombres no están más allí para cultivar la tierra: dejaron los oasis y los campos fértiles para ir a vender mecheros y trastos en las ciudades de los blancos. Todos nosotros, los niños adoptados de África, los cooperantes, hemos despertado de un viaje de ensueño, que habíamos iniciado arrullados por la ilusión de un

"nuevo modelo de desarrollo". El despertar fue brusco y doloroso. Sucede que cierro los ojos para buscar consuelo en sueños o recuerdos, vagando en busca del Semen del, el mítico pájaro blanco, azul y verde, descrito por antiguos viajeros, capaz de entrar al fuego sin quemar sus plumas. Ahora, sin embargo, sé que nunca podré encontrar el pájaro colorido. De hecho, ya no hay ni una pequeña cucaracha roja que se digne volar por mí, como en los viejos tiempos.

PINTURITA URBANA

Luciana Tomatis

Luciana Tomatis (Las colonias, Santa Fe, 1999). Crecida ahí mismo, hasta que a punta de reclamo de "hacé algo de tu vida" la empujaron del mundo conocido. Se inventó carreras y profesiones sin éxito alguno hasta que cayó en Rosario. Nada cambió entonces, así que abandonó la búsqueda de La Vocación con algunas certezas: el desprecio al claustro y las instituciones disciplinarias, el valor accesorio de un título, le gusta escribir. No separa lo ético de lo estético; envidia del notero y del ladrón la pericia en la calle; se queja porque puede.

Cada año se produce un fenómeno social y urbanístico, a primera vista invisible. Jóvenes se movilizan de pueblos, poblaciones del interior y localidades lindantes a las grandes urbes. Depositarios de la esperanza de sus padres de un futuro augurioso de movilidad social ascendente, se instalan en la ciudad en vistas de desarrollar una carrera profesionalizante.

Rosario nos convoca, y el distrito centro. Polo cultural y turístico, sitio de bares, hoteles y facultades, con la población flotante como componente central. Su fisonomía es prueba de un proceso, que no se nombra "gentrificación", de casas demolidas para dar paso a torres de inmobiliaria. El centro y sus infinitos departamentos de alquiler, se convierten así en el destino residencial de los estudiantes golondrina de clase media, a la que pertenece la protagonista del siguiente testimonio.

Expectativa. Los chorros, los pungas, los Monos... el miedo educado por las crónicas rojas de la tv y la mitología familiar. Tené cuidado, hay cada loquito suelto. ¿Sabés que es una de las ciudades más grandes del país? La estadística no me apabulla, sí las cosas que pasan en los pueblos chicos y los pactos de silencio de los que se conocen demasiado. Yo fantaseo: la movida cultural, los boliches "gay", amigos del palo, ir a todos lados sin que nadie te controle ni te juzgue, perderse en el montón.

La llegada. El agua de la canilla me descompone, el aire enrarecido, busco en la ventana para ver un pedazo de cielo, algo natural: encuadran los muros del edificio de enfrente. De la calle entran los ruidos de los autos, el freno que clavan los colectivos, y

las ruedas de los carros que los cartoneros arrastran al rayo del sol, desde la madrugada. Todo duele. A los vecinos no los conozco, con suerte me los cruce en el ascensor, pero los escucho todo el tiempo, el llanto del bebé, el marido gritando sacado, no son asunto mío. Los departamentos, construcción bárbara para el ahorro de espacio y el aislamiento funcional, ni un solo espacio común para el intercambio humano.

¿Qué es el *mitsein*? ¿Qué es la intimidad?

Extranjería. Ni ganas de salir. Hago un estudio previo antes de tomar el colectivo, adonde iré a parar. Opto por seguir al montón de pendejos con bolsitos que se apiñan en la parada, deben ir a la Siberia. Se me nota en la cara lo ingenua de pueblo, que busca con la mirada para no pasarse de calle. A la vuelta una piba se me acerca y me pregunta "¿estás perdida?", no le respondo, igual me hace un mapeo de la zona y antes de bajarse me da su número. "Existe gente piola", pienso en un colectivo que me tomé en la terminal, y en el colectivero que paró para juntar al pibe que lo corría. Subió y se saludaron, se ve que era habitué, rapeaba a la gorra; le dí 50 pesos, dos boletos, pero acostumbrado a la miseria, se sorprende.

La apuesta. Descubro un cine cerca, hay función gratis y aprovecho, la provisión de dinero maternal es limitada y cualquier gasto para algo que no sea comida o estudio es un derroche reprochable. No hay que andar sola de noche, pero ya me di cuenta que con mi pinta chabón-zaparrastroso no corro ningún peligro. Dan un documental sobre Bayer, estoy de humor y voy como dueña del lugar, decidida, nunca canchera. Entro a la sala y veo una gorda que me parece linda, me siento al lado con

un asiento prudencial de por medio (hace calor y el olor a chivo me delata). Es sabido en el cine existe un pacto implícito de no interacción entre desconocidos y menos entre las filas. Atrás mío hay dos tortas hablando de películas y no puedo resistir meterme en la conversación, la gorda también se prende. Hasta ahí llega mi atrevimiento, a la gorda no la vuelvo a ver. Mentira, el centro es un pañuelo y la cruzo dos veces pero no le hablo.

Adaptación. La naturalización que produce la costumbre. La ciudad es un movimiento constante sin cambio, ahí están los callejeros pidiendo cuando pases por la peatonal y los cartoneros subiendo los trastos al rastrojero cuando mires a la ventana, y el cartel de "x Propiedades" en el único cuadrado verde que había la manzana. Una cuadrícula que se repite y forma un monstruo que parece inabarcable e inconexo, diseñada para el paso del transporte, diseñado para llevarte al trabajo. La calle, un hervidero de personas, el transeúnte camina receloso, la mirada es una intromisión; en el bar, cada cual con su parejita, en el parque la ronda de amigos dibujando fronteras infranqueables.

En ese aparente "no lugar" hay una trama debajo. Espacios donde se tejen asociaciones, se asoma una identidad, se hace comunidad: el club, el centro cultural, el mercado cooperativo, el negocio atendido por los dueños que te dice "qué hacés Cholita" contra la asepsia del supermercado. La feria de la costanera a la que voy todas semanas; miro todo y sigo de largo, poniéndome en modo *Paseante miserable*, que prefiere observar sin involucrarse.

**UNA SIEMPRE ESTÁ PERDIDA, PERO A
VECES, ESTÁ MÁS PERDIDA**

Angie Castaño

Angie Castaño (Capital Federal, 1994). Escritora, tallerista, viajera y feminista. Actual estudiante de la Universidad Nacional de las Artes en Buenos Aires. Interesada en habitar mi propia voz hasta quemar cada letra del abecedario, busco que sea un refugio del mundo y para el mundo.

*“Uno siempre está solo,
pero a veces,
está más solo.”*

Idea Vilariño

Cuando una no sabe dónde está hay algo superior que se apodera del cuerpo, una especie de lucubración fantasmiosa donde lo desconocido de repente parece familiar. Así me encontré la otra noche caminando con mi bici sobre los adoquines de mi ciudad: la indomable y pestilente Bogotá. Calles estrechas pintadas al fuego del grafiti, música en la calle, risas y rico porro. Un señor me saludó, un artesano me ofreció una manillita, le dije que no tenía un mango pero que era lindo, me regaló un chorro de vino. Creí ver los punkis de lejos, afuera de la catedral, se oía su mala onda Chirri, ya vieja y quemada pero fascinante.

Caminé alucinada. Alguien me esperaba en “el centro”, había pedaleando tanto que el freno delantero se había roto y mi cabeza había retumbado como un balón contra el piso. ¿Qué sería exactamente el centro? alguien se sienta en una mesa y se dispone a concretar el centro de las cosas, luego alguien dice lo contrario y se desmorona la realidad. Esta lógica, mi lógica superaba todo, porque en definitiva esta ciudad no podía tener un centro... caminé perdiéndome entre las calles añejadas, reconociendo fantasmas y, cuando el reflejo de un vidrio devolvió mi foto, supe que no estaba en Bogotá, supe que me había mudado a Buenos Aires hacía dos años y que google maps me engañaba, era la gran mentira del siglo veintiuno. El olor a orines se mantenía, los

Chirris borrachos estaban cada vez más locos, una cumbia salía de algún bar pero en el centro de la plaza Dorrego se bailaba tango. Olvidé todo, o mejor dicho: recordé todo, una gran masarevuelta indistinguible.

Si es que alguna vez me sentí dueña de un lugar, tuvo que haber sido como un amor de verano: intenso pero fugaz, un fracaso sutil. La verdad es que no tengo control de nada, he sido poseída por todos los lugares, amo los rincones que me invitan a morir repetidas veces; allí atrapada me desentiendo del mundo que odio y que amo, soy como una perra sumisa mojada porque ahora llueve, llueve grueso y profundo en la furia de estos habitantes, se mojan los pájaros con la orina de los vagabundos, gimen todos los baños de los centros culturales bombeando agua y sangre por las calles; intento pedalear pero estamos tan mojadas y perdidas... mi bici y yo divagando entre estos adoquines imposibles. Giro a la supuesta derecha, sigo por la supuesta izquierda pero la lluvia sigue cayendo igual del cielo, se forman ríos de llanto y pienso que son insípidas como las lágrimas de todos machirulos de todas las ciudades. Veo una esquina: es el fin del mundo, hay un bar rústico y suena "justo que pensaba en vos, nena, caí muerto". Alguien me ve desde adentro y no sé si siente vergüenza, pena o quiere invitarme una cerveza, amarro la bici, entro y qué me importa el centro si puedo ser la habitante de la nada.

VOLVER

Victoria Nasisi

Victoria Nasisi (Rojas, Buenos Aires, 1974). Narradora, autora de los libros de cuentos *Amores locos* (2014), *Palabras que cortan* (2015), *La noche más larga* (2018) y *Los besos no serán televisados* (2019). Cofundadora del Grupo Gea, que organiza charlas y talleres literarios. Obtuvo los premios *Recepción de Obras Inéditas* con el cuento "El asado" (publicado en el libro *Sueños dirigidos*, 2014), *Letras del Face* con "El fin" (publicado en el libro *Letras del Face 9*, 2015), *El libro de los talleres* con "La navidad perfecta" (publicado en *El libro de los talleres Vol. 29*, 2015), *Cuentos Hincóche 2017* con "Matilda y los lobos" (publicado en *Antología Hincóche 2017*) y tercer puesto en el *Concurso Literario EAS Don Bosco 2019* con "La nueva maestra".

Obtuvo –entre otras– las siguientes menciones especiales: 4to. *Certamen Nacional de Cuentos Premio Selección Leonardo Castellani* con su cuento "Teresa y las bananas" (2018) y *Concurso de narrativa Un café, una historia* organizado por la *Dirección General de Patrimonio, Museos y Casco histórico del Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires* con "La fiesta de la tarde" (2018). En mayo de 2019, su cuento "Este exilio mío" formó parte de la antología *Exilios cruzados/ Exilis creuats* publicada en Cataluña (España).

Es una de las creadoras y organizadoras de la *Feria Autores y Bodegas*, que ya realizó dos ediciones durante el año 2019, con el auspicio del *Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires*.

Vine a Buenos Aires a los diecisiete años, a pura tozudez y en contra de los mandatos familiares. Necesitaba ir a la facultad, conseguir trabajo, cumplir con ambiciones y sueños adolescentes.

Se me hacía muy difícil ser feliz.

Tomaba los colectivos –acá les dicen bondis– para el lado equivocado, me abrigaba demasiado para el calor del subte, hacía colas sin sentido para entrevistas laborales en las que exigían manejo de PC, juventud, inglés fluido, experiencia y diez centímetros más de altura. En el pueblo nunca había visto una computadora, mi única experiencia era como vendedora de Avon, ni siquiera subiéndome a unos tacos altos lograba superar el metro sesenta y mi inglés era el que había rescatado de una profesora que nos había enseñado canciones de los Beatles y de los Stones.

No me acostumbraba a mi nueva ciudad. Rogaba que llegara el fin de semana en el que iría hasta Retiro, me subiría al colectivo –acá, a los de larga distancia les dicen micro– y volvería a Rojas, otra vez.

Cargaba los apuntes porque la conciencia me decía que debía estudiar y llevaba ropa linda porque el corazón me decía que debía ir a bailar con mis amigas y encontrarme, a puro beso, con ese que había sido mi novio durante los dos últimos años de la secundaria.

Así desandaba esa ruta de soja, vacas y maizales. Sabía de memoria cada curva y el nombre de los pueblos y de los arroyos señalizados en esos carteles verdes con letras blancas. Sabía en qué kilómetro arrugaría la nariz por el criadero de cerdos que hedía desde una estancia cercana y dónde aparecerían los montes de palos

borrachos y sauces llorones. Sabía que desde la última ciudad en la que el micro paraba restaban exactamente cuarenta minutos de viaje, que se me harían interminables.

Al llegar, tampoco era feliz.

Los mates confiables de mamá eran otros porque ella ocultaba que estaba fundida y yo no decía que lloraba sobre la almohada. La casa de la abuela se había convertido en una clínica. Y la abuela –la que antes tejía, regaba plantas y criaba gallinas– era una vieja pálida y flaca que no podía abrazarme. Aún así me daba plata para que comprara apuntes y me rogaba que aguantara lejos del pueblo y que estudiara. Mis primas me admiraban y querían irse a la capital, conocer el obelisco, ir al teatro, viajar en subte e ir a la facultad. Mi hermano lloraba porque cada tanto les cortaban la luz por falta de pago; entonces salíamos a tomar cerveza y nos jurábamos que él también se iba a ir, que íbamos a ser felices y que nunca más lloraríamos por falta de plata. Mis amigas, con los mismos ojos y los mismos abrazos, se sentían lejanas: nuestras vidas ya eran demasiado distintas y yo me negaba a dejar de quererlas dentro de la mía. Y mi novio aprovechaba mi ausencia para charlar con otras más coquetas, más entusiastas, con más ganas de bailar o de pasear en su descapotable rojo. Entonces, a veces nos besábamos y otras, nos peleábamos. Yo exigía que me siguiera a la capital y él, que yo volviera al pueblo: nos hacíamos lejanos, chiquitos, y cuando lográbamos el encuentro, nos faltaba aquello que antes era coincidencia, encanto y enamoramiento.

Así pasaba el fin de semana, arrepentida de

volver al pueblo. Ya no era mío. Todo se desvanecía, se volvía extraño, casi desconocido. El lunes por la madrugada me subía al micro, con una caja enorme de comida casera, la plata de mi abuela en el bolsillo, las promesas de mi hermano en los oídos y las risas de mis amigas en los ojos y volvía a esta capital en la que aún no encontraba mi lugar, en la que no tenía amigos ni abuela ni mamá ni hermano.

Los doscientos kilómetros de soja, vacas dormidas, montes tenebrosos, carteles verdes y curvas que me sonaban a desolación, se convertían en doscientos kilómetros de llanto atónito y desconsolado, de desconcierto y desesperanza.

Porque no tenía un lugar en el mundo. Y no sabía si alguna vez volvería a encontrarlo.

BAJO EL SIGNO DEL PERRO

Maximiliano Sacristán

Maximiliano Sacristán (Luján, Buenos Aires, 1974). Estudió periodismo y letras. Se desempeñó como articulista y asesor de redacción en diversos medios gráficos zonales. Publicó *El gotero de tinta* (haikus, 2004), *Tríptico postmoderno* (cuento breve, 2008), y *Diario liberto* (diario literario, 2012) en ediciones independientes, más la novela *Gayumbo empieza por gay* (Madrid, Literaturas com Libros, 2016) como finalista del Premio Desfase. En 2016 ganó el XIV Concurso de cuento breve organizado por la Asociación cultural "El Coloquio de los perros" de Montilla, España.

En 2017 recibió el primer premio del Quinto Certamen de relato "Tabarca Cultural" de Murcia, el segundo premio del Segundo Concurso de relato "El baloncesto es tu palabra" organizado por el club Fuenlabrada y la editorial Entrelíneas (Madrid), y el segundo premio de cuento del Tercer concurso organizado por la Asoc. cultural Letras Cascabeleras (Cáceres, España) por el volumen "Tripalium", publicado en 2019.

En 2018 ganó el primer premio del concurso de poesía "Mujer y madre" coorganizado por la Asociación de Escritores de Asturias y MundoArti (España).

En 2019 obtuvo el Tercer premio de la Quinta edición del concurso de ciencia ficción organizado por el Círculo lovecraftiano (Méjico) y fue finalista del Tercer certamen de poesía Enrique Pleguezuelo organizado por el Círculo Cultural Juan XXIII (Córdoba, España). Asimismo se adjudicó el Primer premio en la XIII edición del concurso de microrrelatos Saigón que organiza la Asociación Cultural Naufragio de Córdoba (España).

En 2020 obtuvo el Primer premio de cuento de la XVIII edición del Certamen de Poesía y Cuento de humor Jara Carrillo (Murcia, España). Este mismo año también se alzó con el Primer premio de relatos "Escribir en tiempos de pandemia" organizado por la Universidad Nacional de

Avellaneda (Argentina).

Ya de párvulo, el señor Wisebeard se convirtió en el guardián de la casa y de las cosas. Cuando tenía ocho años frenó a su madre, que venía del galpón con una caja descangayada repleta de teveguías para ofrendársela al basurero. “¿Y para qué querés guardar esta roña?”, preguntó ella. “El tiempo dirá”, respondió su vástago cual oráculo materialista. Y el tiempo dijo antes de lo imaginable: ese mismo día él se sintió recolector. Fue la primera cosa que acaparó, lo inservible fundacional. Y hasta el fin, cuando décadas después se lo llevaron de prepo en una ambulancia, esas revistas mohosas, con sus grillas y sus estrellitas calificadoras, predicaron inútilmente, bajo un magma de otras cosas obsoletas, ciertos programas de la televisión local que hacía eones habían sido levantados del aire.

A la larga heredó la casa, un anticuario de linyera hecho a su medida, con sus cajas apiladas hasta el cielo raso, con sus montañas de cachivaches que fue encontrando por la calle durante años. Le gustaba ese caos que se desperdigaba por los cinco ambientes de su hogar como una enredadera hippie. Cuando la melancolía lo acogotaba se internaba por los pasillos precarios que levantaban sus botines, y la memoria de esos hallazgos lo reconfortaba. Entre las paredes heteróclitas el acumulador acariciaba y sonreía.

Se aficionó a caminar las calles vacías del barrio buscando tesoros. Revolvía los contenedores, abría las bolsas y acarreaba con cuanto artefacto encontrara en la vereda, adelantándose a las redadas de los basureros. El domingo, día de la semana en que la gente hacía sus limpiezas, era el más venturoso. Sillas surrealistas de tres

patas, computadoras con Alzheimer, televisores jorobados, botellas de un famoso licor de ocellizos que saboreaba en su juventud, discos de vinilo, libros afiebrados de tan amarillentos, diapositivas desamparadas como fotogramas de una época prescrita... Si hasta un acordeón desvencijado (y bellísimo) supo adoptar de su huerfanía de neón, aunque nunca aprendió a tocarlo. En fin, amigos salvados del cementerio del basural para amueblar su soledad. Sigiloso, el recolector parecía un arqueólogo furtivo tras la reliquia prometida.

Todo cambió cuando, tras un raíd nocturno de rutina, el barbeta comprobó que ya no había techo bajo el que seguir guareciendo sus nuevas adquisiciones, y comenzó a amontonarlas en el patio trasero. Tal fue su perdición. La pulsión por amontonar, ahora en exhibicionista intemperie, lo guió hacia el frente de la casa, pila tras pila y trasto tras trasto. Los diarios viejos y las cajas de cartón con chucherías varias atrajeron a los roedores, y éstos atrajeron las quejas de los vecinos, que hasta entonces nada sabían de lo que ocurría tras las bambalinas de ese viejo hosco pero respetuoso. Insensibles, los adalides de la salubridad pública se quejaron con las fuerzas del orden municipal para terminar con las andanzas de ese cachivachero sin freno inhibitorio que había llenado de ratones la manzana. Algunos jubilados de ojos soñadores lo apodaron "El ciruja", ante la sonrisa de desconcierto que dibujó en los más jóvenes esa hermosa palabrita vetusta.

Se sorprendió cuando el psicólogo de turno identificó su patología con el nombre del Perro de Sinope. "Pero si ese provocador minimalista no tenía más que una tinaja donde esconderse...",

se quejó con timidez. ¿O acaso a él no lo habían rescatado de entre los escombros barrocos de sus propias baratijas demodés? El profesional de la salud mental sonrió y palmeó con lástima a ese Diógenes postmoderno que se atrevía a cuestionar su diagnóstico: el síndrome estaba a la vista de todos, bastaba con seguir el rastro de las alimañas que don Wisebeard había convocado con sus hábitos enfermizos...

A la vuelta de esta historia diremos que lo encerraron en un geriátrico no por sabio cínico, sino por croto con hogar, por fetichista urbano, por materialista compulsivo, en fin, por mal vecino.

DEDO

David González

David González. (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1979). Vive en Viedma, Patagonia Argentina desde 1986. Publicó la plaquette de poesía "11" (ediciones de La Mariposa y La Iguana, 2016); 40° 63° (Vela al Viento ediciones, 2019), así como textos y poemas en revistas impresas o digitales de Latinoamérica, Eeuu y España.

Participó en diversos eventos culturales de Argentina como: Fiesta de la Palabra Bariloche, Feria del Libro Viedma, Feria Internacional del Libro de Comodoro Rivadavia, lectura de poesía en teatros, bares, marchas, escuelas, entre otros. Miembro fundador de Paralelo 40° Literatura durante 2018/2019 .

Integró 11+ 4, un colectivo artístico de diversos lenguajes (poesía, música, imagen, teatro,etc) con Manuel Espinosa, Sebastián Labaronne, Gaston Larreguy y Ramón Espinosa (2016/2020).

Integra Ojos de Perro, historias escritas a 4 manos, con Laura Raiteri. Relatos con ilustraciones del Chelo Candia.

Son las doce menos cuarto del mediodía, después de dos horas de viento en el medio de una desolación polvorienta un auto zigzaguea unos metros y frena en silencio, el calor espeso se impregna en el humor.

Camina ansioso hasta la máquina, una electricidad lo recorre por dentro, ráfagas de incertidumbre que no logra manejar.

Algunos automóviles se deslizan por la ruta, manejados por hombres viejos de radio AM a medio volumen, hurañas momias que indagan de entrada cuando levantan alguien, siempre predecibles satisfacen su curiosidad y no conducen a más de 80 km por hora.

El Dodge revienta de olor a nafta. El conductor es un petiso sin cuello, de pelo duro y musculosa agrandada por el uso, que destila un "buenas tardes", marcando la cancha mientras clava sus ojos por el espejo retrovisor.

A su lado, una mujer de edad indefinida, parca, con ojos de meseta, no contesta el saludo.

Sube al asiento trasero, se persigna, por cábala más que por fe, un ejercicio bien estudiado en el constante moverse a dedo, una estrategia para generar confianza en el conductor y así descifrar los tonos, las formas, el pensamiento de ese otro con el que se complementa circunstancialmente en esta absurda paradoja.

Un galgo de plástico rojo, minúsculo, pegado arriba del espejo retrovisor llama su atención. Probablemente el conductor críe perros para correr o sea un habitual apostador, intuye y que, de ser así, conoce donde se organizan carreras por guita y vanidad.

Lo menciona sutilmente, como un anzuelo. El

conductor muerde la carnada. Gira la cabeza, lo mira fijamente y suelta el rollo.

Tiene dos hembras para engendrar; tres machos jóvenes para correr, otro macho viejo, manso y desdentado que no descarta por pedido de su hijo menor y varios cachorros para vender. Gotas de saliva se incrustan en el parabrisas.

El aire se espesa, acelera hasta 120 km por hora. El chofer le pregunta si también cría animales, se percibe la desconfianza que sea otro criador pretendiendo robar sus secretos de dopaje.

Contesta que no, que sabe de las pistas de galgos porque va a vender cerveza, que conoce a todos los propietarios de las chacras con galgueras, que arregla el 20% de la venta bruta por jornada con los dueños de pista y nombra a los Cullomilla, a los Fernández, a los Muller, eso parece tranquilizar al morocho, quien baja la velocidad hasta 90 km por hora.

En las carreras el alcohol corre a raudales bajo el calor polvoriento, un gran negocio dentro de otro negocio aún más grande. Los políticos, la policía y dios arreglan su diezmo por mirar para otro lado, todos agarran su billete y eso es más que suficiente para todos.

Vuelven a quedarse en silencio, el olor a combustible le ocasiona dolor de cabeza. Piensa en prender un cigarrillo, pero deshecha la idea, visualizándose un bonzo en ese auto destartalado y ridículo.

Una última curva antes de la recta final hasta el poblado. El entramado de casas, hasta hace un rato distante, parece venirse encima de los ojos.

De la nada un bulto grande negro y otros más pequeños al costado de la ruta enfilan a cruzar la

carretera.

–¡Una chancha, una chancha! –grita desencajado el morocho al volante, mete cuarta y la otra mano debajo del asiento. Saca una pistola que brilla como su transpiración.

Inquieto, enfoca la mirada. Una chancha jabalí con sus tres jabatos cruza la ruta con destino a los campos que están de espaldas al río, su pelaje oscuro enciende el mediodía en un espejismo violento.

La 9 mm escupe estruendo y plomo por la ventanilla baja, la adrenalina se esconde en los poros. El entorno ya no huele a nafta. El auto se acelera a más de 140 km por hora en convulsiones mecánicas. Estallan secos los tiros predestinando tragedia y muerte.

La señora aletargada en su mudez parece no enterarse. Faltan doscientos metros para el impacto, a esta velocidad nos morimos todos, piensa.

El animal, ahora inmenso, frena su tranco esperando que la última cría cruce el alambrado.

Siente el miedo escalarle la amígdala cerebral, entorna los ojos mientras el dolor de cabeza crece como su aturdimiento. La puta madre, morirse así...

Entonces escucha la voz maldiciendo la falta de balas y puntería.

–¡Qué lástima! –dice la mujer– podríamos haber hecho chorizos –y vuelve a callarse.

Abre los ojos, el auto encara la recta, atrás quedan unas manchas negras alejándose campo adentro.

Los postes de electricidad pasan cada vez más lentos.

Sobre el pentagrama de cables los pájaros parecen escribir la música del universo.

EL TROMPO
Melisa Cabello

Melisa Cabello (Países Bajos, 1983). Vivió en Bahía Blanca y en Ushuaia. Actualmente reside en la provincia de San Juan. Obtuvo premios y menciones especiales en concursos literarios regionales. Ha sacado la inspiración para sus cuentos de los variados escenarios donde le tocó vivir. En sus relatos se fusionan la historia y las costumbres populares. En el año 2019 publicó su primer libro de cuentos: Cuentos amontonados (Ed. Abdulah, San Juan).

Un año más de decepción. Esta vez pudo escribir personalmente la carta con su puño y letra infantil. Pensaba que iba a tener éxito. Pero no, de nuevo los Reyes no cumplieron.

Todos los días Eduardo pasa por la vidriera del negocio del turco Apara y lo ve: un auto de carreras de metal, deslumbrante, pintado de azul, a pedales, para circular por las calles de tierra. Lo describe con lujo de detalles en el papel de almacenero que todavía conserva las manchas de grasa del pan de chicharrón. El 6 de enero por la mañana, ilusionado, se acerca a su único par de zapatos (remendados, pero con un lustre impecable). No hay auto. En su lugar, los Reyes Magos le dejaron un burdo trompo de madera. Un nuevo sentimiento, desconocido hasta ese momento, se cuele en el corazón del niño: Eduardo conoce el odio.

Ha pasado más de una semana y Eduardo sigue enojado. Arroja el trompo contra la pared con todas sus fuerzas. En su torbellino de ira infantil, no logra divisar la mirada lastimosa de su padre. Aquel juguete es el resultado de interminables jornadas al rayo del sol, en la finca del patrón, recolectando uvas maduras y turgentes. Pero Eduardo aún ignora el valor de los objetos y del esfuerzo de un padre prácticamente ausente en temporada de cosecha. Vive en un mundo de fantasía. Es el único hijo varón, amparado de la triste realidad cotidiana por las mujeres de la casa: su madre, su abuela, sus tías Lita y Susana, y su hermana mayor Matilde.

El juguete despreciado se vuelve un objeto que Eduardo quiere eliminar. Con un plan en mente, el niño se dirige hacia la acequia donde la peonza

se perderá para siempre. Son casi las nueve de la noche y el sol aún no quiere esconderse. El calor cuyano todavía agobia. Eduardo pateo las piedritas que encuentra en su camino. Recoge las que le servirán para hacer "sapito". El monótono ladrido de los perros se convierte en un aullido. Eduardo siente un bramido que le eriza la piel. Son sesenta segundos que quedarán grabados en la mente del niño: a lo lejos una mujer grita, las campanas de la Catedral entonan un compás desordenado, la violencia del sacudón lo arroja al suelo, el trompo se escapa de su bolsillo y arremete una danza convulsa. Cubierto de tierra, Eduardo se incorpora y toma el regalo de Reyes. Con el paso de un borracho, regresa a su casa.

Las calles ya no son las mismas. Los escombros se apilan en las veredas. La gente llora, corre, clava las uñas en los ladrillos de adobe. El niño se detiene ante el espacio que antes ocupaba su casa. Nadie saldrá a recibirlo.

Por la ventanilla del tren que lleva los huérfanos del terremoto, Eduardo ve cómo se achican en la distancia los cerros desnudos de la cordillera y la añeja ciudad de San Juan, ahora deshecha. Entre sus manos sostiene con fuerza su trompo de madera.

FLASHBACK

Fabián Ariel Wirscke

Fabián Ariel Wirscke (Bahía Blanca, 1970). Licenciado en Letras por la Universidad Nacional del Sur e investigador de la misma casa. Es docente en instituciones terciarias. Ha participado y participa en grupos de estudio y ha publicado sus trabajos en volúmenes colectivos. Prologó la edición del libro de cuentos La inundación y La cosecha (2010, 17 grises), de Martínez Estrada. Publica regularmente ensayos y reseñas en revistas digitales.

Cuando llegué a Bahía Blanca, hacia fines de los ochenta, no sabía nada de la vida y del arte. Como dijo un cantante rosarino: “comía mentoplus y miraba películas”. ¿Qué me había traído hasta aquí, hacia fines de los ochenta, si no sabía nada? Papá decía: “el destino de uno...es el destino de uno”. No era tanto la palabra, sino la manera y el gesto al hablar, cuando decía “es el destino de uno”, lo que me resultaba enigmático, pero a la vez contundente, como un martillazo de la providencia. ¿Adónde quiero llegar, con todo esto, de su forma de hablar y decir? No muy lejos, no es de mi padre, de quien quiero hablar. Solamente asocié, a modo de ejercicio, mi llegada a esta ciudad, un punto posible, con una de las cuerdas que tensó el destino.

La ciudad era, aunque parezca una obviedad, mucho menos ruidosa. No tanto como ahora, pero algo parecido. Esta obligada, y compartida quietud en las calles, me hizo pensar, en la materia sonora, y el espacio que abre el silencio. ¿Podemos decirlo así? Ahora, justo ahora, el ruido en las calles, creo que ha bajado, un ochenta por ciento, por lo menos. Es curioso, hablar de porcentajes, y de proporciones, como si descendiéramos, a una estructura básica, de más, y de menos. Le debemos esto, sin duda, a la pandemia del dos mil veinte. Un virus que nos aísla, pero nos devuelve la escucha, debería servir, en esta experiencia de encierro y distanciamiento, para quitarnos la boca de la oreja, o sea, para ecualizar los sentidos, ponerlos, más o menos, en un nivel medio, a todos. O prestarles más atención, y trabajarlos de a poco, que quiere decir, tomarse el tiempo, de restituirlos a sus funciones primarias. Para decirlo

de otra manera, barajar y dar de nuevo, que sería una expresión, más o menos acorde al destino y la fortuna, si es que queremos escuchar con la oreja, y hablar con la boca.

Pero decía, que el ruido urbano, o la contaminación sonora, ha retrocedido, se ha replegado, incluso ya se ven las primeras motos eléctricas, emergiendo cual silenciosos vehículos, al mismo tiempo que, si se presta debida atención, las aves, por ejemplo, se han acercado con mayor confianza al arroyo Napostá. Es que allí habita una garza, que desde hace algunas semanas, aparece entre los altos juncos, y se pierde por las altas nubes, si algún perro desciende a probar sus instintos cazadores, y querer atraparla. Pero los perros fracasan, como esos tres o cuatro, que recorren la pendiente, hacia las sierras, o hacia el mar, por más salvajes que se vuelvan, a causa del espacio libre, otra vez, por efecto de la pandemia. Es cierto, se los ve, retrospectivamente esteparios, ajenos a los pocos transeúntes, alejándose, sin remedio, de la domesticidad que ya perdieron. Deben ser primos de los callejeros, intuyo, los que existen desde que llegué a esta ciudad, y que habitan en el centro, en algunas calles circundantes y, ya cada vez menos, en la plaza Rivadavia. Eran bravos, y a veces, atravesarla en diagonal, en bici, entrañaba sus riesgos. Hoy no deben saber a quién ladrar, con tanta bicicleta en auge, y tantos repartidores de comida. Ahora son ellos, los repartidores, de rojo y de verde, los que ocupan la plaza, y de vez en cuando, para matar el tiempo, corren entre sí, carreras.

Cuando comenzó la cuarentena, por las noches, y por las tardecitas, la circulación de personas, casi

brillaba por su ausencia, que trajo silencio, como venía diciendo, y su doblez, un pánico latente, como si hubiera algo en el aire, invisible, aterrador, y estuviera al acecho. Se asemejaba, esa escena nocturna, digo, con su halo de desolación y misterio, a una madrugada de los ochenta, sin duda. Si uno caminaba, en aquella década, a altas horas de la noche, por la ciudad, el tráfico de autos, era casi nulo, y en muchas esquinas, el semáforo sólo titilaba en amarillo. Esto producía un efecto, de mecánica precaución, y hasta se podía escuchar, si uno pasaba cerca, la intermitencia luminosa. Y se podían ver, en perspectiva, uno detrás de otro, los semáforos, que algunos coincidían, a lo largo de la hilera, en un momentáneo resplandor. (Otro efecto diferente, me lleva al recorte, de los postes de luz, pegados como estampillas por el sol, sobre un fondo cargado de nubarrones, en la avenida Cabrera). Esta coincidencia temporal, pura superposición luminosa, como podrán imaginarse, no es inusual. Se la puede encontrar, sin duda, en alguna película de los ochenta, u otra que represente, más acá, o más allá en el tiempo, una escena similar ¿Pero realmente importa, esta coincidencia temporal, de semáforos semi-habilitados, como imagen de una remota madrugada del siglo pasado? Tal vez no coincidían, o tal vez sí. En todo caso, es una imagen, y sólo una, guardada en la memoria, como tantas otras, que se activan por alguna razón, o sin razón alguna. El caso es que me pregunté, ¿qué imágenes guardaremos, de este tiempo, que nos toca atravesar, o que nos atraviesa, más bien, habría que decir, no? Porque, por un lado, hay un efecto de siglo pasado, se han alargado las horas, pero hay poco para hacer, o lo que uno

quisiera no se puede. Por otro lado, deseáramos volver a tener la experiencia de perder el tiempo, pero el tiempo se ha dividido infinitamente, y ya no sabemos cómo perderlo, entrar en otra dimensión, más nueva, o más vieja, no importa, eso ya no se puede, o, tal vez, no se pueda nunca más.

NAVIDAD CON RAMÍREZ
Jorge A. Navarra

Jorge A. Navarra (Córdoba, 1944). Ingeniero de profesión. Es autor de textos técnicos y del libro de cuentos Asiento 32B. Sus escritos han sido publicados en la Revista Rumbos. Participó en las antologías: la Hora del Cuento; Editorial Dunken S.A, R. Hernández y Cepram. Ha obtenido Mención de Honor en el 31 Certamen Literario Nacional del Inmigrante. Berisso, 2015 y en el Certamen Nacional de Literatura "Rafael Hernández 2016", Pehuajo. Ha sido premiado en el Certamen literario Rotary La Falda, 2016: Certamen Literario de Prosa y Poesía "Prof. Oscar Grandov y en el Certamen Literario Escribir en Tiempos de Pandemia: Villa General Belgrano, 2020.

Ramírez trabajaba en el Correo, en el segundo piso, en una oficina sin ventanas, donde se almacenaban todas las correspondencias devueltas, o con dirección equivocada. Ramírez clasificaba y guardaba para luego remitir la documentación a Buenos Aires.

Aquella tarde se quitó el viejo guardapolvo gris y se despidió de sus compañeros deseándoles una feliz Navidad.

Emprendió a pie las cuadras hasta tomar el colectivo que lo llevaría a su casa en Barrio Alberdi. Alquilaba un modesto departamento de un dormitorio en el fondo de la casa de Rosario Funes, maestra jubilada.

Durante el viaje veía a la gente caminar rápido por las veredas de la calle Colón. Todos estaban apurados, llegaba la Navidad y los preparativos eran urgentes. Él no tenía con quién recibirla, toda su vida familiar se había perdido en el tiempo.

Sus recuerdos eran muchos, pero ninguno lo llevaba a encontrar con quién compartir la Navidad.

En el correo lo respetaban a tal punto que sentía que había encontrado su sitio en el mundo.

No había tenido éxito en la vida sentimental. La última fue Catalina. La había conocido en un bar, en el centro de la ciudad. Ella iba todas las mañanas y siempre llevaba algún libro, que leía mientras desayunaba un café con leche, medialunas, con manteca y dulce de leche. Algunas veces, cerca de fin de mes, ese café y esas medialunas eran su comida principal.

Ramírez y Catalina sabían compartir una mesa o la barra. Ella le había contado que su vida era una constante lucha entre el pago del alquiler,

la comida, el transporte... Así se iba su sueldo de empleada de una librería.

A veces Ramírez la acompañaba hasta la esquina y entonces ella, presurosa, se despedía para ir a trabajar.

Él la veía irse, caminando con sus piernas flacas y su cuerpo menudo y pálido. De cabellos lacios, a veces desgreñados, Catalina tenía unos ojos, tan negros que impedían diferenciar la pupila del iris; su boca de labios gruesos completaba un conjunto armónico, pero al mismo tiempo desvalido y temeroso. Había llegado años atrás desde una provincia del norte, para estudiar Letras. Quería ser escritora, pero no logró terminar el primer año.

Un sábado fueron al cine Club Municipal. Catalina le había dicho que daban buenas películas. Él pensó que verían una película de acción, tipo policial. No entendió el título y Catalina le explicó que era una película noruega ambientada en los fiordos de ese país. Hacia la mitad de la función, Ramírez ya no entendía nada de la película. Le dijo a Catalina que se sentía descompuesto, que la veía otro día y se fue.

Pocos meses después, ella dejó de ir a desayunar en el bar. Una mañana se encontraron en la calle y le contó que estaba por casarse con un policía retirado: "Esa es la mejor solución para mi vida". Con esas palabras se lo dijo. Ramírez continuó su camino, el calor era agobiante, ya no tenía más pensamientos y personas con quien pasar la Navidad.

Ramírez llegó a su departamento transpirado y jadeante. Tomó una lata de cerveza de la heladera y se tiró en la cama.

Cuando oyó sirenas y estruendos, salió al patio.

El cielo estaba iluminado por los fuegos artificiales. A un costado, debajo de la parra y sentada en una silla de madera, estaba la señora Rosario, con un pan dulce sobre una mesa de plástico y una botella de sidra sin destapar en el suelo. Al ver a Ramírez, cortó un trozo de pan dulce.

—Feliz Navidad, Ramírez —dijo.

Él, sin decir nada, tomó el trozo de pan dulce y comenzó a comer. Después recibió también el vaso que le pasó Rosario, para que brindaran. La sidra estaba caliente. Iba a decir algo, pero calló. Se instaló en una de las sillas y ambos contemplaron el cielo iluminado por los fuegos artificiales.

SAUDADE

Candelaria Marino

Candelaria Marino (Pedro Luro, 1989). Se inició en la lectura a muy temprana edad, movida un poco por la curiosidad y otro tanto por una tendencia innata a creer en "aquellos mundos no visibles". Escribir fue una continuación de ese proceso y de esa pasión nacida en la infancia. Actualmente trabaja como médica pediatra en un centro de salud y un hospital, respectivamente.

Desde la ventana del altísimo edificio que habito y que me habita, escucho el canto de un pájaro a lo lejos y entonces viajo al pueblo donde nací. A las calles anchas y de tierra, a los álamos que encuadran los campos, a los cables de alta tensión invadidos por los loros. Al viejo almacén de la esquina donde vendían desde botones hasta fideos secos y alguna que otra verdura y carne.

En mi barrio, los siete pisos desde donde veo el mundo amanecer, desentonan. Cuando uno sale a la calle ve que aún se conserva la costumbre de baldear la vereda temprano a la mañana. En esa hora en que hasta los búhos duermen. En ese instante fresco en que el sol se desprende (cual globo amarillo) del horizonte. Resulta que suelo cruzarme con alguna viejita o viejito que, envueltos en descoloridas bufandas, barren con esmero las hojas. Quizá con la ilusión infantil de que, así, puedan detener el otoño.

De vez en cuando me detengo a mirar las plazas, curiosamente más pobladas de niños que de adultos. Veo grupos de jóvenes sonriendo en su primavera eterna bajo la sombra de algún sauce. Hombres de traje, descansando sobre la superficie fría de los banquitos de cemento. Una mujer ataviada con ropas de deporte que da una y otra vuelta al perímetro del parque, embriagada con la música de los auriculares. En muy pocas ocasiones he descubierto a alguna persona con esa edad difícil de precisar (quizá en el límite entre la niñez y la madurez) enfrascada en un libro y con los ojos brillando del otro lado de un par de anteojos de montura cuadrada.

En las raras oportunidades en que intento vislumbrar el pedazo de cielo azul que remarcan

los edificios, observo con curiosidad a los protagonistas más pintorescos de este relato: los albañiles. Ellos que con sus manos y a fuerza de largas jornadas de trabajo, levantan los edificios, las casas, las veredas de este mundillo urbano, que es nuestro hogar. Temerariamente sostenidos por cuerdas y andamios de madera. Con sus chalecos de bandas amarillas cruzados sobre el pecho, con las gorras y los pañuelos que los refugian del sol y del frío. Ríen y hacen chistes en las alturas a tantos metros del suelo que, imagino, deben tener un par de alas invisibles para hacer frente al miedo de trabajar en tales circunstancias.

Y, por último, hay un grupo dentro de esta enorme urbanidad, que encuentro cada vez con menos frecuencia. Son seres que, tal vez con mis mismas pretensiones de habitar las ciudades visibles y las invisibles (al mismo tiempo) andan por la calle con cara de niños perdidos. Buscando magia en los rincones más inusuales. Los he visto (me he visto), observando largamente una piedra de colores raros; levantando la cabeza en peligrosa hiperextensión para ver pasar un avión a lo lejos; hablando con desconocidos en la calle con una sonrisa beata, propia que aquel que desconoce los males del mundo. Llevan siempre mochila y se emocionan hasta las lágrimas al ver partir un colectivo. Visten ropa colorida y, en general, sonríen con los ojos. Solo, en algún aleteo caprichoso del tiempo, he notado que se les nubla la vista. Y esa tormenta adentro suyo se desata en momentos cotidianos muy concretos. Esperando el bondi, recorriendo una calle cortadita, entrando a un comercio nuevo en el barrio. Creo que, en esos instantes precisos (y preciosos) estos seres viajan.

De un sacudón en el estómago se trasladan, sin mover un pie, al zócalo de la ciudad de México y pueden sentir el olor al chile verde y escuchar a los mariachis. Con un nuevo temblor del piso, se encuentran pisando las calles de Cuzco y preguntando cuándo sale la próxima excursión a Machu Pichu. En última sumersión irreal, se visualizan frente a frente a las ruinas de Siam Reap y empiezan a derramar agua por los ojos por tanto anhelo de ciudades y viajes y gentes y magia.

TRES ESQUINAS
Nicolás Fernández Vicente

Nicolás Fernández (Bahía Blanca, 1986). Trabaja desde hace años como músico, como docente en el área de Lengua y Literatura, y como corrector en distintas publicaciones científicas y literarias. Publicó La escalera (2005) por la Cooperativa Editora El Calamar. Recientemente produjo "El eco de la queja", una columna devenida podcast para FM de la Calle.

*Yo soy del barrio de "Tres Esquinas",
viejo baluarte de un arrabal.*

Cadícamo

Para empezar a subir al barrio desde el centro, el trazado ofrece tres posibilidades para quienes vengan a bordo. La más reciente está construida sobre el entubado; las otras dos cruzan el arroyo. La más añosa se abre como un abanico hacia el noreste luego de recorrer de unos trescientos metros. Desde una de las esquinas, un león ruge en lo alto de un viejo almacén para dar la bienvenida. Es un bramido sordo, ignorado por un contrapunto de escapes rotos, un estado de desesperación que terminará al cruzar el semáforo. Allí se apiñan tres calles: San Lorenzo, Avenida Pringles y Charcas.

La primera no conoce cruces y permite acceder a otras dos cortadas que desembocan en el entubado. Empieza en la carnicería y termina, hecho que se podría presumir lógico, en el Parque Independencia.

Los extremos de la avenida unen el cementerio municipal con la carnicería. Es un recorrido sinuoso que cuando era un pibito caminé muchas veces al costado de las casuarinas que se abrazan en lo alto del empedrado. Tenía una insistente curiosidad por saber dónde estaban mis antepasados, sobre todo esos que podría haber conocido. No lo consideré tarea difícil: en familias desarraigadas durante períodos de guerra es imposible que uno se encuentre con un ramerío. Tuve la suerte de crecer sabiendo de dónde venía.

Supongo que en el cementerio encontraba algo muy cercano a las noticias que se esperan recibir

de la tierra alejada, los relatos que nos ayudan a reafirmar su permanencia. Por entonces empezaba a comprender (y cada tanto me lo recuerdo) que no se puede tener tantas vidas como las que uno se inventa en los juegos.

Comenzar a subir la loma por la calle Charcas presumía un camino corto. La obra pública municipal reciente la conectó con Tres Sargentos y ahora traza una línea casi recta entre las curvas del mismo arroyo que viene bajando de las sierras. El león de los González es un mojón desde su primera esquina. Hilario Viñuela, el de la carnicería, también venía de León. Los dueños de la tierra que los empujó no dejaban de recordarles ese berretín imperial. Charcas: el nombre con el que la corona organizaba la toma de las minas del Potosí hasta que rompió cadenas esa porción de territorio que hoy reconocemos plurinacional.

La presencia del león se subestima apenas con la mirada, pero marca el camino que conduce directamente a la iglesia y de allí al límite con la Fortaleza Protectora Argentina, avenida que ahora puede franquearse desistiendo de realizar hazaña alguna. La cinta asfáltica se despliega sobre un sector del terreno del Parque Campaña al Desierto. El barrio Miramar le pasa por el costado. Otros berretines levantan polvo en el potrero que se abre al otro lado. Antes de llegar a cruzar la calle que, desde el shopping, conduce al cementerio, un destacamento policial señala el acceso al barrio parque.

Autorizado el sobrepaso, la calle pasa a llamarse Tres Sargentos. Enormes piletas amanecen sobre los parques de las casas que se ofrecen en alquiler para vacacionar dentro de la ciudad durante

el verano infernal. Sobre un alféizar, una fila de púas ahuyenta las bandadas y el propietario se consuela con el avistaje de un pájaro colgante de cartón tras la ventana. Los carteles indicadores en las calles arrojan voces en lenguas nacionales, sonidos huecos para la lengua asfaltada. No se lo ha visto pasar al baqueano Reynaga, se conoce que andaba con los Tres Sargentos...

Un cerco perimetral nos marca el fin del recorrido. Detrás, el curso del Napostá. Arrasada, alambrada, asfaltada, entubada; la historia continua. Continúa.

CINCO MINUTOS SUBTERRANEOS

Bibiana Ruiz

Bibiana Ruiz (La Pampa, 1979). En la actualidad reside en CABA, donde se desempeña como periodista freelance, docente y traductora. Colabora con distintas revistas (Crisis, Ñ) y otras publicaciones, y da clases en los niveles secundario y universitario. Es fundamentalista de las lenguas y madre de una.

Gritos. Se desató la locura. Sacados, todos. Un frenazo y la consecuente primera sacudida. Los cuerpos que rebotan en el aire y vuelven automáticos. Más alaridos, histeria colectiva. El vagón rebalsa, no hay dónde correr. Buscá la salida. Imposible. No hay. Veinticinco segundos pasaron desde que el tren dejó la estación. En el túnel todo es oscuridad. Mirá la ventanilla que tenés enfrente. Está sellada. Las puertas no se abren manualmente. Falta un minuto y medio para llegar a la siguiente parada. Pero eso no va a suceder. No nos van a dejar. La voluntad del pueblo se hace entender: agudos los sonidos que emiten los pasajeros. Es un chorro. Parenló. El motorman nos mueve. Avanzamos milésimas y otra vez el freno. La alarma, ¿quién toca la alarma? Más gritos, desesperación. Por suerte no se cortó la luz. La voz del maquinista suena entrecortada. Debemos llegar a la próxima estación. No way. Arranca igual; lo reprimen una vez más. El botón rojo se va a marear, como los cientos de viajeros que abordaron el subte en la hora más pico de todas. Empujaron hasta hacerse un lugar y ahora se quieren matar. Como si del aire acondicionado hubieran insuflado un gas tóxico, las hormigas bípedas se abren formando un círculo, aplastándose unas a otras, haciendo vacío a su alrededor. Los va a matar él, porque cree que lo van a linchar. Saca un arma. Puede que no sea real. ¿Qué más da? Una vez instalado el terror, todos los universos son reales. Los altos miran como astronautas, los petisos cogotean. Las individualidades apuestan a quién tiene más cara de agreta. Nadie se da cuenta de que lo mejor es agacharse, hacerse bolita, implorar la desintegración. Más gritos, enajenación. Algunos

intentan correr al vagón contiguo, del otro lado les responden “acá no hay lugar”. Un señor pide llamen al 911, pero no saca su celular. Una piba que está apoyada en el fuelle graba una denuncia. Conoce a alguien que espera en el andén más próximo. Desea que esa persona en tierra firme haga algo, cualquier cosa. Una señora respira agitada, putea y se muerde los labios. Cierra los ojos varias veces, como quien no quiere mirar. El maquinista vuelve a poner en marcha la máquina. Noventa y cinco segundos más y llegamos a la estación. Se atropellan para bajar. Los que esperan subir sonríen por el terrible espacio vacío que queda delante de sus narices. Los que ya tienen los pies afuera corren, huyen despavoridos, se chocan en los molinetes, suben las escaleras lo más rápido que pueden. Ninguno va a la mecánica: en la adversidad nadie es tan fan de la cámara lenta. Arriba, en la superficie, cada brote procura el rayo de sol que lo avive.

COYUNTURA FÉRREA

Nancy Leonor Osorio

Nancy Leonor Osorio (Trelew, Chubut, 1975). Regresó con su familia a Bahía Blanca en 1980. Es madre de una joven universitaria, docente de nivel secundario en el Partido de Villarino y estudiante de Letras en la UNS.

Googlea: cuento fantástico, no, mejor: cuento fantástico breve. Este: “La vieja estación”, Paterno.

¿Qué tipo de narrador reconocés? ¿Cuál es el conflicto del relato? ¿Qué relación podés establecer entre Federico y los vagabundos? “El frío calaba los huesos, un fuerte viento hacía sonar las pocas chapas que quedaban en el techo de la estación en ruinas...”.

Adolfo, el último encargado de La Vitícola hace tiempo que se jubiló, vive en Noroeste, se toma la 514 para llegar hasta la escuela donde su nieta lo espera ansiosa, guardapolvo blanco, soquetes con puntillas, rostro alegre. Ya en el portón: el olorcito a tuco, la perrita saltarina; almuerzan con la Legrand.

Los domingos salimos de visita, el mejor plan es ir a lo del primo de mi papá. La plata no alcanza para el colectivo, así que vamos caminando, o saltando. Después que pasamos la Coca-Cola doblamos por un camino al costado de la Nutregal, hay un basural y a los pocos metros están las vías. Vamos por ahí, ¡es lo más divertido! Vamos pisando los durmientes con mi hermano o jugamos a ver quién aguanta más caminando por el riel. Hay que hacer equilibrio, ¡no es tan fácil! Me encanta ir por ahí, se ven pantanos como en las películas. Lo único feo son los sapos...son un asco, gordos, con esa cara de estúpidos que tienen...y salen por todos lados, un asco... A la vuelta me gusta ir juntando florcitas, le armo un ramo a mi mamá, aunque sé que no le gustan. Me dice que las tire, que son yuyos, las llevo igual y las pongo en un florerito para cuando juego a la casita. Pero lo más genial es cuando justo viene el tren, pasa tan cerca, es un ruido terrible. Una vez venía una

locomotora con poquitos vagones y el chofer nos hizo señas, ¡para que subamos! Nos llevó hasta el puente de la ruta que va a Monte, ahí bajamos, trepamos hasta el asfalto y seguimos caminando hasta la casa del primo; un barrio muy feo, sucio, charcos, pibes con los mocos colgando, casas sin pintar, se ven los ladrillos, todo tierra, son pobres.

Ágata, sumida en la desolación tomó el tren hacia White, va entre los obreros de la estiba... se siente abrumada, no tiene deseos de nada, su vida es gris, con Nicanor y sin él. Fija la vista en ese afuera en movimiento, la mirada es opaca, se la ve deslucida, mustia... pereciendo.

El sábado es fiesta, diversión, jolgorio. Después de trabajar toda la semana en los talleres, Pancho se prepara con su mejor ropa para tocar donde diga el jefe de la banda. A su padre le gusta verlo contento, pero cuando el evento es lejos cambia la cara. Esta vez tocarán en Pedro Luro.

Sube al tren en la Estación Noroeste, él vive por Don Bosco, le queda ahí nomás. El resto del grupo subió en el centro. Pasarán la noche en un hotel del pueblo.

Tocan en Fortín Club, qué alegría, las chicas se tiran el ropero encima, las boquitas pintadas, pestañas tiasas, colores, tinto, blanco, rosado, clarete...

Cansado, con sueño, se acomoda en esa cama extraña. Al día siguiente, la dueña del hotel no da abasto con tanta gente y su hija le ayuda a servir el desayuno. Pancho quedó prendado de esa carita. Sabe que volverá. Lo que no sabe es que se terminará quedando, dejará el trabajo seguro en los talleres cerca de su casa y vendrá a vivir a este pueblo nacido del ferrocarril.

La casa sobre calle Don Bosco está viniéndose abajo, hay que venderla cuanto antes. El patio fue invadido por las plantas, cañas, enredaderas, qué tristeza... Pancho hace unos meses que murió... la carita sonriente de Juanita se volvió otra, lo acompañó hasta el final. El acordeón descansa en un rincón, el hijo nunca aprendió a tocarlo. Quedará ahí hasta que algún nieto lo haga plata. *Míster, adelante por favor, el Señor Intendente lo espera.* Camina haciendo resonar sus flamantes zapatos de charol. Mira su Roskopoff, la cadenita brilla doradamente. Es una persona importante.

Nunca anda a pie, pero desea amansar esos zapatos nuevos que trajo de Londres. Le dice al chofer que se vaya, el día está espléndido, caminará.

Al salir del hall principal se topa con un periodista, no va a contestar nada. Que pida una entrevista, hoy no quiere más problemas. La suela resuena sobre las baldosas de la explanada. Están brotando los árboles de la plaza. Camina observando la ciudad que se mueve a un ritmo constante, que crece y se expande, que se llena de bullicio a esta hora del mediodía. Delantales blancos, vendedores ambulantes, gente que sale del trabajo. La ciudad de pampa y mar se ve cada día más europea.

Una cuadra antes del teatro se detiene frente al lustrabotas. Cuando Míster ofrece su zapato reluciente, el muchacho se sorprende: ¿Betún? No, bestia, franela. Y como está de buen humor lanza una carcajada simpática: ¿Cómo te llamas? ...Cataldo.

No puede creer que le tocó este cliente, lo conoce de vista. Pasa a cada rato en coche por

Alsina, nunca se imaginó que lo vería caminando. Vive a la vuelta, en la mansión. Le han hablado muy mal de él sus amigos que laburan en Spurr. Pero el tipo parece piola, seguro le dejará buena propina, lo nota contento. La vida les sonrío a los dos.

Cuando termina dice el precio, extiende la mano hasta la altura de la cadenita dorada. Siente el frío del vil metal, sus dedos sucios envuelven la paga... espera que se aleje unos metros este pingüino acartonado y abre ansioso el puño...ni un centavo más, nada de propina.

Por acá chicos, vamos, hagan caso. Esta es La casa del Espía, acá vivía uno que dirigía este lugar y parece que le tiraba data a los alemanes en la guerra.

Ahora van a entrar un ratito, ¡joj!, pero no toquen nada.

Vengan, vengan por acá. Quiero que tomen notas, allá al fondo presten mucha atención a las etapas que muestra el trencito. Anoten todo, después lo vamos a charlar en el aula. Y miren aquel cartel, el del tren que está por pisar al nativo. Es del centenario de la Argentina.

EL SEÑUELO

Marcos S. Nuñez

Marcos S. Nuñez (La Plata, 1988). Estudió periodismo en la Universidad Nacional de La Plata. Desde el 2013 integra la cátedra del escritor Martín Malharro. Desde 2017 es Profesor adjunto del Laboratorio Creativo de Escritura II. Reseñó libros y escribió, entre otras crónicas, "El teatro del incendio", sobre mi investigación del incendio del Teatro Argentino, y "Crónica para los que todavía creen en los peines para pulgas", sobre el arte de la narración oral. Actualmente trabaja en el diario Hoy de La Plata. Por "Baltazar" recibí en 2015 el Premio Osvaldo Soriano de Relato. Novedades de Katmandú, su segunda novela, es la primera que le gustaría publicar.

Carmen de Patagones me recuerda a una mujer. Conocí la ciudad en los ochenta, cuando el diario en el que trabajaba me envió a cubrir esa locura que fue la idea de Alfonsín de mudar la Capital Federal a Viedma; más tarde, en los dos mil, viajé a cubrir la masacre que un adolescente desató en un colegio. Luego volví en 2008, cuando la mitad del país adelantó una hora sus relojes. Ese año los husos horarios partieron en dos la Argentina: Carmen de Patagones pasó a vivir una hora adelante y Viedma, al otro del Río Negro y en otra provincia, se quedó con su hora normal. Muchos trabajaban en una ciudad pero vivían en otra; o tenían hijos que iban al colegio a uno y otro lado del puente: en sus casas, todas las familias tenían dos relojes con la hora de las dos ciudades.

En el último viaje conocí a Brenda. Una tarde que esperaba cruzar el río se acercó a pedirme fuego; estaba en la puerta de un café, frente al muelle de lanchas. Me contó que trabajaba en una FM local y que me había visto por la mañana caminando por el centro. Me dijo, también, que el café de allí era malo. Aunque no pensaba entrar le agradecí la información. Conozco un lugar, volvió a decir antes de que comenzáramos a andar por la costanera casi sin quererlo, como llevados por el viento sur. Brenda era más joven que yo, tenía la mirada cristalina y una voz dulce.

–Seguir el río es como perseguir a alguien a quien nunca vas a alcanzar –soltó de repente.

Aquella noche, en el pequeño cuarto del hostel

que había pagado el diario, me dormí pensando en lo que había dicho Brenda. ¿Cuánto debía alguien conocer el río para decir cosas como esas?

Por la mañana temprano hice algunas entrevistas y tomé fotos del río. Habíamos quedado con Brenda para almorzar en un bodegón del casco histórico. Como llegué temprano decidí caminar por la Plaza 7 de marzo, un pulmón verde rodeado de edificaciones antiguas, flanqueado en las cuatro esquinas por árboles altísimos y cruzado por caminos de pedregullo que conducían al centro, donde había una vieja y solitaria estatua.

Brenda llegó pasado el mediodía; me encontré sentado en las escalinatas de la iglesia, frente a la plaza. Mientras almorzábamos me contó que el nombre de la plaza hacía referencia a la fecha del histórico combate en el que los lugareños defendieron la costa frente a la invasión de tropas brasileñas. Y me dijo, también, que en la iglesia el cura custodiaba una bandera que el pueblo le había arrebatado al Imperio del Brasil. Un antepasado de ella había peleado en esa batalla, me reveló.

Luego charlamos de los temas más peregrinos y me convenció para que entrevistara al cura, un hombre cojo de pelo blanquísimo: nadie debía irse de Patagones sin haber conocido al curita, me dijo. Esa tarde caminamos junto al río y, al llegar al puente ferrocarrilero, Brenda se detuvo y nos besamos. Sus labios duros sabían a vainilla y sus tetas, firmes contra mi pecho, me excitaron.

Al día siguiente me encontré con el cura en la sacristía, un recinto lúgubre al que no llegaba un solo rayo de sol. El hombre, con su hablar pausado, me contó algunas cosas de la ciudad y luego de

dos horas pensé que tenía material suficiente para la nota que estaba escribiendo. La tarde cayó repentina y no tuve noticias de Brenda; la esperé más de una hora en el muelle de lanchas pero no apareció. Oscurecía cuando me alejé de la costa, camino a la FM donde me había dicho que trabajaba; allí pregunté por ella pero me dijeron que en la radio no trabajaba nadie llamada así.

En el hostel, un empleado panzón que hasta entonces no había visto me entregó la llave de mi cuarto; con displicencia la buscó en una caja de cartón que volvió a meter debajo del mostrador. Me entregó, además, el pasaje que esa tarde habían enviado desde el diario: debía partir a la mañana siguiente.

Junto con el ticket había un sobre que sólo llevaba escrito mi nombre. Lo abrí recién en la habitación, cuando estuve solo: Obrigada pelos lindos días no río.

Camino al aeropuerto de Viedma supe por el taxista que la Comarca estaba revolucionada porque alguien había robado la bandera de Brasil de la iglesia de Carmen de Patagones. Algunos decían que habían matado al cura; otros, que lo habían emborrachado con vino santo y, otros, que simplemente lo habían distraído. Me contó todo esto mientras cruzábamos el Río Negro. El agua mansa era un espejo que devolvía la figura del puente. El avión salía a las doce.

LO QUE NO FUE NO ES

Emanuel Ruffa

Emanuel Ruffa (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1986). Escritor, improvisador, comediante y músico.

En diciembre de 2014 publicó su primer libro Ser Salvaje bajo la editorial Zeit Ediciones, agotando stock en pocos meses. Su segundo trabajo, Cosmovisión (o la forma en la que interpretás la naturaleza de las cosas) se ha impreso bajo la misma editorial en julio de 2018. Actualmente, se encuentra trabajando en su tercer libro que saldrá a la venta en marzo de 2021.

También es integrante del grupo de Improvisación Teatral "RESET", un show de improvisación totalmente original. El grupo se consolidó en el 2016 presentándose en varios escenarios porteños. En el año 2018 presentaron su primer temporada #series, inspirado en la improvisación de las series más exitosas de Netflix.

Tengo escrita en una libreta, en un cuaderno y hasta, incluso, en los márgenes de un libro de Raymond Carver, las miles de excusas que siempre nos pusimos y que jamás nos importaron. No me gusta pensar. Ni siquiera en ella. No es una mala mina, no, nada que ver, lo que pasa es que llega un punto en el que me satura. Y les juro que no, que no es pura cursilería y filosofía barata. La verdad, siempre fui muy malo para sacarme de encima los problemas. Todo lo que me pasa o me atraviesa se me graba en la piel como un tatuaje tumbero. Cosas de la vida. Esta, al parecer, es una más de todas esas veces. Pero no lo es. Porque a pesar de que me cuesta aceptarlo, ella fue la que tomó la iniciativa. Y eso es lo que más me molesta.

Abro la puerta del hall del edificio como puedo. Con una mano sostengo la bicicleta y con la otra la puerta, pero trato de no tocar mucho el picaporte porque me da asco. Entonces algo tan simple como hacer pasar una bicicleta y un cuerpo por una puerta que debe medir un metro y medio por dos metros cincuenta, se vuelve una odisea. Pero lo logro. Me subo a la bici y arranco.

Las primeras cuadras me traen el recuerdo de la infancia. Hacía mil que no me subía a una bicicleta y que no me tocaban bocina y me puteaban porque me tambaleo como un borracho a las seis de la mañana mientras intento manejar por Avenida Triunvirato. Me recompongo de esta crisis vial y sigo camino a lo de mis viejos. Ellos viven en Paternal, así que supongo que tendré una media hora de pedaleo, no más. El día está increíble: hay muy pocas nubes en el cielo, hacen unos veinticuatro grados a la sombra, veintisiete al sol, una brisita fresca y juguetona me hace cosquillas

en la barba y no estoy ni siquiera transpirando. O eso creo. Lo único que espero es que me reciban con un buen asado de domingo como corresponde. Hace algunas cuabras –y me llama la atención de que recién me acabo de dar cuenta– que la rueda de atrás está haciendo un ruido raro. Supongo que no lo escuché por todo el quilombo de autos y el ruido que hay en la calle. Igual creo que también me hice un poco el boludo porque hace dos semáforos que, cuando meto ese pedaleo fuerte inicial para salir antes que los autos que están a la par mía –en una especie de competencia pelotuda en la que yo solo participo–, siento un chillido muy agudo, como si una ratita se hubiera escondido en la cámara y se estuviera quejando de las vueltas que pega cada vez que gira la rueda.

Ahora estoy llegando a Los Incas. Siempre me dijeron que acá se pegan terribles palos, pero no sé, este es uno de los lugares por los que más paso y jamás vi uno. Y no es que esté a favor de los choques pero me molesta la idea de que después de una frenada prolongada y ruidosa, no prosiga un estruendo que se equipare con la magnitud de semejante escándalo previo. Es simplemente eso. Y eso es justamente lo que acaba de pasar. Solo que esta vez, el estruendo es mucho menor, menos metálico, menos hueco pero incluye el grito de una señora, el ladrido de dos perros, una bocina que suena hasta el cansancio pero no la escucho, una frenada seca, la trompa del auto que me da de lleno, un giro sobre el capot, el impacto de mi cuerpo contra el parabrisas que estalla por la violencia del golpe y la inercia, y como toque final, un vuelo de unos diez metros que me deja tirado casi llegando a la esquina. Todo se vuelve

rojo y negro. Las llaves y la billetera quedaron desparramadas por la avenida. El celular se hizo mierda contra el cordón. ¡La puta madre! ¡Recién lo terminé de pagar! ¿Y ahora cómo le aviso a mis viejos que voy a llegar más tarde? ¿Qué le digo a Rodri para que me crea que me voy a tener bajar del partido de hoy? ¿Cómo voy a saber si ella vio el mensaje que le mandé antes de salir? Trato de reaccionar pero no puedo, mi cuerpo no me deja, no quiere. Se me clava como un flechazo en la cabeza, una frase que leí por ahí una vez: "¿Para qué extrañar a los muertos? No es necesario. Ellos están en un mejor lugar. ¿Por qué mejor no te extrañas a vos mismo? No sos ni la sombra de lo que deseabas ser". Me río, me río y me duele todo. No puedo moverme. Escucho algunas voces que resuenan como ecos lejanos adentro de una cueva subterránea, pero no sé de dónde vienen. Me duele todo. No sé cuántos huesos tengo rotos, seguro que no más de los que me rompí cada vez que le pegaba a la pared para no descargarle con vos. Ahora, todo se vuelve un poco más oscuro y más profundo, ya no escucho el eco de esas voces. No escucho más nada.

Y lejos de ver pasar toda mi vida en un flash que dure algunos segundos, lo último que recuerdo es su voz diciéndome: "¡Me cansé! ¡No puedo seguir más así! Tenés que entender que lo que no fue no es. No lo forcemos más, por favor. Andate y dejame sola, ¿querés?".

DE PASO

Irene Sabbella

Irene Sabbella (Florida, Uruguay, 1989). Es licenciada en relaciones internacionales de la Udelar. Realizó un Máster en Administración de negocios en Dublin. Actualmente vive en Montevideo.

Había encontrado mi palacio en aquella tierra lejana, con su ventana baja con vista a las palmeras del jardín y más allá a las que aparecían entre los edificios, instalada en el tercer piso de la casa donde acomodé mis cosas y hasta improvisé un living.

Cada noche esperaba a las diez, hora en que cerraba el café, para que Parth subiera. Y Parth subía con un Gin and Tónico o una cerveza para los dos y nos fumábamos, o más bien yo me fumaba un porro en el balcón de su cuarto, en la noche cálida y el cielo turbio de Calcuta. En realidad, el calor era insoportable y venía acompañado de una humedad tremenda, por eso prendíamos el aire lo más bajo posible y nos acostábamos en su colchón a escuchar música y fumar tabacos, o salíamos a caminar por el barrio, ya tranquilo y casi sin gente, la única hora en que podíamos movernos abrazados o tomarnos las manos en público.

Luego llegaban las caricias y el sexo. Disfrutaba de eso y luego me volvía a mi propia cama.

Por las mañanas, generalmente me despertaba más temprano que él y bajaba al café a buscar uno y fumarme el primer cigarro del día. Luego volvía a subir, me metía en su cama y dormía un rato más.

Eso cuando no tenía que dar clases en el slam. Tomar el Rick Shaw, el metro y luego un bus para llegar hasta ahí. También daba clases de español ocasionales. La vida era tranquila, tenía amigos y disfrutaba de zambullirme cada día en el océano desconocido que India representaba para mí.

Bajar las escaleras de la casa era diferente cada día. A veces Parth la alquilaba para filmaciones

o shootings y de repente había un montón de personas que veían bajar una extranjera o "Giri" con cara de dormida, pero en seguida seguían haciendo su trabajo corriendo y gritando mitad en inglés, mitad en Bangla.

Pero yo llevaba mucho tiempo de viaje y muy poca plata. Leyendo las reglas de la visa, descubrí que para permanecer en India debía salir del país luego de cumplidos los primeros tres meses para que se me habilitara la estadía por tres meses más. Me había inventado una vida en esa ciudad y no estaba segura de querer dejarla. Los días pasaban y ese surrealismo se me venía encima como un pesado muro.

—¿Te vas a quedar?

—No sé, no tengo visa, no tengo plata ni trabajo fijo, contestaba yo tratando de convencerme.

—No te preocupes, lo vamos viendo, puedes trabajar un tiempo en el café.

Y a mí me temblaban las piernas solo de pensar en dejar lo irreal y jugármela por un proyecto de verdad. El pertenecía ahí, aunque hubiera vivido en muchos otros países, pero yo no, y en algún punto él sabía que en un tiempo yo me iría.

Una noche acostados me dijo: a alguna parte de Lucía no le gusta una parte de Parth.

Y yo no sabía si estaba siendo sincera, pero no solo con él, sincera conmigo misma. Y me preguntaba una y otra vez cuales eran las posibilidades de que, en mi mundo real, en Uruguay o quizá solo siendo la Lucía lejos de India, yo me hubiera dado el lugar de vivir algo así.

No tenía rumbo, no sabía a donde ir y tampoco contaba con muchos medios para moverme. Italia era el único lugar donde tenía una excusa, una

partida de nacimiento de mi tática abuela que debía sacar para tramitar la ciudadanía.

La noche antes de irme dormimos juntos y en el silencio nos dijimos un montón de cosas que habían quedado pendientes. A la mañana siguiente tampoco hablamos mucho de camino al aeropuerto, como si nada estuviera pasando.

Cuando lo despedí, me dije, acá voy de nuevo eligiendo la incertidumbre, la soledad. De nuevo huyendo.

MENCIONES

ESQUINA
Melisa Depetris

*Melisa Depetris (Punta Alta, 1985). Vive hace 9 años en Bahía Blanca. Actualmente trabaja de docente, niñera y tallerista. Escribió los libros de poesía: Vayonesa (La Propia Cartonera, Montevideo, 2013 y Villa Mora Editorial, Punta Alta, 2018) y Turista (Gigante, Paraná, 2014). Participa de la mesa abierta de Poesía y Feminismos.
Foto de Florencia Guarco.*

Tiene que ser flaquita, no importa si la charla es interesante o si le gusta cómo huele, él dice que ese mandato estético no se le desarma y ahí anda arrastrando fracasos en esos intentos con pretensión amorosa. Ella escucha mientras camina con pasos largos y espaciados. No entiende y siente frialdad por las danzas de apareamiento que esta época propone. Se citan esporádicamente a la siesta, por lo general por cumplir protocolo, quizás sea la edad que se les amontona en gustos organizados y selectos. El fin del otoño viste su calle favorita y vuelven a hacer el recorrido que acostumbran. Algunas veces se desvían.

La esquina de Salta y Nicaragua es el punto de encuentro, al principio por vecindad, todo comienza con una charla trivial mientras sus miradas curiosas apuntan a los jardines de las casas bajas que todavía perduran. Intentan descubrir algún indicio que invite al diálogo, un hallazgo que sorprenda o aquello que en otra oportunidad los ojos eludieron ver. Esta vez un grafiti en latín con letra chueca en la esquina de Nicaragua y Perú, genera debate de lo que recuerdan, más tarde buscarán en diccionarios manoseados y se chocarán con el consejo: parece mejor abstenerse y aunque la naturaleza por estos días invita a abrirse, ella escucha.

¿Cuántas palabras podrá amontonar la memoria para después enramarse y aparecer? Él se va a ir más temprano, eso ya lo saben ambos.

A la altura de ese barrio de caminos internos y monoblocks al que ella insiste en volver y del

que olvida siempre el nombre, discuten otra vez la misma idea llegando desde un punto distinto. Están entre lo heroico y el sinsentido, dibujando opciones desconocidas que se tambalean entre razones aprendidas con nombre y apellido. A veces salirse del formato les duele, de manera muy precisa. Él dice que tiene una piedra en el pecho. Ella siente un gigante colgado en los hombros. Siguen.

Cuando sus miradas se tocan no están tan distantes. Les gusta también el silencio burbujeando en sus bocas, de fondo el coro de loros acompaña. Él tararea una canción, ella siente escena de película. Ese despilfarro encantador del modo paseo en el que se muestran lo que más les gusta observar, el secreto del que mira y al señalar expone su colección cotidiana. Ella mantiene la compostura y pareciera no sorprenderse tanto pero se sabe exquisita al elegirlo y por eso vuelve a decirle sí en cada convite. A él le gusta la función de guía y mezcla datos específicos que aprendió en sus días de trabajo en la gestión municipal. Se sienten turistas o juegan a serlo.

Al salir de ese camino entran al de las casas de huéspedes de la universidad. Ella prefiere el túnel de ligustrinas, los reciben unos perros amistosos y siguen. Van directo al paseo de los poetas, bajan con pasos oblicuos como la montaña les enseñó y por un camino alternativo bordean el arroyo Napostá. A veces bicicletas veloces los hacen estar alertas, al rato el silencio los acompaña y se dedican a mirar.

Por andar pispeando bajo, ella encuentra un pez negro, parece muerto, su curiosidad

infantil hace que con una rama le toque el lomo y se impresiona de la dureza que asemeja piel de reptil, casi grita cuando el pez despierta, la mira fijamente y se va somnoliento a seguir el cauce en donde no sea interceptado por pinchazos molestos. Ese encuentro le confirma las teorías que cada tanto expone sobre pequeños monstruos que salen del arroyo. Viste, te lo dije.

¿Será el amor una manta que todo lo cubre y a veces de tanto tironear te deja los pies afuera? La imagen del pez negro reaparece en su memoria, pareciera que desde ese día la persigue como si fuera una maldición. No puede borrarse la sensación que la envuelve, el murmullo de aquellas charlas en fragmentos yuxtapuestos que arman un nuevo relato cada vez mientras intenta dormir y se desvela. Durante el día mientras realiza sus quehaceres, cuando menos lo espera reaparece y ella sacude la cabeza como queriendo deshacerse y no. Prende velas, las desparrama por la casa, habla en voz baja no se sabe con quién porque hace rato dejó de rezar.

PARIAS

Ariel Chauqui

Ariel Chauqui (Salta, 1978) Docente e investigador en Sociología. Compiló libros de reuniones académicas. Es autor de capítulos de libros y de artículos en revistas especializadas. Obtuvo premios y menciones en certámenes nacionales de ensayo (UNVM, 2012; UNLA, 2014). En el año 2015 recibió un premio nacional a la investigación cultural por parte del Ministerio de Cultura de la Nación. En el año 2017 obtuvo el primer premio de narrativa en el certamen "Literatura en el Parque" otorgado por el Ministerio de Cultura de Salta. En el año 2018 obtuvo una mención especial en el concurso literario nacional organizado por el ISFD N° 5, provincia de Buenos Aires. Durante el año 2019, en co-autoría, publicó el libro Ampascachi, tierra adentro: memoria oral e identidad comunitaria.

El horizonte de las personas no se proyecta ni los planes se avizoran a largo plazo cuando la angustiante esperanza de encontrar comida se escabulle entre las bolsas de residuos que yacen esparcidas, a diestra y siniestra, en aquella amplia y honda bocanada terrenal.

“El mañana”, en esa búsqueda, es apenas un sinsentido escurridizo entre las manos desgarradas que cotidianamente despellejan multiformes envoltorios; bajo el anhelo de hallar el sustento oculto entre los escombros del viejo basural.

Solamente una fiel y rara avis acompaña siempre a sus figuras eclipsadas por un sol; que a las seis de la mañana, como un cross certero a la mandíbula, pega duro en el centro de toda la humanidad.

Por aquel vertedero, alojado a un costado pero dentro de la ciudad, las personas tan solo son siluetas que se difuminan entre el polvo levantado por las pesadas ruedas de los volcadores que, puestos en hileras y echando humo, esperan el turno del desembarco.

Esas moles motorizadas, acaso: ¿sabrán que en sus espaldas cargan con las esperanzas de los sin nombres?

Mientras esa pregunta me busca, regreso sobre mis pasos y otro topetón golpea muy fuerte: “Sin trabajo no hay proyecto de vida”. Así de contundente grita, como queriendo desahogarse, un pasacalle de arpillera colocado frágilmente a un costado de la entrada principal al predio.

Al retirarme por donde vine la vida me entrecruza de lleno. Injustamente, en ese instante, los tiempos aparecían mancomunados; cuando una madre con sus hijos ingresaban a este entorno habitado por los deshechos y lo no hecho. Promesas que

caen en bolsa rotas.

Y su alambrado perimetral me sabía a una cruel metáfora urbana que pretende delimitar fronteras entre este depósito a cielo abierto y la gran ciudad, sin ver que la línea de la pobreza lo atraviesa enteramente por aquí y por allá.

La orfandad citadina no se esconde en las periferias urbanas que, huérfanas y a la deriva, son transitadas doblemente expulsoras por la epidermis de quienes habitan su suelo.

Ante tamaña vulnerabilidad el yo se empequeñeció y quedó reducido a su mínima expresión. Al tiempo que la descripción narrativa de oficio tembló, por dentro y por fuera, al quedarse sin palabras.

Allí, en donde cruje la pobreza; una cierta certeza de sí es desarmada y queda expuesta, fracturada y desarticulada por lo contundente de ese peculiar semblante citadino. Personas que en la comida embolsada y desechada por manos ajenas buscan la propia:

Acaso: ¿un encuentro a destiempo?, ¿o un destierro en carne propia? Cuando con los ojos abiertos siento y repaso esta postal de la ciudad, algo me dice que hoy toca duelar la vida.

Así me zambullo hacia adentro. Hasta el instante en que el chofer, con un fuerte y ronco bocinazo, marca que el recorrido ha terminado.

Cual paradoja de un duelo que cotidianamente baten aquellas sombras que buscan una luz; un papel rústico venido de aquel basural quiso, entre bamboleos por el aire y rebotes contra el retrovisor, acompañarme hasta la parada final.

Ya descendido y entre tranco y tranco hacia mi casa; este encuentro que tuve cara a cara de

pronto me empuja, traba una zancadilla y hace que trastabille sobre mi propio yo.

Fue entonces cuando un remolino fugaz desplegó los retazos corrugados de aquella insistente misiva y pude, finalmente, escuchar la presencia entrecortada de la palabra “esperanza”.

Ciertamente muy dañada y perforada por círculos aún quemadizos de un fuego reciente...

PAREDES MÍAS

José Francisco Huamán Cuellar

José Francisco Huamán Cuellar (San Fernando de Apure, Venezuela, 1992). De nacionalidad colombo-venezolana, desde el año 2012 está residenciado en Colombia. Es técnico en recursos humanos y posee un diplomado en inglés. Actualmente estudia licenciatura en literatura en La Universidad del Valle, a principios de 2020 obtuvo el segundo lugar en el I concurso de crónica: ciudad y memoria, realizado por la misma universidad donde estudia con su obra titulada Crónica de una lealtad.

Posiblemente sigan allí las marcas de mi niñez, en aquellas paredes de lo que fue mi hogar, en ese lugar que la memoria desentierra cada momento de soledad. La fecha exacta de sus marcas no está presente en la mente, pero sí ese tiempo que habité en ese barrio tranquilo de la Caracas vieja, esa que era de más luces coquetas que de sombras como lo es ahora, un tiempo de inocencia de mis manos que trazaban historias utópicas, que se iban entre placeres cómplices, mientras muy cerca, por esas calles, una bandera se desgastaba por la sordera de masas animadas por la lucha de ganar lo ya perdido.

Es fácil recordar las noches de gaitas interminables, de cohetes por la victoria de los leones o del magallanes en el beisbol y del guiño de la cruz del Ávila a dos enamorados al pie de Altamira. No es difícil memorizar ese grito por el carnaval que nos saludaba y de los pasillos de la escuela donde tanto me enamoré, un amor solitario, pero de esos que me incitaron a escribir detalladamente mi primer casi beso en la puerta de mi casa. Tal vez esas cosas debí dejarlas en aquellas paredes, sin embargo, quise dejar algo mucho mejor allí.

No dejé palabras o símbolos, más bien algo más realista, así pensé yo una tarde al llegar a casa después de ver el primer muerto. No dormía solo, así fue durante mucho tiempo, huyendo de los muertos, de los fantasmas y de las sombras que crecían en sus visitas, así que me refugiaba en los brazos de mamá, esa mujer de tierras lejanas que se enamoró de la voz de la Caracas clásica, como también de todas sus hermanas. Junto a eso, me aliviaban las melodías del llano, ese caliente

aire del lugar donde nació y que dejé para ser un caraqueño de alma y espíritu, ese que se olvidó de vivirla como merecía.

Esa dama caraqueña que amé entre suspiros secretos, que admiré en escritos quemados luego en días de lluvia ajena, fueron también cosas que quise escribir en esas paredes, sin embargo, merecía algo mejor, no solo un cuerpo perfecto, sino toda una historia de ideas con sabor femenino. De esa manera empecé a rayar las paredes, lo hacía a escondidas, lejos de la humanidad y cerca de una conversación con aquella casa que fue mi amante, dejando mi piel allí y algunos golpes de impotencia por ser solo un olvido en el paisaje que se desvanecía.

En el caer de unas gotas me volví adolescente y aquella vieja Caracas ya estaba rota al igual que mis ganas de permanecer en la pesadez de un aire que no me soportaba. Las tardes en la plaza disfrutando del regalo de mamá, las mañanas de una buena empanada en un viejo local y una noche de chocolate y arepa habían sido un pasado breve, casi imperceptible ante una desolación que me inundó la vista aquella tarde que no hallé salida, donde una bala, un discurso y un desapego sirvieron como mi huida definitiva.

Así pensé ese día, fue antes de irme lejos de aquella casa que sucumbí finalmente a dejar en las paredes mi legado, la última señal a un paisano sin alma, pero con oídos necesarios para entenderlo todo. Trace las curvas, las sombras y unos últimos detalles en ellas, yacían agrietadas, amarillentas y las limpié una última vez, sentí su frío como una profunda nostalgia donde no se debería sentir, fue orgásmico, terriblemente orgásmico. Esas fueron

las paredes mías.

Ese día llovió fuerte, andaba apurado ciertamente y no quise quedarme a verlas más tiempo, me fui de allí, sin despedidas, sin sonrisas o alguna pena dramática con lágrimas innecesarias. Solo aparté mi mirada y tomé el último autobús hasta desaparecer mucho más allá de la lluvia y su Caracas mermada, lo hice sin olvidar un último recuerdo, la última imagen de esas paredes, esa vez con un tatuaje en sus pieles, esos ojos, esa mirada de aquel niño ilusionado sería el acompañante perfecto para ellas en la leve muerte de nuestras memorias y como observador de las incontables desgracias cotidianas.

CHAÍTO, LA PAYASITA
Rafael Alejandro Ochoa García

Rafael Alejandro Ochoa García (Ciudad de México, 1985). Fue director de la sección literaria de la revista Adrede, de la Universidad Iberoamericana, y ha colaborado en medios de distinta índole como National Geographic en Español, la revista de ciencia ficción El ojo de UK, la revista de narrativa breve Marabunta, entre otros. Seleccionado para el Premio de Relato Homenaje a Juan Rulfo "Diles que no me maten" de la revista Marabunta.

El sol equinoccial pegaba sobre la pintura facial de Chaíto, la payasita. Mientras tomaba agua de una botella, recibió el mensaje en su celular. Tenía luz verde tanto en el semáforo donde laboraba como con el compromiso al que se había acometido.

Se levantó de la acera; esperó al rojo para pararse frente al río estático de automóviles y malabarear unas pelotas. Lo hacía mientras saltaba con sus zapatos alongados. Era una tarde de noviembre y el arrebol se tornaba en nubarrones hinchados de lluvia.

Calculó que faltaban veinte segundos para que el semáforo se tornase verde. Dejó de malabarear las pelotas y se aproximó a las ventanas de los conductores. Juntó unas monedas. No vio al objetivo.

Pasaron muchos rojos del semáforo hasta que lo vio. Era el modelo de auto indicado y el conductor era el de la fotografía que llegó en el mensaje de texto. Después de malabarear las pelotas, se aproximó a la ventana del objetivo pendiendo su mano para recibir los honorarios. El conductor tomaba unas monedas que tenía en el portavasos cuando sintió un inescrutable golpe en la cabeza seguido de una aguda migraña que apenas duró unas pocas centésimas de segundo, porque todo se apagó en un sosiego de nada.

Chaíto guardó su treinta y ocho en su pantalón abombado y salió corriendo con paso circense. El rocío de lluvia que empezaba a precipitar le corría el maquillaje facial, mas no la sangre que le había salpicado el objetivo.

Chaíto esperaba sobre el cofre de su Caribe ochentainueve color crema. Miraba las estrellas con nostalgia; le recordaban a su viejo amor. Estaba en un deshuesadero.

Del camino por el que llegó aparecieron las luces de un automóvil. Al cabo de unos segundos se aparcó una pickup negra. Salieron de la cabina tres hombres. Eran de tez blanca, mortecina. Estaban vestidos de traje. Le dijeron con acento anglosajón que los medios estimaban que había sido por un asalto. La felicitaron con sonrisas de satisfacción y le entregaron, sobre un montacargas que bajaron de la pickup, una caja de dimensiones lo suficientemente grandes como para no caber en su auto compacto. Los tres hombres no le dieron oportunidad de decir algo; se limitaron a decirle your pay. Después subieron a su auto negro para escapar por las fauces de oscuridad que el lugar poco alumbrado provocaba.

Chaíto, la payasita, aunque con una precariedad, sonreía también de satisfacción por lo que tenía frente a ella. En el bucle interminable de las cosas, lo viejo se volvería nuevo y su amor regresaría.

Chaíto, la payasita, arrojaba las bolas tan alto que podía malabarear cinco, diez, veinte al mismo tiempo. Lo hacía a la vez que declamaba un poema que había escrito para su audiencia, en un parque de diversiones. Tú que huyes de todas las temporadas / y que al día de una noche de noviembre / te escondes / detrás de una reina muerta y plateada / sigues huyendo inmarcesible / de la tiranía / sonámbula / del cadáver que de noche nace. Chaíto estaba regocijada: Le agradezco su atención, querido público, decía. La audiencia aplaudía incómoda. Acto seguido,

quitó la manta que cubría un montículo dispuesto al centro del escenario, descubriendo así una máquina cúbica saturada de componentes. Ésta empezó a retorcerse hasta convertirse en un cañón de hombre bala que apuntaba hacia al cielo. El público lanzaba vítores. Observe, querido público, decía Chaíto mientras señalaba la máquina, observe la revelación de mi amor; aprieta un botón dispuesto al costado de la máquina, y del boquete se despide una luz verde, rápida, casi inexistente. Lo único que percibió el público fue el estallido de la luna, una explosión que cubrió el cielo nocturno, y de sus gritos de terror y auxilio.

Disipados los escombros selenos, Chaíto, la payasita, alargaba sus labios rojos con su sonrisa. En el cielo, ya sin ser tapada por la luna, veía una estrella de luz gorda. Veía a su viejo amor antes de que muriera su sonrisa.

JINGLES BELLS
Gertrudis Pocoví

Gertrudis Pocoví (Santa Fe capital, 1960). Abogada y Magister en Administración Pública. Ha recibido varios premios, muchos con edición, como "El cazador de Moscas" (Cuentos 1995) y "La Plomada de Don Vitto" (Cuentos 2005); en forma independiente "La Casa de los Amos" (Cuentos 1993) y "Jirones de Nada" (poesía 2001) del Fondo Editorial de A.S.D.E. Asociación Santafesina de Escritores de la cual, desde hace cuatro años es presidente. Ha publicado en revistas literarias de España y Austria y en diversos diarios del país. Tiene una hija, un nieto preciosísimo, cuatro sobrinos mimados, cinco gatos y dos perros rescatados.

Las vacaciones me convertían en una suerte de muñeca de trapo, una marioneta sin hilos, un algo inerte y sin valor que carecía de voluntad para moverse. Es como si luego de guardar la última bola del arbolito de Navidad o la última lucecita del balcón, se embalaran también los ánimos y las ganas de respirar.

A diferencia del resto del mundo, las vacaciones para mí eran deprimentes. Mucho sol, mucho calor, muchas moscas y mucha gente... La mitad del país venía a vacacionar a las playas de esta ciudad y enero se convertía en una suerte de basural humano y también basural de basura. Botellas plásticas, vasitos de cartón, cajas aplastadas con restos de kétchup, alguna papa frita, condones usados, anudados al menos, y una enormidad de olores inenabarrables. Toda una montaña de restos de comidas y de vidas.

Por la noche deambulaban cadáveres alcoholizados que tropezaban contra los autos estacionados en la calle. Una vez, supe encontrar un cuerpo desarmado sobre el césped del jardín. Fue cuando decidí poner las rejas.

Pero las rejas no detenían las risas, los parloteos, los gritos y los eructos de la madrugada.

Y todo ese jolgorio ajeno, simplemente, me transformaban más y más en esta muñeca de trapo descosida. Deshecha. Enjaulada.

-¿Y por qué no te vas en enero a otro lado?
-me escupió un día Susana. Como si irse fuera una opción. ¿A dónde? ¿Y la casa? ¿Qué podía pasar si dejaba sola la casa todo un verano con esos vándalos drogadictos pululando por todos lados? ¿Y si volvía y la encontraba tomada? ¿Cómo los sacaba luego?

¡Irse a otro lado! Qué pelotudez.

–Bueno, andate a otro lado de día y volvé a dormir por las noches –replicó Susana.

¡Claro! Pasarme el verano saliendo y entrando, subiendo y bajando del auto, con lo barata que está la nafta. ¡Dale! Seguí diciendo pavadas. Además, el problema eran las noches.

–¡Bueno m'hija! ¡Nada te viene bien a vos!
¡Bancátela entonces!

¡Y para eso uno tiene amigos! Para que te hundan más en el pozo y, si pueden, te tiren una palada de tierra. Y tierra seca.

Pero éste verano, fue el peor de todos. El aumento del dólar y las crisis del país limitó las vacaciones en Brasil o en Uruguay. Se duplicó el número de veraneantes y de escoria. Estaba harta de los gemidos de placer a la mitad de la madrugada y, al otro día, de tener que barrer forros usados de la vereda. Asqueada del árbol orinado, de los restos de alcohol regurgitados y de esa pestilencia humana mezcla de sudor y sal marina. Y encima Fido había muerto en primavera.

Las noches se tornaron más insoportables de lo habitual. Despiadadamente insoportables.

De día andaba ojerosa y estúpida por la falta de sueño.

Ricardo me recomendó tomar una copa. Algo fuerte. Ron, whisky, un “Destornillador” ¡qué nombre pensé!... UN poco de alcohol que me ayudara a conciliar el sueño. Y creo que allí, realmente toqué fondo. ¡El abismo! Qué poético que suena... ¡pura mierda! El abismo son un vómito al costado de tu almohada, chorreado sobre tus chinelas; un ardor ácido que te asciende desde el útero y no se va con la pasta de dientes.

Las profundidades te taladran la cabeza una y otra vez sin piedad ni descanso hasta que el ruido de adentro es más fuerte que la algarabía de la calle que quieres callar con vodka y, para aplacarlo insistes nuevamente con el ron o con el whisky. O con ambos. Un día Ricardo vino a casa porque hacía días que no contestaba el teléfono, ni los mensajes ni los correos. Me encontró en un charco de ácido estomacal y orina, con los ojos cerrados aunque los párpados estuvieran abiertos, los labios partidos por la mala hidratación. No veía su cara pero adivinaba su semblante, un conjuro de horror y lástima. Es que había perdido peso. También se me habían caídos cabellos ¿cuántos? Muchos para que lo note.

Los camilleros de la Emergencia Pública, que tienen visto peores desastres, me levantaron con cuidado, me introdujeron en la ambulancia, me pincharon para pasarme suero. No miraban a los ojos, no juzgaban. Uno se quedó conmigo, el otro manejó hasta el hospital.

¿Ricardo? Dijo que nos seguiría en su auto.
No apareció más.

Susana tampoco. La casa lleva sola varias semanas porque cuando empecé con mis delirios me volví violenta y tuvieron que atarme y medicarme fuerte. ¿Habrà cerrado bien todo este pelotudo de Ricardo? Mirá si vuelvo y me encuentro con uno de esos vagos borrachos tirado en mi living. ¡Qué horror!

Lo único bueno es que desde el cuarto acolchado y blanco, no se oían las risotadas de la calle.

CONFLUENCIA

Felipe Quiroga

Felipe Quiroga (San Miguel de Tucumán, 1985). Es licenciado en Comunicación Social y Máster en Periodismo. Sus cuentos integran las antologías En pocas palabras: microficciones del Noroeste (2014), Premio Municipal de Literatura (2014), Umbrales y Crepúsculos (2015), 5x5 (2016), Microficciones teatrales 2 (2017) y Microficciones teatrales 3 (2019).

Existe una especie de fluir, una deriva en cada ciudad: hay calles y veredas que se dejan recorrer con más facilidad que otras. Hay zonas particulares en algunos barrios que generan una atracción silenciosa, imperceptible, pero también inevitable. Es de esas cosas en las que uno no repara nunca, pero cuando las descubre (o, mejor dicho, las advierte), ya no puede dejar de pensar en ellas.

Los invito a hacer el experimento y lo notarán. Elijan un punto de partida y un punto de llegada, y recorran el camino a pie, sin pensar demasiado: déjense llevar, tratando de no detenerse. Si la ciudad presenta un obstáculo (una vereda bloqueada por trabajos de reparación, una aglomeración de gente, una calle con semáforo en verde demasiado transitada), dejen que sea el cuerpo que responda. Que mande el instinto y no otra cosa. De forma casi automática, girarán hacia la izquierda o hacia la derecha, y seguirán el camino (no deben dejar de moverse). Repitan el experimento en los cuatro o cinco días siguientes: mismo punto de partida y mismo punto de llegada. Entonces, de a poco, percibirán cómo empieza a asomar ese patrón invisible del que les hablaba: el movimiento fluye en una misma dirección y no en otra.

Quizás les pase como a mí: al principio, su reacción será de incredulidad. Tal vez sientan la necesidad de descartar esa sensación de asombro y maravilla que comienza a acechar. No lo hagan. El Diseño existe. Es real.

Luego de mi descubrimiento, experimenté con nuevos puntos de partida y de llegada. Y así, durante los meses siguientes, me dediqué a trazar

en un mapa de la ciudad los recorridos de deriva predominantes y lo que yo decidí llamar zonas de influjo masivo, que son aquellas en las que confluyen dos o más de esos trayectos.

Y después pasó algo que no me esperaba.

En mis caminatas siempre acostumbraba a concentrarme en la estructura de los edificios, las paredes, las puertas, las ventanas, los vidrios, los balcones, las veredas, el pavimento de las calles. Cuando pude aprehender todo aquello, en mi mente se produjo una especie de sub-deriva (un posible Diseño adentro del otro: sería lógico) y en forma mecánica e impersonal me dediqué a observar a las personas, que aparecían ante mí nada más que como una masa informe de rasgos y prendas de diferentes colores.

Entonces la noté a ella. Pasó caminando en dirección contraria. Yo me quedé inmóvil.

Me di cuenta de que la había visto otras veces: recordaba su pelo negro ondulado, sus labios, su sonrisa, también la esencia dulce de su perfume. Sin pensarlo demasiado, marqué en el mapa con una equis el lugar exacto en el que nos habíamos cruzado.

En las semanas siguientes nos volvimos a cruzar varias veces: sólo la última vez levantó la vista y me sonrió, como si me reconociera, aunque no estoy seguro. Analicé las marcas que hice en el mapa. Nuestros cruces siempre se dan en las zonas de influjo masivo. He decidido que no puedo ignorar este nuevo patrón que ha emergido: no puede ser una casualidad. Todavía no sé qué palabras elegiré, pero la

próxima vez que la vea voy a hablarle.

LAURA
Jorge Cappa

Jorge Cappa (Madrid, España, 1979) es escritor. Licenciado en Sociología (Universidad Complutense de Madrid) y con un máster en Gestión Cultural (Universidad Carlos III de Madrid).

Su primer libro se titula Sueños en el aire (Chiado Editorial, 2017) y está compuesto por poemas y letras de canciones. Más de 60 de sus textos, en distintos géneros literarios, han sido galardonados en certámenes y convocatorias de 9 países.

Él la mira hipnotizado, la escucha, la observa, se enreda en su sonrisa y apenas pestañea. Le atrapa su expresiva manera de hablar y le gusta la forma delicada con que mueve las manos. Es, indudablemente, una chica con estilo. El borrador del guión comienza a ruborizarse en la mesa mientras el camarero le trae otro café que ahora, aún en silencio, le sabe más dulce que el anterior. Con la mano izquierda se rasca la cara sin apartar la vista de enfrente. Ella sigue hablando al mismo tiempo que juega a desenredarse el pelo. En el hueco que queda entre sus frases, le mira. Y él no hace nada por esquivarla. Se pierde en la senda que recorre su media melena, se aferra a su críptico aroma, camina por su jardín voluptuoso, planta en secreto su semilla y, en las huellas que dibuja el calor de esa tierra, se encuentra.

No aparta la mirada, sus ojos arden abrazados a esa luz, su corazón se ensancha y su mente se va con ella. Es agosto pero casi no hace frío cuando, desatados y juntos, despegan y vuelan muy alto. Se alejan.

Es una tarde soleada y pasean por un parque grande y verdoso que rodea a un estanque, mientras su mutua timidez se va acercando poco a poco a la frontera. La brisa roza ligeramente la blusa de ella, se cuelga entre un botón desabrochado y él, encendido, no puede parar de hablar. Se ha hecho de noche y van a cenar a un pequeño restaurante italiano del centro.

Es un sitio coqueto, cómodo y de paredes amarillas donde la pasta es casera y sabe deliciosa. Él le explica de qué trata el cortometraje que está escribiendo y ella le cuenta con entusiasmo algunos de sus sueños pendientes: quiere recorrer el este

de África y desea abrir una pequeña clínica junto a varias amigas. Hablan de sus películas favoritas, recuerdan los diálogos de algunas escenas y ella se ríe, se ríe mucho, muchas veces. Él la mira callado y enmarca con fervor el brillo inagotable que desprende su sonrisa. Hacía mucho tiempo que no sentía ese cosquilleo rodando por su cuerpo, del pecho hacia las piernas y del estómago hacia la garganta.

Cuando ya ha llegado la madrugada se besan inevitablemente junto a un portal, muy despacio, muy suavemente, mientras sus manos juegan entrelazadas a encontrarse. Ella le susurra algo al oído y él se recrea en el envolvente olor a menta que recorre su nuca.

A las dos semanas de quedar se la presenta a sus amigos y en apenas un mes y medio ya conoce a sus padres. Se ven casi todos los días, no dejan de hacer el amor y van a menudo al cine, a cenar, a bailar tango. Les encanta pasear de noche y siempre se están haciendo bromas. Se escapan un fin de semana a Bariloche y más tarde aprovechan unos días libres para viajar al norte de Brasil. Llevan saliendo seis meses y ya planean irse a vivir juntos. Al menos él.

Acaba de apurar el café y aún se le atraganta el silencio entre la boca. Sus ojos buscan auxilio en la taza. Sigue sentado, sujetando un bolígrafo azul con su mano derecha. Ella continúa mirándole a lo lejos pero, tras un rato, su sonrisa viva y juguetona se va apagando cuando se pone de pie, agarra su campera en la barra y camina despacio, junto a su amiga, hacia la puerta del bar.

Por un instante, él se levanta y corre a buscarla decidido, le toca en la espalda, se presenta y la

invita a quedar otro día. Es una ráfaga que recorre su mente de forma tan intensa como fugaz. Su corazón se revuelve y le golpea con fiereza en el tórax pero sus pies están clavados en el suelo, como cómplices de un destino inexorable. Deja su bolígrafo sobre la mesa, estira las piernas y se recuesta ligeramente en la silla. Tiene claro que aquella chica tan preciosa debe llamarse Laura, acaba de terminar la carrera de Medicina y es la mediana de tres hermanas. Imagina que escucha canciones de Los Rodríguez, que sale a patinar cuando está de vacaciones en Monte Hermoso y que en su adolescencia jugó al básquet y anotaba muchos puntos. Está convencido de que le apasiona la comida italiana y de que le gustaría ver alguno de sus cortos. Por lo menos el último.

Mientras observa por el ventanal del bar la estampa de una luna menguante que parece navegar, tiene el repentino deseo de darle un abrazo. Y ahí, atado a la soledad de su mesa, enredado entre las vívidas páginas de su guion, cierra los ojos y nota el calor de su pecho apretado con el suyo. El mundo, su mundo, se detiene.

Por un instante, durante unos días que se convierten en años, está seguro de que Laura habría sido la mejor novia que pudo tener jamás.

PAISAJE
Lucas Castro

Lucas Castro (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1980). Vive en La Matanza. Editó revistas, condujo un programa de radio y estudió periodismo. Desde hace veinte años es consultor tecnológico. Escribe cuentos y en la actualidad prepara su primera novela.

Quiero contarle algo que me pasó hace algunos días, pero antes permítame decirle algo sobre mí. Siempre viví en Córdoba, más precisamente en Alpa Corral, una localidad que está ubicada a unos setenta kilómetros de la ciudad de Río Cuarto. Alpa Corral, en quechua, significa "corral de tierra", aunque ese nombre no le hace justicia: si algo nos sobra es vegetación y si algo no abunda son alambrados.

Alpa Corral no es de los lugares más célebres de la provincia. No somos Villa Carlos Paz, por lo que no ofrecemos obras de teatro con vedettes exuberantes. Tampoco somos Villa General Belgrano, por lo que no festejamos la fiesta de la cerveza en el mes de octubre. Así y todo recibimos a muchos turistas cada año, porque como nos gusta decir acá, Alpa Corral "tiene su encanto".

Perdí la cuenta de la cantidad de personas a las que vi llegar con el rostro cansado e irse unos pocos días después con un aspecto renovado. Entiendo que pase eso con los ciudadanos que llegan desde la capital de la provincia o de ciudades como Buenos Aires o Rosario, porque allá viven enloquecidos y alejados de la naturaleza, pero para mí, la calma de la sierra nunca fue un bálsamo, sino parte de lo habitual.

Vi crecer a varias generaciones. Vi a muchos hombres y mujeres del pueblo gatear cuando eran bebés, tomar la merienda en grupo tirados en el pasto y jugar hasta que se hiciera de noche. Miles de veces los ví pasar camino a la escuela con mochilas de colores colgadas sobre sus espaldas, mochilas incluso más grandes que ellos. Vi a varias parejas llegar a terrenos baldíos, construir sus casas, embellecerlas, tener hijos y después ví a sus

hijos irse del pueblo, casi seguro para estudiar en la universidad de Córdoba.

Si usted supiera la cantidad de atardeceres de postal que vi y me volvieron más exigente con la palabra belleza. La cantidad de caricias que me dio la brisa serrana, haciendo que olvide mi soledad. Las aves que vi surcar este cielo: zorzales negros, calandrias, chalchaleros, arañeros, pepiteros de collar, tordos y perdices.

Usted no sabe la emoción y el orgullo que me da saber que fui parte de Alpa Corral. No puedo explicar con palabras el agradecimiento que tengo con todos mis vecinos, con esas niñas y niños que fueron siempre tan amables conmigo. Yo fui Alpa Corral, hasta que tuve que irme.

Fue un sábado de septiembre. Apenas antes de que empezara la primavera. Estaba como siempre, tranquilo. De repente, sentí el sonido de algo que crepitaba. No era el ruido de las brasas que escuchaba por lo general los domingos y que provenía de la parrilla de alguno de mis vecinos. Era un sonido más intenso. Se sentía cada vez más cerca. Se multiplicaba. Comencé a ver a mi alrededor un humo gris intenso, casi negro, que enturbiaba el aire límpido al que estaba acostumbrado. En medio de esa nube flotaban algunas hojas que tenían contornos anaranjados, por momentos enrojecidos. Se deshacían en su vuelo.

No pasaron más de unos minutos hasta que sentí un calor que me rodeaba, un calor que se volvió ardiente. De inmediato, a mis lados, enormes y furiosas llamaradas se apoderaban de mí. Allí estaba yo, inmóvil. A lo lejos, volví a ver a esos vecinos a los que tanto quise: corrían, se agarraban

la cabeza, se miraban entre sí tan sorprendidos como yo. Uno de ellos se subió a su camioneta y se fue a toda velocidad. No sé a dónde, tal vez a buscar más ayuda. Algunos de esos niños a los que vi crecer y convertirse en hombres, aparecieron también. Llevaban una vestimenta especial y cascos amarillos. Noté que querían pero no podían acercarse a mí. Ya era demasiado tarde.

Sentí como se quemaba cada parte de mi cuerpo. Vi a lo lejos como se alejaban las últimas aves que habían anidado en mis brazos. Me aferré a los recuerdos felices mientras me carbonizaba. Miré por última vez y me dejé ir.

PUNTO NIEVE

María de los Ángeles Auliel

María de los Ángeles Auliel (Villa Luzuriaga, 1984). Estudiante del Profesorado en letras de la UM y docente en la EES 3 de Ituzaiingó. Escribió un poema dedicado a la memoria de Leda Valladares que integra la antología EllasxEllas 2020 de Clara Beter Ediciones. El poema "Quiero hacerte el pensamiento..." fue publicado en la edición octubre-diciembre 2020 de la Revista trimestral de literatura y cultura trenINSOMNE. Este año, participé leyendo en los vivos de poesía de la UNLaM.

Era un día como cualquier otro. La temprana mañana ya había amanecido con los primeros trabajadores cruzando la plaza. Algunos se detenían por café y facturas en el puesto ambulante. No solo buscaban calor en la bebida, la conversación animada abrigaba más que las bufandas y las camperas durante los fríos de julio. Cada vez más y más transeúntes caminaban el recorrido que dibujaba el cemento al interior de esa manzana. Iban y venían, alguna mirada pasaba su vista por aquel banco cubierto de titulares que recortaban la figura de un hombre.

Los árboles, como buenos padres, se habían desnudado para cubrir con sus ropas la intemperie del durmiente. Él se despertó, tocó la latita: la tenía escondida en un costado. Todavía le quedaban algunos billetes y algunas monedas. Guardó el dinero en su bolsillo y puso la lata sobre el brazo del banco. Se levantó. Tocó su rostro. Llevaba días sin poder afeitarse: el baño de la estación había sido clausurado y no le permitían entrar a los bares. Lamentó eso. Sintió el ruido metálico de la lata. Y sintió el frío. Fue hasta el puesto palpando el dinero en su bolsillo. Compró un café con leche y una bolita de fraile. La bebida y el azúcar lo calentaron. Sintió un temblor. Se le volcó un poco del café con leche. La nostalgia del viejo hogar lo había conmovido. Fue hasta el banco y se sentó. Su mirada vacía viajaba por años remotos en los que había sido dichoso.

A la vista de los demás, su cara semejaba una pasa de uva seca y con grietas que daba sabor al paisaje de la ciudad, como se lo hubiera dado a una empanada agridulce. Pero que, si hubiera faltado, el paladar no habría notado su ausencia.

Sacó las hojas y ordenó los papeles de diario, les colocó una piedra encima para que no se volaran. El frío arreciaba. Su latita había recibido algunos billetes. Guardó el dinero. Acomodó su camisa, pantalón y pulóver y se dispuso a hacer su recorrido de media mañana. Lo hacía hace poco, pero lo había revitalizado. Caminó por la diagonal en dirección a Rivadavia. Andaba lento mientras miraba la poca naturaleza verde que quedaba. Cuando pasó por el frente de la iglesia, se santiguó. La gente comenzó a mirarlo extrañada. Él continuó su caminata. Un rato después volvió a ser un nadie. Solamente los dos perros que también dormían en la plaza lo seguían. Alguna vez, se había cobijado con ellos. No les había dado nombres. Uno era de patas cortas, por eso le decía cortina. El otro estaba ciego de un ojo y lo llamaba mi rotito.

Cuando terminó el recorrido, fue hasta el banco y miró la lata: había unas monedas y algunos billetes. Se sentó. Al instante, se paró porque su pantalón se había humedecido. No lo había notado, pero mientras caminaba, había comenzado a nevar. La nieve que caía parecía provenir de un gran colador que tamizaba crema batida en el cielo. Pensó que dios se estaba haciendo un rico café con crema. Eso le recordó que ya había pasado el mediodía. No tenía hambre, pero deseaba algo caliente.

Estaba eligiendo qué comida sería la más adecuada para ese día, cuando una mujer se le acercó. Traía algo en sus manos. Le dijo hola, soy Clara, disculpe, lo vi durmiendo en la plaza... y hace tanto frío que... disculpe, le traje comida caliente. Ella extendió sus manos y él recibió el ofrecimiento. Le dio las gracias. Ella le dijo si no

le molesta, me gustaría traerle una frazada más tarde. Él solo pudo responder sí, gracias. Ella se fue y él la imaginó alada y blanca, como copos de azúcar en una tarde de verano.

Puso unos diarios para poder sentarse y abrió el paquete. Le temblaban un poco las manos. En su cara se esbozó una sonrisa. Descubrió en el recipiente un guiso de lentejas. El calorcito subía y le calentaba la barbilla. Clara había cuidado todos los detalles: había servilletas, una cuchara y una hogaza de pan. Las lentejas iban acompañadas con papas en cubos, cebolla finamente picada y zanahorias en juliana, había trozos de calabaza también. Comió con avidez. Con lo poco que dejó en el recipiente dibujó una línea vertical, como si las lentejas fueran los botones de un traje nuevo. Sus manos temblaron otra vez. Un calambre repentino lo obligó a estirar una de sus piernas. Quiso descansar, pero una capa de nieve se había extendido alrededor. Pensó en un jarro de leche subiendo por el hervor que termina derramando su nata cremosa sobre las hornallas. Pensó en eso, y sonrió.

Sintió necesidad de orinar y aprovechó que había poca gente en ese momento. Fue hasta el árbol más cercano y orinó. Lamentó muchísimo que los baños públicos del ferrocarril estuvieran cerrados. La falta de higiene y privacidad le quitaban la dignidad que le quedaba.

Volvió al banco y tomó el dinero que había en la lata. Quiso acostarse, pero los diarios estaban húmedos. Se sentó. Pensó que no iba a poder dormir esa noche allí. Recordó la mañana y el sabor esponjoso de la factura. Imaginó un cielo colmado de nubes blancas, mullido como una cama bien

tendida en el corazón del invierno. Caminó en dirección a la entrada de la iglesia. Intentó abrir, pero la puerta estaba con llave. Buscó un lugar para resguardarse. Rodeo parte de la iglesia y, en uno de sus laterales, encontró un portal con forma de arco. Allí se tendió. Estaba cansado y cerró los ojos. Se durmió pensando que cuando Clara lo encontrara, lo abrigaría con la manta.

Otra mañana llegó. El puesto de diarios había amanecido antes que ella. Sobre la portada de un periódico se podía leer: "La nieve mató a un hombre en Flores".

**REGISTRO ORAL DE UNA CONVERSACIÓN
EN LA PLAZA RIVADAVIA**
Lucas Nicolás Quiroga

Lucas Nicolás Quiroga (General Alvear, 1997). A los cuatro años se mudó al Tigre, a los doce años a Monte Hermoso, a los dieciocho años decidió vivir en una pequeña pensión en La Plata, donde comenzó a estudiar la Licenciatura en Artes Plásticas. Actualmente vive en Bahía Blanca, donde estudia el Profesorado en Letras. En 2019 publicó su primer fanzine llamado Rastros y Hojas. Actualmente lleva adelante un blog en trafkintu.com.ar donde intenta escribir las crisis y pericias de un joven brujo. A veces también comparte todo lo que dibujo en @lqilustra.

Lo siguiente es un hecho real. Trataré de no incluir obstrucciones en el lenguaje, pues esto carece, en lo absoluto, de ficción. Lo siguiente se trata, más bien de una anécdota que no me pertenece, pero de la cual, en cierto aspecto yo formo parte.

Esto le paso a una amiga durante el verano. Ella había asistido a una fiestita que se hizo en un lugar al que llamamos la "capilla". La capilla, verán, es un galpón abandonado que se encuentra varios kilómetros alejado de la zona céntrica bahiense. Por lo que me contaron, este lugar antiguamente funcionaba como hogar para algunas monjas que erigían su fe allí, hasta que una monja rebelde harta de sus compañeras devotas realizó un incendio y el espacio fue declarado corrompido por el mal. Para otros en cambio, "la capilla" es simplemente un galpón abandonado que nadie reclamó.

Ahora, este pequeño lugar es un nido de manijas: un punto de encuentro dónde se hacen fiestas clandestinas y excéntricas donde los jóvenes asisten con espíritus armados y arcos para cazar en los caprichos de Venus y Eros.

Ah, sí, este lugar se encuentra rodeado por una estepa que se extiende de forma precaria entre árboles muy altos, y esto hay que tenerlo en cuenta antes de seguir.

Volviendo al tema principal. Sofía nos narra su llegada a la capilla, aproximadamente a la una de la madrugada, y para esa hora me dice que el lugar se encontraba abastecido de gente.

Afuera había una noche despejada. Apenas corría un poco de viento frío. Adentro, cien personas dentro de cincuenta metros cuadrados

y música latiendo a un ritmo secular.

“Tendrías que haber visto lo que era chabón, una locura. La rola me hizo efecto al toque. Te juro, sentía que mi corazón iba a estallar. Tenía que bailar, bailar, bailar. Y mientras oscilaba en mi mambo me encuentro con Alan. ¿Te acordás de Alan? Mi ex novio. Vos sabes que nuestra relación había terminado todo mal: pero en esa sintonía te juro que no me importaba, así que lo abracé cuando lo vi. Él también me abrazó, pero enseguida me aparta de una manera un poco brusca, me sacude desde los hombros y abriendo los ojos bien grandes dice: «Sofía, Sofía, tenés razón. Nada de esto importa. Nada de esto importa ¡Esa es la verdad!» Entonces me cuenta que estaba de pepa, que había consumido una entera, y que esta era su primera vez. «Boludo- le digo- ¿estás loco? Es un montón». Vos tendrías que haberlo visto: estaba desahuciado. Yo no sabía en dónde estaban sus amigos, así que me quedé bailando junto a él, pero Alan no bailaba: se miraba las manos y luego sus ojos se perdían persiguiendo un punto indescifrable. Yo en cambio estaba feliz: extasiada, así que no me importaba cuidarlo, creía que era una especie de acto bondadoso. Últimamente estaba leyendo mucho el taoísmo: así que me comí ese viaje. ¿Sabés qué es? El tao es el camino, y el camino es la meta y el origen. Así que pensar en esa pequeña frase y en cuidar a Alan me producía alguna descarga energética particular: una felicidad incomprendida. Pero eso no importa. Importa Alan: a todo esto, él empieza a mirar hacia la cabina del DJ y en menos de un segundo empezó a correr hacia allá. Yo lo seguí pensando que quería estar cerca de los parlantes para disfrutar del sonido: algo lógico supongo.

Pero no, al llegar empieza a meter las manos entre los discos que se estaban reproduciendo y aprieta todos los botones de la cabina de una manera efusiva. Y ahí se corta la música. El chabón flashió. Por eso los pibes que se encargaban de ser DJs lo cachetearon y me dijeron que lo rescate porque se iba a re pudrir. Yo me asusté un poco. A Alan, todo esto no le parecía importar: seguía en un estado de trance medio psicótico. Después de esa secuencia nos dirigimos afuera porque él quería tomar aire. Dijo que tenía mucho calor. Cuando salimos ocurrió lo siguiente: Alan me dice que tiene ganas de andar en auto: Entonces se dirige hacia un corsa gris de vidrios polarizados y lo intenta abrir, como no pudo se dirigió a otro, y luego a otro y luego a otro, siempre con el mismo resultado hasta que empieza a sonar una alarma. Unos pibes que estaban fumando en la puerta de la capilla ven lo que estaba pasando, y ahí le gritan: «Eh chabón que estás haciendo». Y Alan como un animal asustado empezó a correr y a vociferar que hacía mucho calor, un calor sofocante. Paralelamente a sus gritos se empieza a desnudar y lanza su ropa por todos lados. Acto seguido corre hacia la oscuridad del campo y se pierde en el paisaje. En ese momento me quedé sin saber qué hacer. Así que hice lo que consideré prudente, junté su ropa y me dirigí a la capilla a bailar. Al principio me preocupé un poco, después me causó mucha risa lo que estaba pasando. Obvio que intenté buscar a sus amigos para decirles sobre Alan, pero no los encontré. Así que el resto de la noche hice la mía. No, escúchame, esto no termina acá, al día siguiente le escribo un WhatsApp para ver cómo está. Él me escribe desde Instagram y me dice que perdió el celular. Sin embargo, me agradeció

todo lo que había hecho por él, dijo que: «Estaba consciente de absolutamente todo». Según él, tuvo satori: se desnudó por el calor ya que sentía que se derretía y corrió hacia el campo porque formaba parte del viento. No sé, son esas cosas que te agarran cuando estás bien del orto, viste. Luego me comentó que corrió hasta el amanecer, y al ver los primeros rayos de luz subió al árbol más alto porque quería llegar hasta el sol, pero ya en la cúspide recuerda que se cayó, se golpeó la cabeza y se desmayó. Se despertó gracias a un paisano que lo encontró. Me dijo que el paisano lo tapó con una frazada porque se encontraba desnudo y le ofreció un par de mates para reconfortarlo. Después lo fue a buscar su padre: Fueron al hospital juntos por ciertos dolores que lo mantenían entumecido y le dijeron que tenía dos costillas rotas.

Fue divertido. Ahora que lo pienso fue alta noche. No para Alan, claro."

SE NOS ENFRÍA EL CAFÉ

Melissa Orrego Serón

Melissa Orrego Serón (Chile, 1988), Psicóloga, amante de la lectura y escritura.

En el año 2017 fue ganadora del 1er premio a Mejor carta internacional del 15° Concurso internacional de cartas de amor del programa "El Canal 2" de España.

Desde el año 2017 ha participado en dos talleres de escritura de cuentos en Chile; "Taller 112" y en "Milagros Producciones" ambos impartidos por el escritor Nicolás Cruz Valdivieso y 2 clases realizadas por el escritor Marcelo Simonetti en "Casa Contada".

Aún recuerdo cuando venía a este café, fue hace tanto tiempo que incluso me embarga la nostalgia al sentarme en esta silla y pedir un cortado con churros, sé que para ti puede ser rutinario, yo en cambio llevo tanto tiempo encerrada que esto se convierte en paraíso.

¡Hace mucho no sentía esta alegría! Por lo menos del tiempo que veníamos con Vanesa y Francisca (suspira) cuando éramos jóvenes y ellas no habían muerto (traga saliva) ¿sabes? yo fui como tú, mi piel sin tener cirugías era tersa y suave como el algodón, y bueno sí, en ocasiones también se cubría de acné, no podía evitar el amor al chocolate; ese sabor amargo y dulce, esas pequeñas notas a vainilla y el tostado que se siente justo en el paladar (cierra sus ojos) y aunque no lo creas a veces extraño esas protuberancias que me mostraban que era joven, no como estas manchas que han invadido mis brazos y rostro ¡ja! y yo que me acomplejaba ¿lo puedes creer? No soportaba ver un granito en mi mejilla, si eso pasaba, fijo no salía. Y mi espalda hijo, sí, mi espalda, te sorprenderías al saber lo erguida que estaba, libre de esta cifosis que me traería los años y que la mayoría de las veces sólo me permite mirar al suelo, creo que no he visto el cielo hace muchos años ¡por favor sólo escúchame! sé que comienzas a inquietarte con estas cosas... anda toma otro café y cuando termine te largas al fin y al cabo no necesito más de 20 minutos, son los únicos que te robaré en todo lo que te queda de vida, ¿quieres azúcar?

Mis ojos brillaban por sí solos, no necesitaba llorar para humectarlos. Aún recuerdo esos años en que podía correr y trepar sin el temor que me quebrara

un hueso, en ese entonces no imaginaba que llegaría el ahora, en ese entonces era fácil pensar y quedarse en el presente como si fuese eterno y luego olvidar que también sería una vieja y estaría sola ¡por favor no digas nada! aún recuerdo que sentía desprecio por esos viejos que vivían justo al terminar la Alameda, ¡claro! la Alameda de ese entonces no es la avenida que conoces ahora, era un poco más antigua quizás tan antigua como yo, casi la podías ver en blanco y negro con los escasos colores de alegría que los años le habían arrebatado. Creo que ahora comienzo a mezclar las cosas y nuevamente estoy hablando de mí, no de la avenida, discúlpame, pero es que a veces mi cabeza me traiciona, casi tanto como mis manos que te darás cuenta con suerte me permiten llevar el café a la boca sin derramarlo en mi vestido, sí, es verdad, eso también ha cambiado, al menos lo ha hecho desde tu última visita, pero insisto no te inquietes ni me mires con esos ojos que no te estoy reprochando nada, sólo quiero que escuches y luego olvides las palabras de esta vieja de pelo cano. Pelo cano ¿podrías creer que a los veinte tuve un cabello negro azabache?, nunca pensé que cambiaría a blanco, en ese entonces lo detestaba, lo quería rubio, tan rubio como el de mis amigas, pero no, uno nunca se conforma con lo que tiene, uno nunca valora lo que posee hasta que estas del otro lado y te observas en esos años ¡no sabes lo que daría por un poco de ese cabello!, pero ni siquiera tengo un peso para tinturarlo y tranquilo que no te estoy pidiendo nada, ya me he acostumbrado e incluso comienza a gustarme.

Bueno, no quiero darte tantas vueltas ¿hablábamos de los viejos de la Alameda no? aún recuerdo a

esos viejos, los miraba pero al segundo dejaban de existir, jamás los ayude a caminar por la avenida, creo que pensaba que me robaban el tiempo y tal vez el tiempo se iba robando sólo, siempre me arrepiento, pienso que el karma me jugó una mala pasada, no me quité la venda a tiempo ni me di cuenta que yo caminaba al mismo lugar donde estaban ellos, y mírame aquí me tienes, con tantas arrugas que hasta un mapa envidia las líneas en mi piel.

¿Sabes? aunque no lo creas también fui joven y coquette ¡Quién lo diría! ¿No te parece extraño pensarme como una adolescente? en mi adolescencia me era difícil pensarme incluso de 30 ¿Qué loco no?, sí, tu edad ¡imagínate! Uno nunca cree que los años también pasan sobre una, mucho menos pensaría que a los 68 estaría aquí... por favor no intentes hablar que mientras a ti se te enfría el café a mí se me enfría la vida. Sólo quiero que sepas que yo también lleve a mi padre a un lugar como este, el también murió ahí por eso no te reprocho, porque finalmente tomaste el mismo camino que yo y créeme es lo único de lo cual no me siento orgullosa, pero en el fondo hijo también lo encuentro justo, porque sí, los viejos son jodidos, los viejos somos jodidos supongo.

Si me alcanza la vida, te veo el año próximo en otro día de la madre, por favor si me olvido del café, recuérdame que el cortado y el cappuccino siempre me sientan bien y que me encanta este lugar.

ENTRE CAMELLOS Y TOROS UN TAL FOSTER

Raúl Rodríguez

Raúl Rodríguez (Bahía Blanca, 1947). Se graduó con el título de Profesor en Humanidades; especialidad en Letras, en la U.N.S. Ha publicado las siguientes obras: *Análisis de las esferas celestial y terrenas en un cuadro del Grecco y, una relación intertextual con un poema de Francisco de Quevedo y Villegas Amor constante más allá de la muerte. En colaboración: Andaluces, Perfiles y Voces, que fue editado por el Centro Andaluz de Bahía Blanca y la Junta de Andalucía. Ha participado en el periódico Aleteos Juveniles de la E.G.B. N° 29. Se ha desempeñado como profesor y bibliotecario en el Ciclo Polimodal y en el Bachillerato de Adultos. En el año 2012 se acogió a los beneficios jubilatorios. Actualmente colabora con el trabajo pedagógico ad honorem en la escuela donde cursó sus estudios primarios.*

Una tarde de julio leí una publicación sobre un viaje turístico que llamó mi atención. Un cartel anunciaba “Descubre Marruecos y vive Andalucía”. Esa noche soñé con gente desconocida, de costumbres diferentes y culturas ancestrales. Las imágenes se sucedieron como si las viera pasar raudas por la ventanilla de un tren. De pronto abrí los ojos y la realidad me sorprendió. Sentado en el avión, estaba sobrevolando tierras africanas. Después de unas cuantas horas aterrizamos en el aeropuerto de Marrakech. Un colectivo nos trasladó hacia el hotel Atlas Medina. En el lobby, sentado en cómodos sillones, esperamos el check in. Se hizo la distribución de las llaves, la asignación de las habitaciones, y faltaba un viajero llamado Foster.

Tomé el ascensor hacia el quinto piso. En el pasillo seguían preguntando por Foster. Los coordinadores nada decían. Hubo algún inconveniente en el aeropuerto, y todo el personal de seguridad se movilizó. Quizás no querían alarmarnos, tal vez tenían información que no querían compartir.

Desde mi balcón pude observar a lo lejos una caravana de camellos que se recortaba en el horizonte, beduinos de amplias chilabas y vistosas kufiyas. El paisaje abigarrado de la plaza del mercado. El olor penetrante de las curtiembres y en primer plano unas mujeres que ofrecían pulseras y se disputaban los turistas con unos hombres que vendían pashminas.

Una noche, al regresar de un paseo mientras en mi mente resonaban el redoble de los tbilats y los gritos ululantes zagharet se detuvo el ascensor en mitad del segundo piso. Luego de un largo tiempo de espera me desesperé y apreté todos los botones

sin éxito. Felizmente el conserje que estaba atento vino en mi auxilio, y un empleado se disculpó en español diciéndome que no había funcionado bien en todo el día, y que a un tal Foster le había pasado lo mismo. ¡Caramba, entonces Foster está en el hotel! El sueño me vencía, y me alegré de no tener que pasar la noche en ese ascensor.

En otra ocasión, sumergido en el laberinto de calles y mercadillos me dejé llevar por esa marea de gente, que gritaba y regateaba ante vendedores insistentes. Ahí vivencié en toda su magnitud lo que es un Zoco. Tenderetes abigarrados de mercancías, alfombras como las de las mil y una noches, sedas coloridas, cacharros, frutas, especias y alhajas con diseños inimaginables. Calles techadas con cañas que protegen del sol inclemente. Todo me deslumbró. En ese momento me di cuenta de que hacía rato había perdido mi grupo, y me alarmé. Tenía que llegar antes de que anocheciera. Detuve un taxi, le mostré la tarjeta del hotel y después de un largo trayecto, por parajes desconocidos pude reconfortarme con la alegría de mis compañeros. Entre palmadas y risas de alivio me pareció escuchar: "creíamos que iba a ser otro Foster".

Terminada nuestra estadía partimos a Málaga. Al ingresar al avión, vi en el asiento de al lado a una persona y la saludé. Me dijo que se llamaba Abel. Mantuvimos una charla amena durante todo el viaje, donde nos confiamos las expectativas sobre el próximo destino, Málaga. Fue un momento agradable, ambos la imaginamos igual. El viaje se me hizo corto.

Al bajar me reuní con mi contingente, y abordamos un bus que nos llevaría por las

playas de Fuengirola, la Salobreña, Almuñécar, la Herradura y Torre Molinos. Todos los colores cobraban una vida inusitada bajo el sol del mediterráneo. De ahí a Sevilla solo un paso. Los azahares perfumaban nuestro recorrido hacia los jardines del Alcázar. Desde la Giralda pudimos contemplar el Guadalquivir. En el barrio de Triana asistimos a un espectáculo de artistas flamencos y escuchamos a cantaores hasta el alba.

Madrid fue el último eslabón de nuestro viaje. Recorrimos la Plaza Mayor, la Cibeles, La Puerta del Sol, y en una corrida de toros, entre la multitud me pareció verlo a Abel. Ese mundo que una noche había soñado, empezaba a transformarse en un recuerdo fascinante de paisajes y leyendas, aromas y poesía. En Barajas, al abordar el avión me encontré con un asiento vacío a mi lado. Me hubiera gustado que estuviera ocupado por Abel, lo busqué con la mirada por todo el pasillo, pero no lo pude ver. Al aterrizar, retiré mis valijas con los últimos pasajeros, el amplio hall ya se estaba despoblando. Vi a una persona con un cartel al que no se le acercaba nadie. Con letras visibles decía: "Abel Foster". Asombrado, entonces... ¿lo conocí...?

VOS QUE NUNCA DECÍAS NADA
Gito Minore

Gito Minore (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1976). Se graduó en la carrera de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Publicó varios libros de poesía y narrativa, y literatura infantil, entre ellos: Doble fila, Veniales y mortales, El día que mi padre lloró, Queriendo ser y Mínimamente. Desde el año 2013, junto a María Inés Martínez, organiza la Feria del libro heavy, tanto en Capital Federal como en el interior de Argentina. Ha recibido la Beca de Letras del Fondo Nacional de las Artes, por su investigación "La literatura social infantil en Latinoamérica", en el año 2015. Fue invitado a participar a diversas Ferias del libro y encuentros de literatura, tanto en Argentina como en Ecuador, Paraguay, Guatemala y Cuba. Su libro Mínimamente fue traducido y publicado en Italia por el sello Edizioni Il Papavero. Desde hace unos años dirige la editorial Clara Beter y dicta talleres literarios.

Veníamos en el auto. Eran más de las doce y por Varela cruzábamos con la que la corta, cerca del cementerio. Me había separado después de siete años. Tenía un par de compactos, algunos libros, un poco de ropa en una bolsa y alrededor de tres mil dólares que no usamos para comprar la casa donde no vivimos, metidos en el bolsillo. No había ninguna remisería abierta, ni taxis laburando en el barrio. Se había hecho tardísimo, así que te llamé para volver a casa. Estabas por acostarte, rezongaste por la hora, demoraste un rato, pero viniste.

Me preguntaste por qué no me casaba, por qué me separaba, por qué no era feliz de ninguna manera. Ensayé alguna que otra respuesta para salir del paso, entonces, pobrecito, vos que nunca decías nada, se te vino a dar por hablarme de amor. Yo estaba más que convencido, de que mi situación era un desastre, de todo lo que había perdido, y de que al fin y al cabo nadie sale ileso de una situación parecida, mientras nos acercábamos por Directorio. Pero el amor, el amor era otra cosa. Yo había leído a Platón y a otros tantos, y sabía que este no se asemejaba para nada a nuestra pálida idea. Nos excedía, nos superaba, nos sobrepasaba.

“Ahora vos me vas a hablar del amor. Por favor, lo único que me falta”. Era de suponer que un remisero no podía hablar de semejante tema, ni de muchos otros asuntos. Se hizo un silencio. Doblaste las veces que hizo falta para llegar y al poco rato estábamos en Liniers, naciendo como lo habíamos hecho treinta años atrás. Inmediatamente te fuiste a acostar, a la mañana siguiente tenías que trabajar con el coche, como todos los días. Yo escondí esos

tres fajitos de dinero que no tardaría en patinarme al poco tiempo mudándome a la otra punta de la ciudad. Seguro, de la bronca, habré dado de puñetazos a la pared de mi antiguo cuarto, hasta casi romperme la mano esa velada fatídica. Y me habré ido a dormir, pensando en cómo continuar con mi vida, cómo reconceptualizar lo que había aprendido que era el amor, si sumarle mi experiencia o solo quedarme con lo que había leído.

Pero lo cierto es que aquella noche, no fue ni mi ex novia, ni Platón, ni los evangelios, quienes me vinieron a buscar al Bajo Flores, mientras acobardado y tembloroso apretaba los tres mil dólares que me hacían hereditario de un pasado fracasado.

Fuiste vos, solo vos, quién acudió a mi llamado.

**UN DIENTE DE AJO PICADITO PARA
PONERLE A LOS FIDEOS**

Florensia Forte

Florencia Forte (Daireaux, 1987). Reside en Bahía Blanca desde hace más de 15 años por lo que ya es bahiense por opción. Cursó estudios de Derecho y, a riesgo de torcer los hilos, desertó de la carrera para hospedarse en el Departamento de Humanidades. Es Profesora en Letras por la Universidad Nacional del Sur. Trabaja como docente en educación pública y enseña Prácticas del Lenguaje y Literatura en escuelas secundarias; coordina talleres de lectura y escritura en espacios de educación no formal, en el Centro de Salud Comunitaria de Bahía Blanca y en espacios de organización alternativa y autogestionada. Continúa sus estudios en Licenciatura en Letras, y se encuentra investigando poesía del Ernesto Cardenal para la producción de su tesina. Además, se encuentra cursando "Políticas Editoriales y Proyecto Cultural", diplomatura de cursado virtual perteneciente a la Universidad de Buenos Aires. Escribió la nota "Mujeres monstruo: aborto clandestino, pintada y paredón" (2018), para la colectiva feminista Mala Junta Bahía Blanca. Acompañó el proceso de escritura de *La galería de los ases* (Editorial de Sixto, 2020), último poemario de Gastón Vázquez, prologando finalmente el libro: "Ases para la federal, la cocaína y el recuerdo de mamá".

Participó de la EAPP, Escuela Argentina de Producción Poética (2017), fue parte de *lxs lectorxs* del Festival de Narrativa de Bahía Blanca en su 2da edición (2018), y participó de las clínicas de escritura del festival en su 3ra edición (2019). Leyó en ciclos de lectura poética como *Cuatro de Copas* (2017), *Nubosidad Variable* (2018), *Ciclo Emergentes* (2018), *Birra y Letra* (2018), *Festival Feminista del FFNyP* (2019), *DerivArte* (2020) y *Birra y Letra en Teatro Vorterix* (2020). En este momento, trabaja en *En este frío no es un frío en serio*, proyecto de libro que contiene una serie de poemas en los que experimenta la elaboración de un yo

escénico.

Cursa estudios de actuación en la Escuela de Teatro de Bahía Blanca. Tomó talleres de actuación con Jorge García, Paola Fernández, Virginia Falcón y Victoria Pezzutti, y participó en encuentros formativos como Contramarea (2018 y 2019) y Semillero (2020). Actualmente, forma parte del equipo de trabajo de Contramarea Encuentro, espacio que ofrece talleres y entrenamientos para realizar producciones artísticas callejeras e intervenciones en espacios públicos. Se dedica, especialmente, al área de prensa y difusión para desarrollar estrategias de comunicación que pongan en valor el trabajo cultural y artístico impulsado por el equipo organizador. Finalmente, es curiosa de la astronomía, la astrología y la fotografía. Lee para ser feliz.

Para conocer a una persona hay que entrar primero a su baño, correr la cortina de la ducha y abrir el botiquín, me decía la Coca cada vez que llegaba a la casa y, con el silencio debajo del brazo, ponía la pava sobre el calefactor porque era cosa de cebar mate mientras todo se iba a la mierda. Un guante de lana verde loro y azul marino sobre la manivela. Guante que sirve para merienda sirve para repasador y también para mantel. No usa esponja, le dije, y hace años que no cambia la alfombra de goma. Le pasé el mate de chapa. Dos asas que son dos brazos cruzados a su cintura para que nadie se queme los dedos. Granitos de café tostado y una cucharadita de azúcar. Una parranda de infusiones hirviendo hasta la tráquea.

¿Te fijaste si se afeita en la ducha?, me preguntó, buscaba galletas sin sal en el fondo de la lata. El abuelo Carlos había sido de esos abuelos que antes de ser abuelos habían sido tipos que se afeitan en la galería que lleva al patio, a la hora de la siesta, cuando los cuerpos calman la existencia robando rebanadas de queso con membrillo para comer debajo de la frazada. Tenía un espejito redondo que colgaba de un tornillito, al lado de la canaleta que llegaba hasta el piso, un marco de plástico colorado y un hilo choricero le hacía de soporte. La luz de las tres le daba directo a su espalda, chocaba en el vidrio y se devolvía hacia su cara. Una tijerita con dos patas más finas que dos fideos le recortaban el bigote. Una brocha para la espuma. Los trocitos de jabón flotaban en una taza de loza azul.

La Coca sabía muy bien con quién había dormido todos sus años dorados y los años que vienen después, porque era cosa de saber qué

tanto era capaz de gastar un hombre en tiempo, agua y jabón para considerarlo un mal marido. No, nena, me dijo, un tipo que se afeita en la ducha es un tipo que malgasta tus recursos, te deja en la lona después de haberte hecho la carta, te hipoteca la casa y se va con la chica de la Cooperativa. Las dos sabíamos que esa era la historia de la Graciela pero no dijimos nada. La Coca todavía le tiraba odios como rayos, directo al alma, es decir, al esternón. Sirve para mal ejemplo, viejo sin vergüenza, y chupó el mate con la fuerza que llega hasta el centro de la Tierra y vuelve directo para lavarlo. Se acomodó el pelo con la mano izquierda, levantó el corte por detrás de la nuca, mientras torcía levemente la boca. Si hace más de cinco años que no cambia los patitos de goma de imagínate lo que puede llegar a tardar en revelarte sus secretos, dijo, y se fue a arreglar el mate sin pedirme nada a cambio.

La Coca era de esas mujeres que andan bajito, van y vienen por la casa sin hacer demasiado ruido, sin que te enteres qué cosa es lo que están haciendo. ¿Dónde anda la Coca? En el patio de atrás con las gallinas. ¿Dónde anda la Coca? En la despensa haciendo buñuelos. Tenía una finísima habilidad con los pies, chancleteaba y el ruido sordo, breve, se esfumaba imperceptiblemente, como si tal cosa, como si no tuviera los pies torcidos y unos juanetes de líbranos dios de todo mal, amén. No usaba zapatos ni sandalias porque le hacían doler, los muy hijos de nadie, por eso andaba pisando el cuerito para que no le aprieten los talones.

Así de bajito se había ido de la casa de la Nona. Sin permiso y sin explicarle nada a nadie. Ahí la

tenés a la Tita, todavía está aprendiendo, decía la Nona que quería a todas sus hijas para ella. Treinta y cinco años la Tita y todavía cortaba el ajo en la casa de su vieja. Ella y todas sus hermanas. Era casi imposible escaparse de la Nona y vivir para contarlo. Rodete que soporta dos metros de pelo hasta las rodillas, rodete que esconde cizañas y trapos debajo de la mesada. Si hubiera sido por la Nona, la abuela todavía estaba al lado de la estufa a gas calentando el agua para lavarse los pies. La Coca un día se fue, sigilosa y con la sonrisa bajita, para casarse con Carlos a escondidas. Nona Pulpo.

Eran cerca de las once y el sol partía las lajas. Un par de recetas para ser feliz: un diente de ajo picadito para ponerle a los fideos, y unos trocitos de papa para la sopa. Golpeaban la puerta que daba miedo. Abrió la puerta del living. Una corriente de aire frío y olor a naftalina inundó la cocina y se mezcló con el zapallo y la sal. ¿Quién es?, preguntó la Coca del lado de la salvación. Veinte minutos la tuvieron dale que dale intentando meterle de prepo una revista que la Coca sabía muy bien que no necesitaba. Sin pestañear, la mujer de chancletas silenciosas le sonrió tiempo completo, hasta que, sonrisa va, sonrisa viene, lo acompañó hasta la puertita de la vereda y lo despidió, saludándole con la mano en alto y un pañuelo a la sombra. Volvió, dejó la revista junto a catorce revistas más, relatos del fin de los tiempos y precisas interpretaciones sobre los libros sagrados.

¿Cómo es que hizo la Coca para deshacerse,

airosa, de semejante rufián? Muy fácil, dijo, mientras se secaba la cara con el pañuelo de tela que llevaba siempre colgado de la cintura: vos sonreíte a todos, pero a todos deciles que no.

DIENTES DE LEÓN

María Pía Lando

María Pía Lando (Quilmes, 1977). Se encuentra terminando la licenciatura y el profesorado en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires. Desde 2019 forma parte del colectivo de escritura Memorias del Cuerpo, nacido del Seminario de Escritura en Ciencias Sociales (UBA) coordinado por las profesoras Emilia Cortina y Claudia Risé. Este año compartió su relato "Acercamiento Social Permanente y Activista (ASPA)" en el Fanzine Pandémico organizado y publicado por el colectivo autogestivo Catalina Clandestina de Laguna Larga, provincia de Córdoba. En el mes de Octubre, participó en la grilla cultural de actividades y talleres del 35º Encuentro Plurinacional de Mujeres con el cuento Policromía.

El diente de león es mi flor favorita. Cada vez que encuentro uno —cosa que no sucede con frecuencia en esta infernal ciudad— vuelvo a la infancia: puedo ver la inmensidad de las plantaciones de algodón transparente a lo largo de la ruta. Así me gustaba llamarlos, un poco porque la suavidad de su flor al rozarla me erizaba la piel y otro poco porque a los siete años solo podía verlos como mágicos colchoncitos de algodón traslúcidos. Me divertía mucho correr por las calles de tierra del pueblo para atraparlos. Creo que ahí radicaba el encanto: sostenerlos en la mano, cerrar fuerte los ojos, respirar profundo y sentir el galope de mi corazón a punto de estallar por la intensidad de mis deseos. En ese tiempo nada era imposible para mí. Me sentía poderosa si podía tener un diente de león en mis manos. Después, la vida te formatea las fantasías y lo máximo que deseas es llegar a fin de mes sin mayores problemas.

Anoche me costó dormir, creo que el stress de la oficina me tiene a mal traer. Casi que me desconozco, ayer le contesté mal a mi jefa y no pude concentrarme en el reporte que tengo que entregar el lunes. Mientras me visto para ir al trabajo, pienso que quisiera mandar todo a la mierda y cumplir mi sueño de viajar a Santorini. ¡La puta madre! ocho años laburando nueve horas todos los días y a lo sumo puedo viajar a Mar del Plata, quince días, una vez al año.

Como siempre planeo salir de casa 10 minutos antes y, como siempre, todo se complica y ahí estoy, de nuevo corriendo el bondi para no llegar tarde y perder el presentismo.

¡Así no puedo seguir! Voy a empezar ya a planear el viaje. No importa que demore dos o tres años. Lo

primero que tengo que hacer es averiguar el precio de los aéreos y aprender a usar Airbnb. Después, reducir gastos para comprar dólares todos los meses, aunque sea de a cincuenta. En dos años, contando que con el aguinaldo pueda comprar de a cien, podría ahorrar unos mil cuatrocientos. Con eso podría cubrir la estadía por diez días porque, por más que los precios cambien, el dólar nunca se desvaloriza.

Entro a la oficina y el aire condensado me transporta de un boleto en el orto a mi box habitual. Miro la parafernalia de la corporación para la que trabajo y pienso: doscientos mil pesos para ellos es un vuelto y para mí la gloria inalcanzable. ¡Qué injusto que es todo! Por un momento, me siento poseída por una idea loca que no puedo sacar de mi cabeza, ¿qué pasaría si alguien hackeara las cuentas que manejo a diario, y una parte de los fondos fuera a parar a una cuenta fantasma? Nadie sospecharía de mí, tengo una conducta intachable y a duras penas puedo con el Excel. Jamás imaginarían que fui yo. Migue, mi amigo de la infancia, podría ayudarme, es muy crack con la tecnología. ¡Qué genialidad! en un solo movimiento obtendría el dinero que necesito. Compraría los pasajes con la tarjeta de Sofí y de Cata para que no quede ningún registro a mi nombre, y empezaría en la ofi el acting de unas vacaciones soñadas a Floripa para justificar el bronceado con el que regresaría. Miro la hora, se me pasó el día y no terminé el maldito reporte, ¡qué pesadilla! Quiero llorar.

En la calle me cruzo con una nena que no tiene más de 8 años, veo que cuchichea con un nene un poco más grande y al terminar viene hacia

mí, como quien tiene que cumplir un reto de valentía infantil para demostrar que se anima. Con vergüenza, casi sin mirarme, extiende la mano, me ofrece dos dientes de león y sale corriendo. Sonrío, mientras camino y pienso: ¿será una señal?

Llego a casa. Me doy una ducha y me acuesto. Intento leer, pero el sueño me vence. Lo último que recuerdo es haber puesto los dientes de león en la botellita de vidrio que suelo usar de jazminero.

Me despierto aletargada. Respiro la brisa leve que se desliza, en una imperceptible danza ondulante, por los paños de gaza blanca translúcida sobre los ventanales, dejando entrever algunas cúpulas azul cielo. Con los ojos entrecerrados me dejo envolver por el blanco níveo de la habitación y me levanto. Sin cambiarme, camino hacia el pequeño mirador exterior que da a las escaleras encajadas que conectan toda la isla. Con el sol acariciándome la cara, me pierdo en el horizonte del mar Egeo.

Derivas Urbanas : Antología : Festival de Narrativa de Bahía Blanca 2020 /
Varios autores, Matias Ezequiel Guillan, ... [et al.]. - 1a ed - Bahía Blanca : Javier Alejandro Bruno, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-88-1240-3

1. Narrativa. 2. Vida Urbana. 3. Antología Literaria. I.
CDDA860

ISBN 978-987-88-1240-3



Derivas Urbanas



Las narrativas de los 40 escritores seleccionados y editados en esta primera publicación del Festival de Narrativa Bahía Blanca, pueden orientar recorridos e itinerarios novedosos, para empezar a indagar si nuestras formas de *transitar*, pero también de *cocinar*, de *respirar* o de hacer lo cotidiano en un día habitual, condicionan -en el sentido de *volver una cosa dependiente de otra*- nuestras formas de leer, de pensar, de escribir y comunicar.

Y, de manera dialéctica, quizás, también este interrogante opere a la inversa y nos haga volver a pensar si la lengua, como técnica, es adecuada para presentar el preciso tiempo y el espacio exacto de una realidad, esa realidad, que se transforma en el mismo momento que se la nombra



Festival de Narrativa
de Bahía Blanca

ORGANIZAN



NOXO
artes y culturas



La Masmédula Libros



Colectivo Estrella Editorial



HD